

Rex Stout

The

NERO WOLFE

Files



Un derecho a morir

Rex Todhunter Stout

Un derecho a morir

(A right to die)

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

AULT (Richard): Antiguo novio de Susan Brooke, quien se suicidó.

BROOKE (Dolly): Esposa de Kenneth.

BROOKE (Kenneth): Hermano de la

joven Susan.

BROOKE (Susan): Agraciada joven blanca, prometida de Dunbar, víctima de un asesinato.

COHEN (Lon): Periodista, amigo de Goodwin.

CRAMER: Inspector de la Brigada de Homicidios.

DRUCKER (Otto): Detective privado, colaborador de Wolfe.

EWING (Adam): De la Comisión de Derechos Ciudadanos. Encargado, negro.

FAISON (Cass): De la Comisión de Derechos Ciudadanos. Tesorero.

GOODWIN (Archie): Ayudante de Nero Wolfe, que nos relata esta obra.

HENCHY (Thomas): De la Comisión de Derechos Ciudadanos. Director.

JORDAN (Maud): De la Comisión de Derechos Ciudadanos. Telefonista.

KALLMAN (Rae): De la Comisión de Derechos Ciudadanos. Ayudante.

MAGNUS (William): Estudiante, amigo de la Brooke.

OSTER (Harold R.): Abogado negro, defensor de Dunbar.

PANZER (Saúl): Investigador privado, al servicio de Wolfe.

ROWAN (Lily): Amiga de Goodwin.

SIEVERS (George): Teniente de la policía.

TIGER (Beth): De la Comisión de

Derechos Ciudadanos. Taquígrafa,
negra.

VAUGHN (Peter): Vendedor de
automóviles, amigo de los Brooke.

WHIPPLE (Dunbar): Joven negro,
prometido de la Brooke.

WHIPPLE (Paul): Negro, padre de
Dunbar.

WOLFE (Nero): Famoso detective
privado, protagonista de la obra.

Capítulo I

EL visitante no tenía hora señalada y, mientras le miraba plantado en el vano de la puerta, me dio la impresión de que no iba a traernos los primeros honorarios de 1964. Pero cuando me dijo que se llamaba Whipple y quería consultar con el señor Wolfe le dejé entrar y le conduje al despacho, porque después de un día muy aburrido me producía cierto placer imaginarme la mirada de Wolfe ante el quebrantamiento del reglamento, y también porque era un

negro. Por lo que sé, en su intrépida campaña en favor de sus derechos civiles, los negros no han mencionado el derecho a consultar con un detective privado, pero, ¿por qué no? Por lo tanto, ni siquiera le pregunté cuál era su caso. Ya en el despacho, una vez se hubo instalado en el sillón de cuero rojo que se halla cerca de uno de los extremos de la mesa de Wolfe, tendió la vista a su alrededor, y luego, recostándose hacia atrás, cerró los ojos. Le había indicado que Wolfe tardaría diez minutos en presentarse, a las seis en punto, y él asintió, diciendo:

—Lo sé. Las orquídeas. Me hallaba acomodado delante de mi mesita,

cuando me estremecí al oír el rumor del ascensor, y giré, la cara hacia la puerta para ver la entrada de Wolfe. Cuando estuvo ya dentro de la estancia y vio al negro en el sillón se detuvo en seco y se volvió hacia mí. Puedo asegurar que su mirada fue de las que forman época. Se la devolví lo mejor que pude.

—El señor Whipple —dije—. Viene a consultarle.

No apartó de mí la mirada. Estaba decidiendo si dar media vuelta y marcharse hacia la cocina, o empezar a vociferar. Pero de repente, frunció el entrecejo y no gritó, sino que se limitó a preguntar:

—¿Whipple?

—Sí, señor.

Giró sobre sí mismo para contemplar al negro, luego dio un rodeo para llegar al enorme butacón colocado tras su mesa de escritorio y se sentó, fijando su intrigada mirada en el visitante.

—¿Bien, caballero?

El «caballero» sonrió levemente y contestó:

—Voy a pronunciar un discurso —se aclaró la garganta, e irguiendo la cabeza, continuó—: Los acuerdos de la sociedad humana abarcan no sólo la protección contra el crimen, sino miles de otras cosas, y es completamente cierto que en América los blancos han

excluido a los negros de algunos beneficios de tales acuerdos. Se dice que la exclusión a veces ha llegado hasta el crimen, que en algunas partes del país un blanco puede matar a un negro, si no impunemente, al menos con grandes oportunidades de escapar a la pena que el acuerdo social impone. Esto es deplorable, y no censuro a los negros por estar resentidos por ello. ¿Cómo es posible cambiar este estado de cosas? —alzó una mano—. Omitiré algunas frases. Pero si ustedes no protegen al negro porque no es de su mismo color, entonces hay mucho que decir. Le están prestando a su propia raza un flaco servicio. Están ayudando a perpetuar y

agravar las exclusiones de que ustedes mismos se quejan. El acuerdo humano ideal es aquél en que las distinciones de raza, color y religión no sean tenidas en cuenta; cualquiera que ayude a perpetuar tales distinciones está traicionando este ideal; y ustedes están ciertamente ayudando a perpetuarlas. Si en un asunto de asesinato permiten que su acción se vea influida...

Prosiguió su discurso, pero yo no le escuchaba ya. Mis ojos estaban fijos en él, pero tampoco le veía. Estaba viendo, en realidad, una sala del Pabellón Upshur de Kanawha Spa, Virginia Occidental, una noche largos años antes. Wolfe se hallaba sentado en una silla no

demasiado grande para contener sus incalculables kilos de carne, de cara a un auditorio de catorce hombres de color, cocineros y camareros, sentados en el suelo. Wolfe sabía, y yo también, que uno de ellos poseía una pieza vital de información sobre un asesinato, y durante dos horas estuvo intentando descubrir cuál de ellos era, sin el menor éxito. Casi eran ya las dos de la madrugada, cuando probó por otro medio y les espetó un discurso, que causó el efecto apetecido. El que entregó su secreto fue un estudiante de veintiún años, de la Universidad Howard, llamado Paul Whipple. Y el hombre sentado en el sillón de cuero

rojo estaba pronunciando, palabra por palabra, fragmentos del discurso que Nero Wolfe les dirigió aquella noche.

Dejé el Pabellón Upshur y volví al despacho de Wolfe. ¿Debía haberle reconocido? No. Entonces era un joven, delgado, casi calvo, con unas mejillas colgándole como flácidas bolsas, y unas gafas de montura negra. Pero su nombre, Whipple, debió haber sonado como un timbre en mis recuerdos, y no fue así. En cambio, Wolfe sí lo recordó. Esto no me gustaba. Puedo conceder que él sea un genio y yo no, pero en tocante a memoria no concedo nada.

Calló en medio de una frase, porque era allí donde Wolfe se interrumpiera

aquella noche. Me obsequió con una sonrisa, y volviéndose a recostar en el sillón, amplió su sonrisa a Wolfe.

—Tiene usted muy buena memoria, señor Whipple —gruñó Nero.

—No mucha, en realidad —denegó con la cabeza—. Ordinariamente, no. Pero aquel discurso marcó un hito en mi educación. Me apresuré a transcribirlo aquella misma noche. Si tuviera buena memoria, me defendería mejor en mi profesión.

—¿En qué se ocupa?

—Soy profesor, mejor dicho, ayudante en Columbia. Temo que jamás ascenderé.

—¿Antropología?

Los ojos de Whipple se abrieron desmesuradamente.

—¡Cielo santo! ¿Se acuerda usted? ¡Eso sí es buena memoria!

—Sí, usted lo mencionó. —Nero frunció los labios—. Usted me ha acorralado, señor. Sé que le estoy obligado. Pero tal vez hubiese tardado días, o semanas, en reconocerle. Sin embargo, ha sabido halagar mi vanidad, citando mi discurso casi en su totalidad. Bien, ¿me necesita para algo?

Whipple asintió.

—Es una forma muy ruda de expresarlo, pero sé que ésta es su forma de ser. Sí, le necesito —sonrió, más ampliamente que antes—. Necesito

ayuda en un asunto confidencial, y decidí acudir a usted. No sé si podré pagar lo que usted suele cobrar, pero puedo pagar.

—Esto puede esperar. Ya le he dicho que le estaba obligado. ¿Su problema?

—Es muy... personal —casi le temblaron los labios; trasladó su mirada de Wolfe a mí, y luego volvió a posarla en aquél—. En cierto modo, se halla relacionado con lo que usted dijo aquella noche; por esto lo he citado. Tengo un hijo, Dunbar, de veintitrés años. ¿Recuerda que usted habló aquella noche de Paul Laurence Dunbar?

—Ciertamente.

—Bien, le pusimos Dunbar a nuestro

hijo. Es un buen chico. No carece de defectos, pero en conjunto es un buen muchacho. Trabaja en la ROCC. ¿Sabe lo que es?

—La Comisión de Derechos Ciudadanos. Les he enviado pequeñas contribuciones.

—¿Por qué?

Wolfe torció una esquina de la boca hacia arriba.

—Vamos, señor Whipple. ¿Tiene otro discurso para citar?

—Podría citar uno. O mi gente. Y también mi hijo. Sabe hacer discursos. Pero es él por quien yo... Bueno, él es el problema, o mejor, está en el problema. Se ha enredado con una chica blanca y

va a casarse con ella... y no puedo hacerle cambiar de idea. Por esto necesito ayuda.

Wolfe hizo una mueca.

—No la mía —replicó enfáticamente.

Whipple sacudió la cabeza.

—No se trata de hablar con el muchacho. Sino de averiguar qué pasa con la chica.

—Salvo los defectos innatos y universales de su sexo, quizá no haya nada malo en ella.

—¡Pero es que lo hay! —las cejas de Whipple se enarcaron—. No es... no hablo como antropólogo... de buena familia. Es joven, atractiva, y

económicamente independiente. Tal como es, resulta absurdo que se case con un negro. Está claro que...

—Mi querido señor. En lugar de otro discurso, soy yo quien puedo estar haciéndole citas durante una hora. Benjamín Franklin: «El hombre que siente una pasión galopa en un caballo salvaje.» O, por cortesía, una mujer. Un antiguo proverbio latino: «*Ex visu amor.*» El amor viene mirando. Pfui: «Nada de la naturaleza es absurdo, aunque mucho es deplorable.»

—Esto no viene a cuento.

—¿De veras?

—Sí —Whipple sonrió—.

¿Recuerda que cuando usted me

preguntó la edad, y le contesté que veintiún años, Moulton me riñó por no haber añadido «señor»? La pasión o el amor no entran en juego. Que una mujer blanca se enamore de un negro, incluso que se acueste con él, no es absurdo. Pero sí el matrimonio. Y afirmo que si esta Susan Brooke desea casarse con mi hijo es porque algo le pasa. Quizá le falta un tornillo. Hay muchas dificultades, muchos obstáculos, complicaciones... No necesito subrayarlo, supongo.

—No.

—No podría ser una buena esposa para él, y debe saberlo. Algo le pasa. Puede haber algo en su pasado, o puede

tratarse de algún rasgo de su carácter. Si logro averiguar qué es, podré hacérselo entender a mi hijo; no es ningún tonto. Pero el averiguarlo... bien, ya es otra cosa, no sé como hacerlo, no estoy preparado. Usted sí —nos mostró las palmas de sus manos—. Por eso estoy aquí.

—Orgullo de raza —dijo Wolfe distintamente.

—¿Cómo?

—Sí, naturalmente. Es posible que usted no se dé perfecta cuenta...

Whipple se puso de pie. Con los ojos, semicerrados, pareció taladrar a Wolfe.

—No soy un racista. Ya veo que he

cometido un error. No pensé que...

—¡Tonterías! Siéntese. Su problema...

—Olvídelo. Olvídeme. Debí olvidarme de usted. Acusarme de...

—¡El cielo le confunda, siéntese! — tronó Nero Wolfe—. ¿Un antropólogo negando el orgullo de su raza? Eso no es posible. Si es usted antropólogo, debe tenerlo. Mi observación no es ofensiva, pero la retiraré porque es inútil. Usted se siente impulsado a la acción; lo que a usted le impulsa es inmaterial. Lo que a mí me impulsa es el hecho de estar en deuda con usted; me lo ha recordado y estoy dispuesto a pagar mi deuda. Pero antes deseo comentar un poco el asunto.

¿Quiere sentarse, por favor?

—Supongo que he de obedecer —
dijo Whipple, y se sentó.

Wolfe le contempló fijamente.

—El comentario se refiere al matrimonio. Es posible que la señorita Brooke sea más realista que usted. Puede ser lo bastante inteligente para saber que, se case con quien se case, habrá problemas. Las dificultades, los obstáculos, las complicaciones, y empleo sus propias palabras, aunque preferiría otras más gráficas, son inevitables en cualquier caso. Si se casa con un individuo de su mismo color y clase, los fundamentos serán graves, serios, consecuentes y diversos. Jamás

he tropezado con una mujer tan inteligente, pero puede existir. ¿Y si ésta fuese la señorita Brooke?

Whipple movió la cabeza, negando.

—No. Reconozco que esto es muy hábil. Unas frases muy bien tramadas, pero frases al fin —sonrió—. Mi padre solía decir de un buen orador: «Monta las palabras a pelo.» No, señor.

—¿Está usted convencido?

—Sí, si quiere ponerlo de este modo, lo estoy.

—Muy bien. ¿Se acuerda del señor Goodwin? Whipple me obsequió con una de sus miradas.

—Naturalmente.

—¿Podrá arreglar un encuentro entre

él y la señorita Brooke? Tal vez una cena, un almuerzo con usted, ella y su hijo, con algún pretexto plausible. Whipple titubeaba claramente.

—Temo que no sea posible. Está enterada de... mi actitud. ¿Tiene necesariamente el señor Goodwin que conocerla? ¿Y a mi hijo?

—A su hijo, no es tan necesario. A ella, sí. No puedo proceder hasta que la haya visto y hablado con la muchacha y si es posible hasta bailado con ella, y yo esté informado de todo. Esto, incluso, puede dejarlo todo resuelto. Su olfato para las mujeres atractivas, la habilidad que posee para comprenderlas y su talento para conseguir su confianza

puede ser todo cuanto necesitemos —se volvió hacia mí—. Archie, ¿alguna sugerencia?

—Seguro —asentí—. La conoceré, la olfatearé, la comprenderé, ganaré su confianza, la traeré aquí, la instalaré en la habitación sur, y usted la seducirá y luego se casará con ella— se lo había merecido—. En cuanto a las dificultades, obstáculos y compli...

—¡Señor Goodwin! —me cortó Whipple—. ¡Usted puede bromear sobre este asunto, pero yo no! Le miré a los ojos.

—Supongo que no, señor Whipple. Me he limitado a reaccionar ante la broma del señor Wolfe con respecto a

mí y a las jóvenes atractivas. Pero, naturalmente, la conoceré. Él jamás sale de casa. ¿Es muy urgente? ¿Han fijado alguna fecha ya para la boda?

—No.

—¿Está usted seguro de que no se han casado todavía?

—Completamente seguro. Mi hijo no obraría así. No se escondería de mí... o de su madre.

—¿Está su madre de acuerdo con usted en esto?

—Sí, por completo —se volvió hacia Wolfe—. Usted dijo que su observación sobre el orgullo de raza carecía de utilidad, pero, sin embargo, hizo la observación. Bien, supongo que

es cierto con referencia a mi esposa. ¿Es orgullo de raza que desee que la mujer de su hijo sea una chica, una mujer de quien ella pueda ser amiga? ¿Amiga de veras? Hablando como negro americano, como hombre y como antropólogo, ¿puede lógicamente esperar llegar a sostener una verdadera amistad con una mujer blanca?

—No —admitió Wolfe—. Ni con una negra, si es la esposa de su hijo —hizo un gesto con la mano como para alejar la cuestión—. Sin embargo, usted está convencido —dirigió la vista al péndulo: faltaban cuarenta minutos para la hora de cenar—. Puesto que la sugerencia del señor Goodwin no es

practicable, veamos si yo encuentro una. Dígame todo lo que sepa de la señorita Brooke. Cogí mi agenda.

Sólo duró media hora más la entrevista, por lo que todavía faltaban diez minutos para la cena cuando volví al despacho después de escoltar a Whipple hasta la puerta de la calle, después de ayudarle a ponerse el abrigo, entregarle su sombrero, y cerrar la puerta a sus espaldas. Wolfe estaba sentado con un libro, cerrado, en las manos, contemplándolo con los labios apretados. Acababa de verse privado de una hora de lectura.

Me planté delante de su mesa, mirándole osadamente.

—Si espera que me disculpe —le dije—, puede ir esperando. Cuando hace alguna observación personal sobre mí delante de extraños, siempre reacciono.

—Naturalmente. Lo sé de sobras. Estoy a mitad de un capítulo.

—No lo sabía. Y referente a permitirle la entrada sin avisarle a usted, hay excepciones que...

—¡Bah! Lo que querías saber es si le reconocía. Bien, pues no lo hice hasta que oí su nombre. ¿Y tú?

—Puesto que usted ha sido sincero conmigo, no. Ni su cara ni su voz. También le reconocí por el nombre —continué hablando. Es lo mejor después de soltar una mentira—. Además, nos

enfrentamos con un nuevo punto de vista sobre los derechos civiles. La joven tiene derecho a casarse con el hombre que ama, y fíjese quién es el que intenta impedirlo. Ese tipo ha tenido bastante caradura al comenzar la entrevista citando su discurso.

—Le estoy obligado —gruñó Wolfe.

—Sí, ¿Vamos de veras a ayudarlo?

—Tú, sí.

—¿Me lo deja a mí?

—No. Lo discutiremos luego.

—No hay mucho que discutir. Sea lo que sea que yo descubra respecto a ella, probablemente Whipple...

Se oyeron pasos en el pasillo, y Fritz llamó a la puerta, para anunciar la cena.

Wolfe dejó el libro sobre la mesa y acariciándolo con las yemas de los dedos, se levantó.

Capítulo II

Esto ocurrió el lunes, 24 de febrero. Cuarenta y dos horas más tarde, a la una del miércoles, yo había almorzado con Susan Brooke en el apartamento de Lily Rowan, en la calle 63, entre Madison y el Park.

En los escasos datos suministrados por Whipple no había donde hincar el diente. La joven se había graduado en Radcliffe hacía cuatro o cinco años, y poco después se trasladó a Nueva York. Vivía con su hermano casado, un

ingeniero en electrónica, en un apartamento de Park Avenue, lo mismo que su madre. Procedían de Wisconsin-Racine, nos dijo Whipple, aunque no estaba completamente seguro. Ignoraba asimismo si la muchacha era independiente económicamente, aunque lo presumía porque durante más de dos años estuvo trabajando en la ROCC, como voluntaria, sin percibir sueldo, y aportó algunas contribuciones que, en total, ascendían a dos mil trescientos cincuenta dólares. No se ocupaba de labores burocráticas; establecía contactos y arreglaba asambleas y fiestas para recaudar fondos. Esto era todo cuanto sabía Whipple, salvo un par

de docenas de detalles inútiles, y algunas sospechas más inútiles todavía.

La idea de lo de Lily Rowan, claro está, había partido de mí, puesto que era amiga mía y no de Wolfe. Mi primera sugerencia del lunes por la noche después de cenar, fue que telefonaría a las oficinas de la ROCC, hablaría con el director, Thomas Henchy, y le diría que Wolfe estaba considerando la idea de entregar una suma sustancial, que le gustaría discutirlo, y que en mi opinión la mejor persona que podía enviar para tratar del asunto era la señorita Susan Brooke, porque habíamos oído hablar de ella y sabíamos que causaba una excelente impresión en los individuos

del género masculino. Esto obtuvo el veto por parte de Wolfe debido a: 1) que se vería obligado a entregar un generoso donativo, al menos bastante generoso, y 2) que ante una atractiva joven yo podría acelerar las cosas si él no se hallaba presente. Naturalmente, la verdadera objeción estribaba en que se trataba de una mujer. Hay muchas cosas que le agradan en su viejo caserón pardusco de la calle 35 Oeste, de su propiedad; los muebles, las alfombras, los libros y su aislamiento a prueba de ruidos; el invernáculo de la terraza; Fritz Brenner, el cocinero; la enorme cocina; Theodore Horstman, el criador de las orquídeas; y yo, el hombre y el músculo. Pero lo que

más le agrada es que en la casa no hay una sola mujer, y aún le parecería mejor que nunca cruzara ninguna el umbral.

Por lo tanto nombré a Lily Rowan, para quien uno de los grandes es un grano de maní, y esto le pareció satisfactorio. Cuando la llamé, aquella misma noche, dijo que no le gustaban los asuntos de negocios por teléfono, y que sería mejor que fuese a verla en persona; así que fui, no regresando a la calle 35 Oeste hasta las dos y cuarto, hora en que me metí en cama. Como suelo dormir ocho horas seguidas como un tronco, no entré al despacho el martes por la mañana hasta después de que Wolfe hubiese terminado su sesión de

dos horas diarias en el invernáculo... de nueve a once. Lily telefoneó cerca de mediodía. La señorita Brooke almorzaría en su casa al día siguiente, a la una en punto, y yo podía llegar un poco antes para disponer la escena.

Las dos millas, a través de la ciudad hacia la calle 63 es uno de mis paseos favoritos, pero aquel miércoles me costó un singular esfuerzo. Cuando se está por debajo de los cero grados, y en cada esquina sopla una ventolera que arrastra grandes copos de nieve desde la Bahía Hudson, que obliga a bajar la barbilla, cerrar fuertemente la boca y encorvarse hasta casi doblarse, hay que hacer de tripas corazón y continuar, deteniéndose

de cuando en cuando en las puertas de las tiendas, los bares y los hoteles. Cuando, por fin, llegué, sacudí la nieve de mi abrigo y mi sombrero en el vestíbulo, tomé el ascensor y abandonándolo en el último piso, llamé al timbre del apartamento, siendo la propia Lily quien abrió la puerta.

—La cama más cercana —dije.

Levantó una ceja, viejo truco que yo le había enseñado.

—Pruebe en la puerta siguiente, hermano —me contestó. Luego me dejó entrar y cerró la puerta—. ¡No habrás venido andando!

—Seguro, si puedes llamarlo andar —dejé mi abrigo y sombrero en el

perchero—. Si a la ascensión del Everest se la llama un paseo, he venido paseando.

Nos cogimos del brazo y pasamos al saloncito, con su alfombra Kashan, 19 por 24, que parece un jardín de colores diversos, su Renoir, su Manet, su Cézanne, su piano de cola, y sus puertas vidrieras que dan a la terraza, donde el viento parecía empujar la nieve. Cuando nos sentamos extendió las piernas y murmuró:

—Piernas de antílope.

—En primer lugar —contesté—, hace de esto muchos años. En segundo, lo que dije era que parecías un antílope en una manada de Guernseys

1. Pero lo que ahora interesa es que nos ocupemos de la señorita Brooke, aunque seguramente con este tiempo tan infernal no vendrá.

Pero vino, y sólo diez minutos más tarde. Lily hizo que la doncella le abriese la puerta, pero fue a recibirla a la arcada del vestíbulo en persona. Yo estaba de pie en el centro de la alfombra de Kashan, y fui presentado a la recién llegada como el señor Goodwin, consejero de Lily.

La descripción que Whipple nos hiciera de la joven fue partidista. No era flaca, pero sí bajita, un par de pulgadas

más baja que Lily, que me llega sólo a la nariz; poseía una bonita piel suave y sonrosada, ojos y cabellos castaños, y su boca aparecía casi por completo desprovista de carmín. Su apretón de manos fue firme y amistoso, sin exageración. Lily me confió luego que su vestido de lana color castaño probablemente era de Bergdorf, y le habría costado unos doscientos pavos. No aceptó un combinado.

La abandoné a Lily. Durante el almuerzo, compuesto de estofado de setas, langosta «soufflé», ensalada de aguacate y pastel de pina, nos habló de la ROCC: del personal, de su actuación, su política, su programa. Susan Brooke

estaba bien enterada de todo, y sabía cómo contarlo.

De vuelta al saloncito, cuando hubo sido servido el café, Lily se excusó y nos dejó solos. Regresó al cabo de un minuto, y le entregó a la señorita Brooke un papelito rectangular, de color azul.

—Bueno —dijo—, no es que sea mucho, pero puede ayudar. Pasto verde.

Susan lo miró... no de un vistazo, sino a conciencia.

—Un buen almuerzo... y esto —exclamó. Poseía una bonita voz grave, aunque tenía la costumbre de juntar todas las palabras—. Muchas gracias, señorita Rowan, aunque naturalmente no soy yo quien se las da, sino toda la

organización. ¿Podremos considerarla como donante?

—Ciertamente, si lo desean —asintió Lily—. Mi padre ganó mucho dinero construyendo alcantarillas con una mano y ocupándose de política con la otra —cogió su taza de café y bebió un sorbo—. Puesto que usted puede permitirse el lujo de conceder su tiempo a esta organización, supongo que su padre también debe saber cómo ganarse bien la vida.

—Sí, lo sabía —la joven cerró su bolso con el cheque dentro—. No construyendo alcantarillas, sino edificios. Murió hace seis años.

—¿En Nueva York?

—No, en Wisconsin.

—¡Ah! ¿Omaha?

Lily me estaba demostrando cuan lista era. Susan Brooke no sonrió.

—No, Racine —dijo.

Lily tomó otro sorbo de café.

—Sospecho que me estoy mostrando muy entrometida, pero... bueno, es que usted me resulta fascinante. Yo no soy perezosa ni tacaña, soy solamente inútil. Y no la entiendo a usted. ¿Le molesta que lo intente?

—No, en absoluto —Susan señaló su bolso—. Su dinero no es inútil, señorita Rowan.

—Deducción de impuestos —Lily hizo un gesto evasivo con la mano—.

Pero su tiempo y su dinero no lo son. ¿Siempre se ha dedicado a esto desde que llegó a Nueva York?

—¡Oh, no! Sólo desde hace dos años... tal vez algo más. No hay nada fascinante en mí, puede creerme. Cuando dejé el Instituto volví a mi casa, en Racine, y comencé a aburrirme. Entonces ocurrió algo y... bien, papá había fallecido y sólo vivíamos mamá y yo en un gran caserón. Así que nos trasladamos a Nueva York. Mi hermano estaba ya aquí y fue él quien nos lo sugirió. Pero ustedes no me han pedido mi autobiografía.

—Sí, prácticamente sí lo hicimos. ¿Vive usted con su hermano?

La joven sacudió la cabeza.

—Sí, durante una temporada, pero luego alquilamos un apartamento mi madre y yo. Y busqué un empleo —dejó sobre la mesita su taza vacía, y yo me levanté y me apresuré a llenársela otra vez. Me agradó poder contribuir con algo a la entrevista.

—Si me permite —le rogó Lily—, ¿qué clase de empleo?

—Claro que se lo permito. La lectura de manuscritos por cuenta de un editor. Fue terrible... Jamás llegarán a creer las cosas que la gente desea ver impresas. Luego tuve un empleo en las Naciones Unidas, un empleo burócrata. No era nada buena, pero allí conocí a

gran cantidad de gente, y me di cuenta de cuan tonta era al buscar empleos, retribuidos, pero monótonos y aburridos, cuando en realidad el dinero no me hacía ninguna falta. Fue una chica que conocí en la ONU, una chica de color, la que me dio la idea de la ROCC, conque fui allí, y les pregunté si podía ayudarles en algo —bebió un poco de café.

—Absolutamente fascinante — declaró Lily—. ¿No opina lo mismo, señor Goodwin?

—No —objeté lisamente. Un consejero debe mostrarse duro—. Todo depende de lo que satisfaga a una persona. Ustedes dos, señoritas, tienen todo el dinero que necesitan, y en mi

opinión son un poco egoístas. Podrían hallar un par de hombres a quienes hacer felices y tenerles cómodos, pero no quieren tomarse esta molestia. Ninguna de ustedes se ha casado. Al menos, usted no se habrá casado, ¿verdad, señorita Brooke?

—No.

—¿No piensa intentar la aventura?

Se echó a reír. Su risa era suave.

—Tal vez lo intente. Después de lo que acaba de decir usted, me sentiría egoísta si no lo hiciese. Les invitaré a usted y a la señorita Rowan a la boda.

—Aceptaremos encantados. Y a propósito, ¿cuál era el editor para el que leía usted los manuscritos? Una vez me

rechazaron uno, y podría haber sido usted la culpable.

—¡Oh, espero que no! La Parthenson Press.

—Entonces, no fue usted. Bien, voy a decirle algo que la divertirá. Cuando la señorita Rowan tuvo la idea de hacerle un donativo a la ROCC, me pidió que investigase un poco, y un individuo me dijo que tal vez esta organización tuviera un poco de influencia comunista. Naturalmente, la gente le cuelga este sambenito a toda sociedad que no le gusta, pero ese tipo mencionó un nombre: Dunbar Whipple. No poseía ninguna prueba, solo eran rumores. Pero tal vez a Whipple le

agradaría saberlo. Por mi parte, prefiero silenciar el nombre de quien me hizo la confianza.

Nada de rubor ni de enojo. La muchacha pareció ligeramente divertida.

—Espero —dijo— que esto no sea una manera de preguntarme si soy comunista.

—No. Yo soy más sencillo que todo esto. De pensarlo, lo hubiese preguntado claramente.

—Y yo le habría contestado que no lo soy. Al principio, cuando la gente trataba de averiguar si era comunista sin parecer preguntarlo en realidad, me indignaba, pero no tardé en comprender que era una tontería. Ahora no me

enfado. ¿Es usted derechista, señor Goodwin?

—Me niego a responder. Me siento indignado. La joven rió otra vez.

—Ya le pasará. En cuanto a Dunbar Whipple, es un caso especial. Es joven y le falta mucho que aprender, pero será el primer alcalde negro de Nueva York — giró la cabeza—. Le advierto, señorita Rowan, que algún día podré rogarle que haga otra clase de donativo... a los Whipple, para los fondos de la campaña de alcalde. ¿Votaría usted por un negro?

Lily contestó que dependía de varias cosas, que sólo votaba por los demócratas, en respeto a la memoria de su padre. Me levanté para servir más

café, pero Susan consultó su reloj y dijo que tenía una cita. Lily señaló la terraza y contestó que con un tiempo tan abominable era mejor olvidarse de las citas, pero la Brooke replicó que no podía, que la cita era con un antiguo discípulo. Le estrechó la mano a Lily, repitiendo las gracias, pero no a mí, lo cual resulta comprensible, puesto que no le había dicho definitivamente que no fuese derechista. Mientras Lily la acompañaba al vestíbulo, me serví un poco más de café y me dirigí a las puertas vidrieras para admirar el tiempo.

Lily no tardó en reunirse allí conmigo.

—¡Vaya chica! —exclamó—. Si ella es fascinante, me alegro de no serlo.

—Uno de tus mayores encantos es no resultar fascinante, Lily —le dije. Dejé la taza sobre una repisa.

—Y prefiero ser egoísta. Mírame, Escamillo. ¡Conque querrías que una mujer te hiciese feliz y te tuviera cómodo!

—No a mí. Me limité a decir a un hombre.

—Nómbrame uno.

—Nero Wolfe.

—¡Aja! ¿Qué te apuestas a que yo no podría?

—Ni un centavo. Te conozco, y también a él. No hay apuesta.

—Tú tendrías que largarte —le estaban riendo los ojos. Diría que era como la mirada de un tigre acechando a una manada de ciervos, si alguna vez hubiese visto a un tigre en tales condiciones—. Despediríamos a Fritz y, naturalmente, también a Theodore. Nero me leería en voz alta. Nos desembarazaríamos de las orquídeas, derribaríamos los tabiques del invernáculo, y daríamos bailes, a los que tú no estarías invitado. Para almorzar comeríamos bocadillos de cacahuetes, mantequilla y mermelada, y...

Le coloqué una mano en la boca, y con la otra le rodeé el talle. No hizo el

menor esfuerzo por apartarme, pero intentó morderme.

—Cuando estés dispuesta a discutir el asunto, cierra tu ojo derecho.

Lo cerró, y le aparté la mano de la boca.

—¿Y bien? —le pregunté.

—De acuerdo —concedió ella—. Es fascinante.

—Para ti. Es muy sencilla, en realidad. Es una buscadora de comodidades. Desea convertirse en la esposa de un alcalde.

—¡Hum...! Me he reído con tu cuento de hacer feliz a un hombre, pero esta vez no me engañas. Estás intentando que esa chica no se case con el negro Whipple,

¿verdad?

—Ésta es la idea.

—Entonces, dos cosas. Primera, no creo que consigas nada a menos que inventes algo, y sé que no lo harás. No creo que se pueda hacer nada al respecto. Segundo, si se puede hacer algo, espero que no sea debido a algo que hayas oído aquí. No te censuraría, pero sí a mí misma. Si la chica y el negro ese quieren casarse, es una tontería, pero allá ellos. Conque hazme un favor. Si logras separarlos, y esta separación se debe a algo que hayas oído aquí, no me lo digas. No quiero saberlo. Ya me conoces.

—Seguro —miré mi reloj; las tres

menos cuarto—. Si tuviese en este asunto algo personal, pensaría igual que tú, pero no es así. Tienes toda la razón. La chica tiene perfecto derecho a casarse con él. El padre y la madre tienen perfecto derecho a impedirlo, todos los padres lo han estado haciendo desde hace diez mil años. Nero Wolfe tiene derecho a servir los deseos de un cliente. Yo tengo derecho a ganarme el sueldo haciendo lo que me ordenan, siempre que no se enfrente con mi derecho a permanecer fuera de la cárcel. Así, que lo dejaremos correr y me largaré al Parthenon Press, que está a poca distancia de aquí.

—No habrá nadie allí. Fíjate en la

nieve que está cayendo. En cambio, puedo ofrecerte un combinado de ginebra.

La miré.

—Quizá tengas razón. ¿Puedo usar el teléfono?

Tenía razón. Me contestaron, pero no fue la chica de la centralita. Alguien me dijo que todo el mundo se había marchado. Cuando colgué, Lily me hizo señas desde la puerta entreabierta.

—Estoy aquí. Pasa. Yo también tengo derecho a ganar lo bastante para poder pagar el almuerzo.

Naturalmente, lo tenía.

Capítulo III

Aquella fue una nueva experiencia. En todos los años de profesión he investigado a muchísima gente —mil, dos mil personas—, pero siempre respecto a algo específico, desde una coartada al motivo de un asesinato. Con Susan Brooke debía investigar, simplemente. Como estoy interesado en mí mismo, hubiese dado un par de centavos para saber lo que prefería: hallar algo que la señalase pecaminosamente, o no hallar nada

digno de mención. De todas formas, llevé a cabo la tarea, y gocé con ella, porque en realidad Wolfe y yo no teníamos nada que perder.

Me costó tres días, aunque no enteros, y tres noches. La pista del Parthenon Press no me llevó muy lejos. No había realizado sus lecturas en la oficina, y sólo tres personas, dos editores y una dactilógrafa, la habían conocido. A uno de los editores no le agradaba la chica, pero según lo que confió la dactilógrafa, era porque le había insinuado ciertas proposiciones que fueron rechazadas.

La pista de la ONU me llevó más tiempo. Tardé medio día en averiguar

dónde había trabajado. Luego, otro medio día tomar notas, y media hora repasarlas. Según una información, se había emborrachado en un almuerzo de despedida a una delegación griega; según otra, no era cierto. Había trabado amistad con una muchacha polaca, y se la había llevado al campo a pasar las vacaciones de verano. Tres veces, o quizá cuatro o cinco, había sido invitada a almorzar en el comedor de los delegados por un francés algo Casanova. Seguí esta pista, pero no hubo nada. Se la había visto salir del edificio en compañía de una joven marroquí, una húngara y una sueca. Y así siguiendo. Era una joven muy bien educada, culta.

La ONU es maravillosa para ampliar los conocimientos de uno. Por ejemplo, las jóvenes turcas tienen las piernas cortas, y las indias los pies planos.

A las diez de la noche del sábado subí los peldaños de nuestro caserón, utilicé la llave y dejando abrigo y sombrero en el perchero, me dirigí al despacho. Wolfe se hallaba detrás de su mesa, hundido en el único sillón capaz de contenerle, con un libro en la mano. «William Shakespeare», de A. L. Rowse. Esperé a que terminase la lectura de un párrafo. Luego, levantó la vista.

—La verdad —comencé—, creo que jamás le he visto tanto tiempo con

ningún otro libro.

Lo dejó sobre la mesa.

—Estoy revisando los datos sobre «Cimbelina». Creo que el autor está equivocado.

—Entonces, devuelva el libro —di vuelta a una butaca y me senté—. He llevado a una chica marroquí a cenar a lo de Rusterman. No baila, así que la devolví a su casa. Hoy me ha ocurrido algo parecido, por lo que no vale la pena que haga ningún informe. Mañana es domingo. No me molesta este trabajo, me divierte, pero no saco nada en claro. Sugiero que le diga a Whipple que si hay algo malo en la Brooke se halla ya profundamente enterrado.

—Te gusta la chica —gruñó.

—No especialmente. Ya le dije el miércoles por la noche que sospecho que la chica no tiene nada que ocultar. Y sigo creyendo lo mismo.

—¿Eres muy candido?

—Regular.

—¿Dónde está Racine?

—Entre Chicago y Milwaukee. En el lago.

Empujó hacia atrás el sillón, emergió del asiento toda su voluminosa masa, se acercó al globo mundial, que es dos veces mayor que él, le dio la vuelta y buscó Wisconsin.

—Está más cerca de Milwaukee —dijo—. ¿Hay aviones para esa

población?

—Seguro. Pero el pasaje costará unos ochenta pavos, más treinta diarios. O más. Whipple tal vez se quejará.

—No podrá hacerlo —regresó a su sillón—. Veblen lo llamó el instinto del artesano. El mío quedó comprometido cuando accedí a actuar por cuenta de Whipple. En tu conversación con la Rowan y la Brooke, que me contaste el miércoles por la noche, ¿no observaste nada sugeridor? Claro, seguro que no.

—Bien, tal vez pueda llamarse sugeridor. Después de habernos explicado lo aburrido que es Racine, la Brooke añadió: «Entonces ocurrió algo y...» Se interrumpió. De acuerdo,

sugridor. Quizás el techo del caserón comenzó a resquebrajarse.

—¡Hum...! ¿Y si el pasado de la señorita Brooke fuese un elemento vital de investigación?

—Probablemente debería estar yo ahora en Racine.

—Eso es lo que harás. Mañana. ¡Maldición, estoy comprometido!

Moví la cabeza negativamente.

—Objeción. Mañana es domingo y tengo una cita personal.

Lo dejamos para el lunes, y para Chicago en vez de Milwaukee, puesto que hay más aeroplanos.

Estábamos a tres sobre cero, a las cinco y veinte minutos de la tarde del

lunes, cuando aparqué el coche que había alquilado en Chicago, en un lugar situado a un bloque de distancia de las oficinas del «Racine Globe», y a dos bloques del hotel donde había hecho la reserva. No me gusta dejar mi coche en el aparcamiento de los hoteles, desde el día, varios años atrás, en que perdí un contacto porque tardaron casi media hora en traerme el auto. Anduve los dos bloques con mi equipaje, y tras inscribirme en el hotel volví a salir. No tenía hora dada en el Globe, pero Lon Cohen del *New York Gazette* había llamado el domingo por la noche, y un tal James E. Leamis, el gerente, sabía mi llegada. Después de dos esperas, una

abajo y otra en el piso tercero, me condujeron ante una puerta con su nombre en una placa. Dejó su sillón para estrecharme la mano, tomó mi abrigo y mi sombrero, que puso sobre una butaca, y me dijo que era un placer conocer a un periodista de Nueva York. Nos sentamos, intercambiamos unas frases banales, y luego le expliqué que yo no era periodista, sino un investigador privado que trabajaba momentáneamente por cuenta de la *Gazette*. Le dije que suponía que mi amigo Cohen le habría informado que la *Gazette* pensaba publicar una serie de artículos sobre la Comisión de Derechos Ciudadanos, a lo que me contestó que no, que sólo le

había anunciado mi llegada con objeto de obtener cierta información.

—Bien, pero sabrá usted lo que es la Comisión de Derechos Ciudadanos.

—Claro está. Hay ramificaciones en Chicago y Milwaukee, aunque ninguna en Racine. ¿Por qué ha venido usted aquí?

—Estoy investigando sobre cierta persona. La serie se centrará sobre los personajes que actúan en Nueva York, y uno de los más importantes es una joven llamada Susan Brooke. Creo que es natural de Racine, ¿verdad?

—Sí. ¡Dios mío, la *Gazette* envía aquí a alguien a formular preguntas sobre Susan Brooke! ¿Por qué?

—Por ningún motivo especial. Quieren conocer el ambiente, los antecedentes, eso es todo. ¿La conoce usted? ¿O la conoció?

—No puedo decir que la conociese. Digamos que la vi alguna vez. Conozco muy bien a su hermano Kenneth. Por supuesto, la muchacha pertenece a otra generación. Le doblo la edad.

Se notaba, con sus cabellos ralos y grises, y sus arrugas. Estaba en mangas de camisa, con un chaleco desabrochado.

—¿Qué tal se la consideraba aquí?
—pregunté.

—Bien... muy bien. Una de mis hijas era condiscípula suya en el Instituto.

Luego, ella dejó el colegio... no recuerdo cuál.

—El Radcliffe —dije, porque la joven lo había mencionado durante nuestro almuerzo en casa de Lily Rowan.

—Sí. En realidad, los únicos antecedentes de esa joven son los de su adolescencia. Su padre sí era conocido en Racine. ¡Y de qué manera! Era el constructor más listo del sur de Wisconsin. Era el dueño de este edificio, también. Bueno, todavía pertenece a la familia. Temo no poder ayudarle mucho, señor Goodwin. Si lo que usted quiere son habladurías, no puedo hacer nada por usted.

Hubiera querido preguntarle si le había sucedido algo digno de figurar en los titulares a Susan, durante el verano o el otoño de 1959, pero no lo hice. Se trataba de la propietaria del edificio del Globe, y podían andar atrasados de alquileres. Por lo tanto, le aseguré que no iba detrás de ningún comadreo en particular, sino que me hallaba interesado únicamente en un retrato de carácter general. El individuo comenzó a dispararme preguntas sobre el ROCC, y lo que los neoyorquinos opinaban de Rockefeller y Goldwater, y yo le contesté lo mejor que pude.

Había oscurecido cuando salí a la calle, y el viento que soplaba era capaz

de helar cualquier cosa. Regresé al hotel y subí a mi habitación, donde esperaba compañía a las seis y media. En Chicago había telefonado a un fulano que mantenía tratos profesionales con Nero Wolfe de cuando en cuando. Según él, en Racine sólo existía una persona idónea, llamada Otto Drucker, por lo que le había telefonado también, concertando una cita conmigo. Ya en mi habitación, agradablemente caldeada, me quité los zapatos y me tendí en la cama, pero no tardé en incorporarme nuevamente. De no haberlo hecho, me habría quedado dormido como un tronco. El caminar dos bloques de edificios soportando aquel viento helado era capaz de fatigar al más

pintado.

Fue puntual, si no se tienen en cuenta cinco minutos de retraso. Le estreché la mano, y no dejé que se diese cuenta de mi sorpresa. Jamás hubiera podido tomársele por un hombre activo; parecía encajar mejor en el despacho de un vicepresidente ayudante de un Banco, con su rostro bien rasurado y sus ojos de amable mirada. Cuando me enfrenté con él, tras haber dejado su abrigo y sombrero sobre la cama, me preguntó con voz bien modulada:

—¿Cómo se encuentra el señor Nero Wolfe? Era un ciudadano distinguido. Jamás se me hubiera ocurrido que un detective privado pudiera comportarse

así. No al menos Nero Wolfe. Es un ciudadano y es distinguido, pero no es un ciudadano distinguido.

Fue una velada muy agradable. Le gustó la idea de cenar en mi cuarto. Cuando le dije que iba a llamar por teléfono interior para que nos enumerasen el menú, me advirtió que no era necesario porque las únicas cosas que sabían guisar en el hotel eran la carne asada, jigote de patatas y pastel de manzana. Si tuviera que transcribir todo lo que me divertí aquella noche, estoy seguro de que el lector no gozaría tanto, porque en realidad casi sólo hablamos de cosas referentes al oficio. Conocía todos los trucos habidos y por haber y

como llevaba actuando en Racine veinte años y todo el mundo le conocía, tenía que inventar una serie de tretas de las que incluso Saúl Panzer se habría sentido orgulloso.

Por supuesto, el eje fue Susan Brooke. No la mencioné hasta que hubimos trabado cierta amistad y haber consumido la cena, que no estuvo mal, ni mucho menos. Una vez retirado el servicio, le conté que un importante cliente de Nero estaba considerando la posibilidad de tomarla como socio en un negocio de envergadura, que todo lo que pudiera decirme sería completamente confidencial, y que su nombre no saldría a relucir en absoluto. Me habría

desilusionado si no me hubiese preguntado el nombre del cliente. Lo hizo. Yo le habría desilusionado a él si se lo hubiese dicho. No lo hice.

Se quitó la pipa de la boca y recostó la cabeza hacia atrás, contemplando el techo.

—¡Recuerdos! —exclamó—.

Efectué algunos trabajos para el padre de Susan Brooke. Algunos. Podría habérselo presentado, pero falleció. Ella no fue más que una jovencita de la localidad, sin nada digno de mención. Supongo que ya sabrá que la enviaron a un Instituto.

—Sí, lo sé.

—Y luego, a Nueva York. Mientras

estuvo en el colegio, sólo pasaba aquí los veranos; ella y su madre viajaban bastante. En los ocho o nueve últimos años no creo que Susan Brooke haya estado en Racine más de cuatro o cinco meses en conjunto. Es decir, en los últimos cuatro años, no ha estado ni una sola vez.

—Entonces, estoy desperdiciando el dinero de mi cliente. Pero tengo entendido que estuvo aquí, en su casa, cuando salió del Instituto. En 1959. Pero quizás usted no lo sabía. Su padre ya había muerto. Poco después, ella y su madre se trasladaron a Nueva York.

¿No sabe usted cuánto tiempo después, con exactitud? Volvió a

colocarse la pipa entre los labios, vio que se había apagado y procedió a encenderla.

—No entiendo por qué está intentando engatusarme —me dijo por entre una cortina de humo—. Si lo que desea son datos acerca del suicida, adelante, pregúnteme, pero es muy poco lo que sé.

Usualmente consigo ocultar mis emociones bastante bien, pero como no tenía motivos para estar en guardia, me desconcerté. Lo que me desconcertó fue aquella referencia a un «suicida». De repente, había «algo». Podía tratarse de lo peor, puesto que ella podía ser la asesina y luego haber simulado un

suicidio. De la manera que me desconcertó, comprendí que no sólo no había esperado hallar nada, sino que tampoco lo deseaba.

—¿Qué le pasa? —exclamó Drucker—. ¿Creyó que no me había dado cuenta desde el principio de que estaba tomándome el pelo?

—En absoluto —sonreí—. Aunque hubiese querido tomárselo, sé condenadamente bien que no podría. No sé nada respecto al sujeto que se mató. Me he limitado a venir a Racine para investigar sobre Susan Brooke. ¿No será usted quien intente tomarme la cabellera?

—No. Tan pronto como nombró a

Susan Brooke, supuse que era este extremo el que deseaba investigar.

—No. No sabía nada de esto. Bien, adelante. Ya se lo he preguntado ahora. Continúe.

—Bueno —dio una chupada a la pipa—. Fue el verano en que regresó del Instituto. Un joven llegó al pueblo a verla, y la vio, o al menos lo intentó. A las seis menos veinte del viernes por la tarde, el día catorce de agosto de 1959, el joven salió de la casa, el caserón de los Brooke, se quedó parado en el porche, sacó un revólver del bolsillo, un «Marley» treinta y ocho, y se pegó un tiro en la sien, ¿No lo sabía?

—No, ya se lo dije. ¿Hubo alguna

duda?

—Ninguna. Tres personas vieron lo acontecido. Dos mujeres situadas en la acera de enfrente, y un hombre en la calzada. A usted, seguramente, le gustaría saber dónde encaja Susan Brooke con esta historia, pero esto no puedo decírselo, porque no lo sé. Tan sólo conozco lo que se publicó, y lo que contó un amigo mío que estaba en condiciones de saberlo. El joven era un estudiante, de Harvard. Había pretendido casarse con ella, y vino a Racine para seguir asediándola, pero tanto ella como su madre le despidieron con cajas destempladas. Como es sabido, esta clase de cosas suelen pasar,

aunque nunca he podido comprender por qué. Tienen que haber muy buenas y sólidas razones para que un fulano se suicide, pero jamás entenderé que un hombre lo haga porque una mujer le haya dicho que no. Por supuesto, es una especie de enfermedad. Usted no está casado.

—¿No, ¿y usted?

—Lo estuve. Me dejó. Hirió mi amor propio, pero desde entonces duermo mejor. Otra cosa, si un hombre y una mujer deben convivir como es lo natural, les resulta saludable conversar de su trabajo, y un detective privado no puede hacerlo, ¿comprende?

Volvimos a hablar de cosas del

oficio durante otra hora larga. No intenté volver a sacar a relucir el tema de Susan Brooke. Pero cuando se marchó, alrededor de las diez, me dije que el Globe era un diario matutino, por lo que la redacción debía estar entonces reunida en pleno, y si el pasado de la chica era un elemento vital para una investigación, valía la pena de ir a echar un vistazo. Cogí el teléfono y llamé a Leamis, obteniendo permiso para revisar los archivos.

El viento había remitido un poco, aunque no el frío, que enrojeció la punta de mi nariz. En el Globe las máquinas ya estaban trabajando; el suelo vibraba, particularmente en el segundo piso,

donde me condujeron a un cuarto destartalado y polvoriento, y me entregaron a merced de un viejo guardián, desdentado. Me advirtió que no recortase o desgarrase nada y me llevó hasta una serie de estantes señalados con el número 1959.

La luz era deficiente, pero yo tengo buena vista. Empecé por el 7 de agosto, o sea una semana antes de la fecha que Drucker había mencionado, para ver si existía alguna referencia de la llegada o presencia en Racine de un joven de Harvard, pero no había nada. La noticia estaba en la primera plana del día quince. Se llamaba Richard Ault, y procedía de Evansville, Indiana. De

nuevo estaba en primera plana del domingo, dieciséis, pero el lunes ya estaba la noticia en el interior, y el martes no había nada. Continué hojeando hasta terminar la semana, pero sin resultado, por lo que volví a los tres primeros días del suceso y leí la reseña con atención.

No había ni un indicio de duda. Los tres testigos fueron interrogados, sin que se hubiesen producido discrepancias ni contradicciones. El porche estaba a plena vista de la acera de enfrente; las dos mujeres le vieron con el arma en la mano antes de levantarla, y una de ellas lanzó un grito. El joven había atravesado la calle hasta llegar al porche, mientras

la señora Brooke y Susan salían de la casa. Susan se negó a ser entrevistada aquella noche, pero le había contado su historia a un reportero el sábado por la mañana, contestando a sus preguntas sin ambages.

Aunque hubiese querido hallar algo extraño en la conducta de la muchacha, no habría hallado nada. Dejé los diarios en su lugar, le aseguré al guardián que no había recortado ni destrozado nada, regresé al hotel, me bebí un vaso de leche en el bar, y me metí en cama.

Ignoro si hubiera seguido investigando en Racine, de no haber sufrido una interrupción. Probablemente no, puesto que ya sabía en lo que estaba

pensando Susan cuando había dicho: «Entonces ocurrió algo y...», motivo por el cual me hallaba en Racine. La interrupción me despertó el martes por la mañana. Había dejado dicho que me llamasen a las ocho, pero cuando llamó el teléfono no creí que fuese la hora todavía, por lo que consulté mi reloj. Eran las siete y diez. Pensé: «¡Malditos hoteles!», alcancé el receptor, y me dijeron que me llamaban desde Nueva York. Dije que bueno, reflexioné que en Nueva York eran ya las ocho y diez, y entonces oí la voz de Wolfe.

—¿Archie?

—Al habla. Buenos días.

—No lo hace muy bueno. ¿Dónde

estás?

—En cama.

—No me excuso por molestarte.

Levántate y ven a casa. Susan Brooke ha muerto. Hallaron anoche su cuerpo con el cráneo destrozado. Fue asesinada. Vuelve a casa.

Tragué, pero no tenía nada que tragar.

—¿Dónde fue...? —comencé a preguntar, pero me callé. Volví a intentar tragar—. Saldré a...

—¿Cuándo llegarás aquí?

—¿Cómo puedo saberlo? A mediodía, a la una...

—Muy bien —y colgó.

Durante diez segundos permanecí

sentado al borde de la cama. Luego me incorporé y me vestí. Hice el equipaje, bajé en el ascensor, pagué la cuenta y me dirigí al aparcamiento y subiendo al coche, arranqué en dirección a Chicago. Ya desayunaría en el aeropuerto.

Capítulo IV

No era mediodía, ni era la una cuando utilicé mi llave en la cerradura del viejo caserón de la calle 35 Oeste. Faltaban cinco minutos para las dos. El aeroplano se vio obligado a rodear un banco de niebla durante media hora antes de aterrizar en el aeropuerto de Idlewild, perdón, quise decir el Aeropuerto Internacional Kennedy. Dejé en el suelo mi maleta, y me estaba quitando el sobretodo cuando apareció Fritz en el pasillo, procedente de la

cocina.

—*¡Grâce à Dieu!* —exclamó—. He llamado al aeródromo. Ya sabe cómo es el jefe tocante a todos los aparatos. Le guardo la comida caliente. Huevas de sáballo *aux fines herbes*, no con perejil.

—Me lo comeré. Pero...

—*¡Archie!* —tronó una voz.

Me dirigí al comedor, que se abre al pasillo, frente al despacho. En la mesa, Wolfe estaba untándose el pan con queso blando.

—*¡Hermoso día!* —comenté—. A usted no le gustará volver a sentir el aroma de las hierbas finas, así que iré a comer a la cocina, con el *Times*. La del avión era la primera edición.

Siempre nos traen dos ejemplares del *Times*, uno para Wolfe, que se lo llevan a su dormitorio con la bandeja del desayuno, y otro para mí. Me fui a la cocina, donde encontré mi *Times* colocado en una alacena, junto a la mesita donde suelo desayunar. Aunque esté fuera una semana, Fritz guarda allí los diarios. Me senté y desplegué el *Times* buscando los titulares, pero me vi interrumpido por Fritz, portador de una bandeja y un plato caliente. Tragué un bocado del sábalo y un pedazo de pan con una bonísima salsa, que es una de las predilectas de Fritz cuando no pone perejil.

Los detalles eran tan escasos como

en la primera edición. El cadáver de Susan Brooke fue hallado poco antes de las nueve de la noche del lunes, en un cuarto del tercer piso de un edificio de la calle 128, por un joven llamado Dunbar Whipple, que pertenecía al personal de la Comisión de Derechos Ciudadanos. Le habían machacado el cráneo a golpes. Esto ya lo sabía. También sabía lo que añadían en la última edición: que Susan Brooke había pertenecido al personal de la ROCC, en calidad de empleada voluntaria, y que vivía con su madre, viuda, en un apartamento de Park Avenue; y que Dunbar Whipple tenía veintitrés años, y era hijo de Paul Whipple, profesor

ayudante de antropología en la Universidad de Columbia. Lo que no sabía, aunque debiera haberlo adivinado, era que la policía y el fiscal del distrito ya habían iniciado la investigación.

Cuando el sáballo y la salsa se hubieron terminado, junto con un poco de ensalada, volví a llenar mi taza de café y me dirigí al despacho. Wolfe se hallaba ya a su mesa, golpeándose la nariz con un lápiz, absorto en un crucigrama. Pasé a mi mesa, me senté y sorbí el café. Poco después, volvió la mirada hacia mí, comprendió que no me merecía su mal humor, y se ablandó.

—¡Maldición!

—exclamó—.

Resulta simplemente indignante que pueda perder tus servicios y tu talento, sólo por culpa de unos aparatos vulgares. ¿En dónde estabas este mediodía?

—A cuatro millas de altura. Lo sé. Usted considera un insulto todo lo que se escapa a su control. Usted...

—No. No está en mi naturaleza. Sólo en lo que concierne a los hombres.

Asentí.

—Y lo que hacen. Por ejemplo, asesinar. ¿Posee alguna otra información, aparte de lo que dice el *Times*?

—No.

—¿Ninguna llamada? ¿Whipple?

—No.

—¿Quiere un informe de Racine?

—No. ¿Para qué?

—Me limité a preguntarlo. Necesito afeitarme. Como por lo visto no hay nada urgente, iré a utilizar un aparato. Si tuviese que hacerle un informe, seguro que no me pondría enfermo de tanto hablar —dejé el asiento—. Al menos, no...

Se oyó el timbre de la puerta. Fui al vestíbulo para espiar por la mirilla, y vi a dos individuos. Volví sobre mis pasos.

—Los Whipple, padre e hijo. No conozco a éste, pero no hay duda. ¿Tienen hora dada?

Me miró fijamente. Le sostuve

valientemente la mirada, pero por lo visto pensó que no necesitaba añadir nada más, por lo que volví al vestíbulo y abrí la puerta.

—Tenemos que ver al señor Wolfe —dijo Paul Whipple—. Éste es mi hijo, Dunbar.

—Les está esperando —dije, lo que probablemente era verdad, y me aparté para permitirles el paso.

Uno o dos días antes me habría alegrado de conocer al negro con el que Susan Brooke deseaba casarse. Bien, acababa de conocerle. Me pareció Sugar Ray Robinson después de un combate de diez asaltos, salvo que era de piel un poco más oscura. Uno o dos días antes,

probablemente habría parecido guapo y elegante; ahora era un despojo humano. Igual que su padre. Dos guiñapos. Cuando extendí la mano para cogerle el sombrero, me lo puso en los dedos, sin darme tiempo a asirlo, por lo que cayó al suelo.

Ya en el despacho le indiqué al padre el sillón de cuero rojo, y acerqué uno de los amarillos para el hijo. Éste se sentó, pero Paul continuó de pie, mirando a Wolfe con ojos fatigados.

—Siéntese, señor Whipple —dijo Wolfe—. Parecen ustedes aplastados. ¿Han comido ya?

Esto no era palabrería. Wolfe está convencido de que cuando ocurre algo

desagradable, lo primero que hay que hacer es comer.

—¿Qué hizo usted? —exclamó airadamente Dunbar—. ¿Qué hizo usted?

—Calma, hijo —le aconsejó su padre, meneando la cabeza. Giró la cabeza para ver dónde estaba el sillón, lo vio detrás suyo y se acomodó. Trasladó su vista a Wolfe—. Ya sabrá lo ocurrido.

Wolfe asintió.

—He leído el diario, señor Whipple. Muchas personas que se enfrentan con algún problema se han sentado en este sillón. A veces no puedo concederles mis servicios o mis consejos, pero siempre puedo

proporcionarles comida. No creo que ustedes hayan comido, ¿verdad?

—¡No hemos venido a comer! — rugió Dunbar—. ¿Qué hizo usted?

—Hablaré yo, hijo —se interpuso Whipple. Y a Wolfe—: Sé lo que quiere usted decir. Cuando veníamos para acá, le he hecho comer algo. Pensé que lo mejor era contarle la entrevista sostenida con usted, y ahora desea saber qué ha hecho usted al respecto. Compréndalo, se halla un poco... alterado. Como dijo usted, tiene un problema. Ya se hará cargo.

—Sí. Bien, pues no he hecho nada. —Wolfe se recostó en su sillón, aspiró una enorme cantidad de aire, creo que

todo el que había en la estancia, que era mucho, y lo dejó escapar por su boca—. Cuéntales, Archie.

Dunbar volvió la vista hacia mí.

—Usted es Archie Goodwin.

—Exacto. ¿Le contó usted completamente todo lo que le pidió el señor Wolfe que hiciera? —le pregunté al padre de Dunbar.

—Sí, completamente.

—Está bien. Una amiga mía llamada Lily Rowan invitó a almorzar a la señorita Brooke, y yo, estuve presente. Durante el almuerzo hablamos sólo de la ROCC. Después, Lily le entregó a la señorita Brooke un cheque de mil dólares para la ROCC, y la interrogó

ligeramente sobre asuntos personales. No una indagatoria, sino casualmente. La señorita Brooke explicó que había trabajado para la empresa editorial Parthenon Press, y para la ONU, por lo que estuve tres días verificando sus declaraciones, particularmente en la ONU. No hallé nada de interés, y ayer cogí el avión para Chicago, desde donde me trasladé en coche a Racine, Wisconsin. En aquella población hablé con dos individuos que habían conocido a la señorita Brooke y su familia, un periodista y un detective privado, los cuales no me contaron nada que pueda utilizarse. Usted quería descubrir si había algo sucio en su pasado.

¿Correcto?

—Sí.

—Decidí que no había nada que valiera la pena en su pasado. Cuando volví al hotel anoche, estaba decidido a regresar esta mañana, cuando a las siete de la mañana el señor Wolfe me telefoneó para contarme lo sucedido y pedirme que regresase a Nueva York inmediatamente. ¿Alguna pregunta?

Dunbar se movió. Se puso de pie, escrutándome con la mirada, y entonces me pareció más que nunca Sugar Ray Robinson, pero no terminando el décimo asalto, sino comenzándolo.

—¡Está mintiendo! —exclamó—. No sé qué está ocultando, pero lo

averiguaré. ¡Usted sabe quién la mató! —se enfrentó con Wolfe—. ¡Y usted también, gorila!

—¡Siéntese! —rugió Wolfe.

Dunbar se apoyó con los puños en la mesa de Wolfe y se inclinó hacia él.

—¡Y va a decírmelo! —vociferó, por entre sus apretados dientes.

Wolfe meneó la cabeza.

—Se está usted propasando, señor Whipple. No sé cómo se comporta usted cuando se halla en pleno uso de sus facultades, pero sí sé lo que es ahora. Es usted un asno. Ni el señor Goodwin ni yo habíamos oído hablar jamás de usted ni de la señorita Brooke. No creo que piense usted que su padre me contrató

para preparar su muerte, y dudo que...

—No es esto lo que...

—¡Estoy hablando yo! Y dudo que en su estado actual sospeche que el señor Goodwin o yo hayamos obrado espontáneamente. Pero puede...

—¡Yo no...!

—¡Aún estoy hablando! Usted puede sospechar que al ponerse en contacto con las diversas personas, el señor Goodwin dijo o hizo algo, involuntariamente, que condujo a una situación cuyo resultado fue la muerte de la señorita Brooke. Puede incluso sospechar que estaba o está enterado de esto. En tal caso, le sugiero que se siente y le interrogue, cortésmente. Tiene un

buen cerebro, se lo aseguro. También es un cabezota y no hay nada que le intimide. Hace años que dejé de intentarlo. En cuanto a mí, no sé nada. El avión del señor Goodwin llegó con retraso, sólo hace una hora, y aún no hemos discutido el asunto.

Dunbar retrocedió, entró en contacto con el borde del asiento, dobló las rodillas por las corvas y se sentó. Incluyó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

—Calma, hijo —volvió a repetir Paul Whipple.

Me aclaré la garganta.

—Poseo cierta práctica en repetir mis informes de palabra. También los

tonos, las miradas y las reacciones. Lo hago mejor que nadie, excepto un tipo llamado Saúl Panzer. No creo que algo hecho o dicho por mí tenga nada que ver con la muerte de Susan Brooke, pero si el señor Wolfe me lo ordena, ya que estaba y estoy actuando por su cuenta, me encantará darles un informe completo. Creo que será una pérdida de tiempo. Y en cuanto a ocultar nada, bobadas.

Whipple padre me miró fijamente.

—Creo que tiene usted razón, señor Goodwin. Dios sabe que no le hago responsable de... —no pudo terminar.

Dunbar alzó la cabeza y también me miró.

—Perdóneme.

—No hay de qué. Olvídelo.

—Pero quizá querrá contarme lo que vio y lo que se dijo. Más tarde. Ahora no me encuentro en pleno dominio de mis facultades. No he dormido y no quiero dormir. Me he estado haciendo y contestando preguntas toda la noche y toda la mañana. Creen que fui yo quien la maté. ¡Dios mío, creen que yo la maté!

Asentí.

—Pero no lo hizo, ¿verdad?

Me miró. Sus ojos no podían mirar con fijeza.

—¡Santo cielo! ¿Puede pensar que lo hice?

—No lo pienso. Pero no le conozco a usted. Ni sé nada.

—Yo sí lo conozco —terció su padre. Estaba mirando a Wolfe—. Quiso venir porque pensó... bien, lo que ha dicho. Yo no sabía qué hacer, pero estaba asustado. Mortalmente asustado de tal vez ser yo el responsable. Ahora, quizá resulte que no lo soy. ¡Ojalá no lo sea! Bien, quise venir por otro motivo. Van a arrestarle.

Creen que la mató mi hijo. Le acusarán de asesinato. Necesitamos su ayuda. Wolfe apretó los labios.

—Vine a solicitar su ayuda cuando no debí hacerlo —continuó Whipple—. Estaba equivocado y lo lamento

amargamente. Entonces creí tener una justificación, y no era así. No quería decírselo a mi hijo, pero tuve que hacerlo. Tenía que saber toda la verdad. Y ahora tengo que rogarle su ayuda. Y creo que ha llegado el momento de volver a recordarle su discurso: «Pero si ustedes le protegen porque es de su mismo color, entonces hay mucho que decir. Le están prestando a su raza un flaco servicio. Están ayudando a perpetuar...»

—¡Ya basta! —rezongó Wolfe—. No es pertinente. No encaja en la presente situación.

—No de forma directa. Pero usted me persuadió a ayudarle recordándome

mis deberes con los acuerdos de la sociedad humana. Entonces, yo era un chico ignorante, verde aún, y usted me convenció. No me quejo, fue un truco legítimo por su parte. No diré que éste sea un caso análogo, pero usted tuvo un problema y requirió mi colaboración, ahora yo tengo otro y necesito la suya. Mi hijo va a ser acusado de asesinato.

Los ojos de Nero Wolfe se estrecharon en una línea recta.

—Le han interrogado varias horas y no le han arrestado.

—Lo harán. Cuando estén a punto.

—Entonces, necesitará mejor un abogado.

—Necesitará algo más que un

abogado. Le necesitará a usted.

—Creo que está exagerando la situación. —Wolfe se volvió hacia Dunbar—. ¿Está usted ya en dominio de sus facultades, señor Whipple?

—Aún no.

—Pues intente dominarse. Dijo que ellos piensan que usted la asesinó. ¿Esto es una fantasía o existe una base?

—*Ellos* creen que existe una base, aunque no sea así.

—Esto no es contestar mi pregunta. Lo intentaré otra vez. ¿Por qué piensan que hay una base?

—Porque estuve allí. Porque Susan y yo éramos... amigos. Porque era blanca y yo negro. Debido a la

cachiporra, a lo que la mató.

Wolfe gruñó:

—Hablemos del arma. ¿Era suya?

—Yo la tenía. Se trata de una cachiporra que había utilizado un policía en una población de Alabama para golpear a dos muchachos de color. La cogí... bueno, no importa cómo, lo cierto es que yo la tenía. La tenía en mi despacho desde varios meses antes.

—¿Estaba en su despacho ayer?

—No. Susan... —se calló.

—¿Sí?

Dunbar miró a su padre y luego a Wolfe.

—No sé por qué me he callado. Se lo he contado toda a la policía. Sabía

que tenía que hacerlo, porque era algo ya conocido. Susan había alquilado y amueblado un pequeño apartamento en la calle Ciento Veintiocho, y la porra estaba allí. Susan se la llevó de mi despacho.

—¿Cuándo?

—Hace un mes.

—¿Halló la policía sus huellas en el arma?

—No lo sé, aunque no lo creo. Creo que ha sido limpiada.

—¿Por qué lo cree?

—Porque no me han dicho de modo definitivo que mis huellas estén impresas.

Sonaba bien. Aparentemente, había

recuperado el dominio de sí mismo. El contestar preguntas suele lograr este resultado.

—Una presunción razonable — concedió Wolfe—. Esto en cuanto al medio empleado. En cuando a la oportunidad, usted estuvo allí, pero existe la cuestión de sus movimientos anteriores durante el día, digamos desde mediodía. Por supuesto, la policía lo habrá escudriñado todo. Cuéntemelo en resumen. Ahora estoy examinando la presunción oficial de que usted la mató.

Dunbar se sentó más erguido.

—Al mediodía estuve en mi despacho de la oficina. A la una menos cuarto me reuní con dos amigos en un

restaurante para almorzar. Volví a la oficina poco después de las tres. A las cuatro estuve conferenciando con el señor Henchy, nuestro director. Terminé poco después de las seis, y cuando volví a mi despacho encontré un mensaje sobre la mesa. La señorita Brooke y yo habíamos concertado una cita en su apartamento para las ocho, y el recado era de ella comunicándome que no podría acudir hasta las nueve o más tarde. Esto me convenía, ya que me había comprometido a cenar con uno de los caballeros que asistieron a la conferencia. Eran las ocho y veinticinco cuando nos separamos en la boca del «metro» de la calle Cuarenta y Dos, y

eran ya las nueve y cinco cuando llegué a la calle Ciento Veintiocho.

—¿Y descubrió el cadáver?

—Sí.

Wolfe consultó el péndulo.

—¿Le pondrá nervioso contarme lo que hizo entonces?

—No. Susan estaba en el suelo. Había sangre, y me manché las manos y las mangas de la chaqueta. Por unos instantes, no sé cuántos, no hice nada. La cachiporra estaba sobre una butaca. No la toqué. No valía la pena llamar a un médico. Me senté sobre la cama y probé a pensar, a decidir lo que debía hacer. Supongo que usted no lo encontrará natural, con ella muerta en el suelo, que

me estuviese preocupando por mí. Pero esto es lo que hice. Usted no lo comprenderá porque es blanco.

—¡Hum...! Usted es un ser humano y yo también.

—Esto es lo que usted dice. Palabras. Sabía que tenía que enfrentarme con una grave amenaza o hacer algo. No tenía salida, en realidad, pero en aquellos momentos no razonaba adecuadamente. Salí de allí, busqué una cabina telefónica y llamé a la policía. Eran las diez menos veinte. Estuve en el apartamento algo más de media hora.

—La demora fue mala pero comprensible. Enfrentarse con una acusación de asesinato no es agradable.

¿Cuál es el motivo, según la policía?

Dunbar le miró extrañado.

—¿Y lo pregunta? ¿Entre un negro y una chica blanca?

—¡Tonterías! Nueva York no es Utopía, pero tampoco Dixiland.

—De acuerdo. En Dixiland me hallaría ya sentado en una gran habitación, interrogado por un policía. Aquí, en Nueva York, son más cuidadosos; se toman cierto tiempo. Pero el motivo, cuando se trata de un negro, todos lo dan por descontado. Un negro es un equivocado, un caso perdido, nace ya con motivos de que los blancos carecen. Puede ser una tontería, pero es así.

—Con la escoria, sí. Con los tontos e idiotas.

—Con todo el mundo. Muchos lo saben. La mayoría de aquí no pronuncia la palabra «negro», pero todos la llevan grabada en la mente. *Todos*. La han enterrado en algún lugar, pero no ha muerto. Esto es lo que comprendí cuando estuve sentado en aquella cama anoche, y por esto decidí la línea a seguir.

—Y ha hecho lo mejor. Disponer del cuerpo, por muy ingeniosamente que lo hubiese hecho, habría sido fatal. En cuanto a sus comentarios sobre la palabra «negro» —Wolfe meneó la cabeza—, indican especialmente que

usted distorsiona su entendimiento. Consideremos las palabras que están enterradas en usted, aunque no muertas. Consideremos incluso las que no están enterradas, y que usted usa, por ejemplo: «gorila». ¿Debo pensar que un hombre que se parece a un gorila, o un gordo, o ambas cosas a la vez, no puede esperar buen trato o cortesía de parte de usted? Ciertamente, no. La mente, o el alma, o la psiquis, adopte el término que prefiera, de cualquier sujeto por debajo del nivel de su conciencia, es una mezcolanza de sumidero y jardín. Sólo el cielo sabe los sinónimos que yo reservo para la palabra «mujer», y me alegra no saberlos yo mismo,

conscientemente.

Wolfe dirigió su atención al padre.

—Señor Whipple. El mejor servicio que puedo prestarle, y también a su hijo, es el de darles de comer. Digamos una tortilla de setas y berros. Veinte minutos. ¿Les gustan los berros?

Whipple pestañeó pesadamente.

—Entonces, no desea ayudarnos.

—No puedo hacer nada. No puedo parar el golpe, ya ha sido lanzado. Su idea de que su hijo será acusado de asesinato seguramente es ilusoria. Ahora se halla usted acongojado.

Whipple retorció la boca.

—¡Setas y berros! No, gracias —se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta

y la sacó con un talonario de cheques—. ¿Qué le debo?

—Nada, yo estoy en deuda con usted.

—El viaje del señor Goodwin. A Racine.

—No se lo autorizó usted. Le envié yo.

Wolfe empujó su sillón hacia atrás y se puso de pie.

—Perdónenme. Tengo una cita. Lamento haberme hecho cargo de este asunto. Era una frivolidad. Y deploro su desgracia —se encaminó a la puerta.

Era un camelo. Eran las 3.47 y su sesión de tarde en el invernáculo era de cuatro a seis.

Capítulo V

Transcurrieron cincuenta horas.

Como cualquier ser humano, poseo ciertos medios de información que me enteran de lo que sucede: periódicos, revistas, la radio, la «tele», los chóferes de taxi, los comadreos, los amigos, y los enemigos. Y también otros dos especiales: Lon Cohen, ayudante confidencial del editor de la *Gazette*, y una dama que se halla en tratos íntimos, no familiares, concierto prominente ciudadano distinguido, a quien una vez

presté un gran favor. Pero las noticias del arresto de Dunbar Whipple no me llegaron por ninguno de estos medios, sino por el inspector Cramer, de la Brigada de Homicidios del Sur, a quien no puedo llamar exactamente un enemigo, pero al que tampoco me atrevería a llamar amigo.

Durante aquellos dos días no sólo había leído los periódicos, sino que también telefoneé a Lon Cohen un par de veces para preguntarle si había algo nuevo en el asesinato de Susan Brooke, aparte de lo publicado. No había nada, a menos que pudiera llamarse así que el hermano Kenneth le dio un mamporro a un fiscal de distrito, y que no parecía ser

cierto el rumor de que la joven estuviese embarazada. No, no lo estaba. Por supuesto, se habían publicado bastantes cosas: que su bolso, encontrado sobre una mesita del apartamento, contenía más de cien dólares; que llevaba un alfiler de oro muy costoso en su vestido, y un anillo con una gran esmeralda en un dedo (yo había visto dicho anillo); que había adquirido una botella de vino en una tienda, y varias chucherías en una charcutería, poco antes de las ocho; que su madre se hallaba postrada e inaccesible; que todos los de la ROCC habían sido o estaban siendo interrogados... El *News* publicó retratos de Susan Brooke, uno de ellos en bikini

en una playa de Puerto Rico, pero la *Gazette* reprodujo la mejor de Dunbar Whipple: guapo y elegante.

No me sorprendí cuando a las cinco del jueves por la tarde, vino el inspector Cramer. Le estaba esperando, o al sargento Purley Stebbins, o al menos una llamada telefónica, desde el miércoles, cuando Lily Rowan me llamó para decirme que había tenido un visitante oficial. Claro está, habían investigado las recientes actividades de Susan Brooke, y alguien de la ROCC les habría dicho que estuvo almorzando en casa de la señorita Lily Rowan, y les habría contado el donativo de Lily, por lo que fueron a verla, y Lily se vio

obligada a hablarle al visitante de mí, puesto que de no hacerlo, lo habría hecho el portero... o cualquier otro. Por lo tanto, estuve esperando compañía, y cuando sonó el timbre de la puerta y vi la corpulenta figura de Cramer y su rubicunda faz a través de la mirilla, abrí y le saludé:

—¡Ha tardado bastante! ¡Llevo días esperándole!

Me contestó al entrar. A veces no lo hace, limitándose a escurrirse dentro del vestíbulo. El hecho de que me hablase, e incluso me agradeciese que me ocupase de su abrigo y su sombrero, me demostró que no venía a fastidiarme, sino a preguntar. Cuando penetró en el

despacho, no alargó la mano, puesto que sabe que Wolfe no es amigo de estrechar las manos de nadie, pero antes de dejarse caer sobre uno de los mullidos sillones profirió un saludo y trató de mostrarse sociable, preguntando:

—¿Cómo están las orquídeas?

Wolfe enarcó las cejas.

—Medianamente, Gracias. Un tiesto de «*Miltonia roezli*», tiene catorce bohordos.

—¡Caramba! —murmuró Cramer, y se acomodó en el sillón—. ¿Mucho trabajo? ¿Le molesta, tal vez?

—No, señor.

—¿Ningún caso? ¿Ningún cliente?

—Ninguno.

—Creí que podría estar trabajando para Dunbar Whipple. Pensé que había contratado sus servicios el martes, cuando estuvo aquí con su padre.

—No. No me pareció suficientemente amenazado para requerir mis servicios.

Cramer asintió.

—Es posible. También es posible que usted creyese que era el asesino, y no quisiera enredarse. Pero en realidad, usted tenía un cliente. Su padre.

—¿De veras?

—Seguro. Lo sabemos todo, incluido el viaje del señor Goodwin. Pero puesto que está usted fuera del asunto, seré franco con usted. Se halla

en la oficina del fiscal del distrito y cuando salga de allí será conducido a una celda. Por la mañana le acusarán formalmente. Yo...

—¿Asesinato?

—Sí. Admitiré sinceramente que si usted me hubiese dicho que había aceptado el caso no esperaría respuesta a mis preguntas, y Goodwin seguramente habría sido llamado fuera de aquí. Ahora, sin embargo, tal vez no tenga que ausentarse —se volvió hacia mí—. En su encuesta sobre Susan Brooke, ¿qué descubrió de sus relaciones con Dunbar Whipple?

Miré a Wolfe. Éste movió la cabeza y a su vez fijó su mirada en Cramer.

—Por favor, ¿es una decisión definitiva acusar a Dunbar Whipple por el cargo de asesinato, sin fianza?

—Sí. Por esto estoy aquí.

—¿Tiene abogado?

—Sí. Se halla ahora en la oficina del fiscal.

—¿Su nombre, por favor?

—¿Por qué?

Wolfe mostró las palmas de las manos.

—¿Tendré que esperar a leer el diario de mañana para saberlo?

Cramer también volvió sus palmas hacia arriba.

—Harold R. Oster. Un negro. Consejero de la Comisión de Derechos

Ciudadanos.

La mirada de Wolfe se trasladó a mí.

—Archie, busca al señor Parker.

Me abalancé al teléfono. No tenía necesidad de consultar la guía para saber los números de la oficina o la casa de Nathaniel Parker, el miembro del foro. Sabiendo que solía quedarse en su oficina hasta muy tarde, fue allí donde probé primero. Estaba. Wolfe cogió el teléfono de su mesa y yo quedé pegado junto al mío.

—¿Parker? Necesito unos informes confidenciales. No daré su nombre para nada. ¿Conoce a un abogado llamado Harold R. Oster?

—Le conozco. Personalmente.

Trabaja para la Comisión de Derechos Ciudadanos. Se ocupa de los casos civiles.

—Sí. ¿Es eficiente para un cliente acusado de asesinato?

—¡Oh! —pausa—. ¿Dunbar Whipple?

—Sí.

—¿Está usted en *esto*?

—Sólo quiero información.

—Siempre suele estar complicado en esta clase de casos... Por esto lo he preguntado. Bueno, confidencialmente, diría que no. Tiene habilidad, no hay que dudarle, pero en mi opinión podría llevar el caso de manera equivocada, en fin, hablar del negro que ha matado a un

blanca. Y cargarle el crimen. Si yo fuese Dunbar Whipple, desearía un hombre de otra clase. Por supuesto, es posible que me equivoque...

—Gracias, Parker, equivocado o no. Gracias. Todo esto será confidencial. — Wolfe colgó y se volvió hacia mí—, Archie, ¿mató Dunbar Whipple a Susan Brooke?

Le conocía muy bien. Cualquiera hubiera creído que deseaba lucirse ante Cramer, mostrándole su excentricidad y su genio, pero no era así. Sólo quería mi respuesta. Si hubiésemos estado solos, le habría contestado que me apostaba diez a uno a que era inocente, pero con Cramer allí no quise hacer apuestas.

—No —respondí.

—Consígueme al señor Whipple.

Antes de volverme hacia el aparato lancé una ojeada a Cramer. Baja la barbilla, estrechos los ojos, apretados los labios, no perdía de vista a Wolfe. Le conocía demasiado bien, y sospechaba lo que iba a suceder.

Le habría fastidiado un poco a Wolfe si Whipple no hubiese estado en casa, pero estaba. Contestó al teléfono. Comencé a decirle que el señor Wolfe deseaba hablarle, pero Wolfe ya había cogido su receptor y me cortó.

—Soy Nero Wolfe, señor Whipple.

¿Me oye?

—Sí.

—Le debo mis excusas. Tenía usted razón y yo era el equivocado. Acabo de saber que han acusado a su hijo por asesinato. Estoy convencido de que la acusación es infundada. Si quiere mis servicios en favor de su hijo, se los ofrezco sin remuneración. Mi deuda con usted es demasiado grande, y antes no debí negarme. Bien, acepto el caso. Silencio. Luego:

—Su abogado telefoneó hace una hora diciendo que seguramente mi hijo estará en casa a las ocho.

—Su abogado está equivocado. Poseo una información mucho más segura. ¿Acepta mi oferta?

—Sí, claro está. Le pagaremos

cuando podamos.

—No me pagará nada. Mi amor propio necesita una reparación. Pero hay una cuestión: la aprobación de su hijo y su abogado.

—La aprobarán. Sé que lo harán. ¿Pero cómo ha sabido...? ¿Está seguro de que...?

—Sí. Tengo a un polizone sentado en el mismo sillón que ocupó usted. Cuando tenga la aprobación de su hijo y el abogado, hágamelo saber y actuaré. Debo hablar con usted y el abogado.

—Naturalmente. Lo sabía... sabía que ocurriría, pero ahora...

—Sí. Hemos perdido cierto tiempo. Bien, llámeme —y colgó.

—¿Qué clase de comedia es ésta?

—preguntó Cramer con frialdad.

Wolfe arrugó la nariz.

—Creo que jamás le he hablado de cierta experiencia que tuve hace años en un lugar de Virginia. Quería marcharme de allí y volver a casa, pero necesitaba que un hombre me hiciese un favor. Un joven de color hizo posible que realizase ambos deseos. Se llamaba Paul Whipple. No le había visto desde entonces, hasta hace diez..., no, once años. Ahora llevaré la cuenta.

—¡Al diablo con la cuenta! Usted no puede estar seguro de que ese Dunbar Whipple no mató a la chica. El único modo que tiene usted de saberlo es

conociendo quién es el verdadero asesino.

—No tengo la menor idea de quién la mató.

—No lo creo. Está bien claro que cuando Goodwin anduvo husmeando por ahí desenterró algo que usted ahora intenta utilizar para uno de sus asquerosos trucos. Pero no podrá hacerlo. Antes le dije que si usted llevase el caso, seguramente enviaría a Goodwin lejos de aquí. Y ahora le digo que voy a llevármelo a usted también. A ver al fiscal del distrito —se puso de pie—. Si quiere que haga las cosas en regla, le detengo como testigo material. Vamos.

Wolfe, sin apresurarse, colocó las manos sobre la mesa a fin de empujar hacia atrás el sillón, se levantó, y se tiró el chaleco hacia abajo con el pulgar y el índice de cada mano.

—Naturalmente, no despegaremos los labios y mañana saldremos con fianza. ¿Me permite dos minutos para llamar a Parker? Llámeme, Archie.

Dirigí mi vista hacia Cramer, como solicitando su permiso, puesto que me hallaba bajo arresto. El inspector respiró pesadamente diez segundos.

—Usted le dijo a Whipple que el cargo contra su hijo era infundado —dijo al fin—. Oigamos la respuesta a lo que yo le he dicho, o sea que si está

convencido de la inocencia de Dunbar es porque conoce la identidad del asesino.

—Ya le contesté. No tengo idea de quién la mató.

—Entonces, ¿por qué no puede ser él?

—No estoy obligado a manifestar una conclusión a la que haya llegado. Pero le diré, bajo mi palabra de honor, cosa que respeto, como sabe, que la conclusión no se apoya en ninguna base evidente. No sé nada de las circunstancias que condujeron a la muerte de Susan Brooke, que usted no sepa; quizá sé mucho menos que usted. Pero hago una sugerencia. Ahora estoy

obligado a actuar en interés del señor Whipple, me gustaría proceder sin demora, y preferiría no tener que pasar esta noche bajo custodia, callado o no. Le pediré a Goodwin que haga un informe completo, con todas las conversaciones escuchadas, de su investigación sobre Susan Brooke, y me ofrezco a enviarle una copia a usted, con el correspondiente certificado. Esto debe bastarle.

—¿Y usted?

—Olvídeme. Todo lo que yo sé sobre el asunto estará contenido en el informe de Goodwin. Sigue en juego mi palabra de honor.

—¿Cuándo tendré el informe?

—No puedo decírselo, ¿cuánto tardarás, Archie?

—Depende —manifesté—. Si lo quiere todo, palabra por palabra, digamos cuarenta horas. Tres días con sus noches, no se relatan así como así. Hablé con mucha gente de muchas cosas. Si sólo quiere lo más importante, puedo hacerlo en unas diez o doce horas. El certificado incluido.

—Mañana por la tarde —sentenció Cramer—. A las cinco.

—Quizá, no se lo garantizo.

El inspector miró a Wolfe, abrió la boca y volvió a cerrarla. Luego se marchó. Wolfe levantó la voz para gritarle:

—¡Estamos bajo arresto!

—¡Narices! —respondió Cramer, sin detenerse.

Cuando me dirigí al vestíbulo para asegurarme de que se había marchado, cerrando la puerta, iba pensando que no podía reprocharle el mostrarse rudo. Se estaba enfrentando con el hecho de que se estaban cebando en el hombre al que Nero Wolfe había decidido defender. Volví a la oficina. Wolfe estaba sentado de nuevo, con gesto agrio.

Fui a mi mesa y me senté.

—Al menos disponemos de doce horas —comenté—. Luego, tal vez nos aguardará la cárcel —cogí cuartillas y papel carbón y preparé la máquina de

escribir.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Empiezo este maldito reportaje.

—¿Por qué no lo hiciste antes?

—Pura pérdida de tiempo. Además, ¿no dije que era inocente?

—Sí. ¿Por qué?

Me volví completamente, mirándole.

—Ya sabe usted por qué, puesto que llamó a Whipple. Cuando Dunbar le ladró: «¡Qué hizo! ¡Qué hizo usted!», pensé para mí que no la había matado. Si lo hizo, estaba representando una comedia, pero entonces se trata de un actor formidable. Y sólo un genio puede ser tan bueno... y jamás he visto un

genio, aparte de usted. ¿No está bien considerado?

—Sí. Posiblemente, no podía estar fingiendo. Bien, el informe no es solamente para Cramer. Necesito tener una copia.

—Seguro. Como de costumbre. Siempre dándome una tarea larga, enojosa y extremadamente difícil.

Di media vuelta en mi silla y me apliqué a la tarea.

Capítulo VI

Tardé once horas más, cuatro la noche del jueves y la mayor parte del viernes, para redactar las treinta y dos páginas y el certificado. Podrá parecer lento, pero fue debido a la carencia de notas. Lo puse todo en un sobre dirigido al inspector Cramer, lo llevé a una notaría pública para que me protocolizaran el certificado, y luego, en taxi, me fui a la Brigada de Homicidios Sur, en la calle Veinte. También tomé un taxi al regreso. Era un día soleado de

invierno, bueno para pasear, pero la Gazette estaba en los quioscos y publicaba un artículo que deseaba leer.

Hubo interrupciones. Whipple telefoneó a última hora del jueves para decirnos que Oster, el abogado, estaba de acuerdo en que Nero se ocupase del caso, aprobándolo en beneficio de su cliente. A las ocho y media del viernes por la mañana, estando ya en mi despacho, me llamó Wolfe por el intercomunicador desde su dormitorio y me ordenó que llamase a Lon Cohen y le dijese que si enviaba un periodista a nuestra casa le daríamos tema para un artículo; y además, me dijo que cuando llegase, le enviase el periodista al

invernáculo, si venía entre las nueve y las once. Llegó poco después de las diez, por lo que Fritz lo condujo al ascensor. La cosa no carecía de precedentes, pero era desusada. Me hubiera gustado poder decirle a Dunbar Whipple la excepción que Nero Wolfe hacía en su interés, cuando casi nunca lo hacía por ningún blanco. Me pregunté, y sigo haciéndolo aún, si las palabras tenían algo que ver con ello, sabiendo cómo es Nero para las palabras. Como me había dicho una vez, discutiendo el valor de las palabras, de sobremesa, «negro» es una palabra española que designa a los individuos de piel oscura, y «nero» es la que significa negro en

italiano. Y él había nacido en Montenegro, en las Montañas Negras. Quizás algo enterrado en él no había muerto, y estaba en su sumidero o jardín.

De las demás llamadas sólo necesito dar cuenta de una, poco después de almorzar, procedente de Oster, cuando quedó arreglado que él y Whipple vendrían a las seis para sostener una conferencia.

En el taxi con el que volví de la calle Veinte leí el artículo tres veces. Estaba en la página tres, con el titular: «Nero Wolfe se ocupa del caso». Decía así:

«Nero Wolfe, el tan conocido

detective privado, se ocupa del caso de asesinato de Susan Brooke. Hoy ha anunciado que ha sido contratado por Harold R. Oster, el abogado de Dunbar Whipple, el cual se halla a cargo de la defensa del caso (véase página uno), a fin de que investigue ciertos aspectos del asunto.

»Según el récord, ninguno de los clientes de Wolfe ha sido nunca inculcado de asesinato. Interrogado esta mañana por un periodista de la Gazette si no creía que con este caso iba a manchar su récord, replicó que no. Añadió que tenía buenas razones para creer en la inocencia de Dunbar Whipple, y que confiaba que, con la

ayuda de Oster, lograría las pruebas necesarias para exculparle.

»Declinó revelar sus razones para creer que Whipple es inocente, ni la naturaleza de las pruebas que espera conseguir. Pero para ciertas personas el mero hecho de que esté ansioso de hacer saber públicamente que ha sido contratado por la defensa de Dunbar, resultará significativo. Otros dirán que alguna vez tenía que ocurrir su primer fracaso.»

No publicaban ningún retrato del bien conocido detective privado, aunque en los archivos de la Gazette disponían de varias docenas. Tendría que

escribirle una carta de queja al director.

Cuando llegué a casa me dirigí al despacho y noté algo. Nos traen la *Gazette* cada día, y siempre está en mi mesa de despacho a partir de las cinco, pero esta vez no estaba y yo quería el ejemplar extra. Fui a la cocina, le pregunté a Fritz y me dijo que no la tenía allí. Wolfe había telefoneado desde el invernáculo para que se la subieran. Aún más extraordinario. Le gusta ver su nombre en los periódicos tanto como al que más, pero siempre espera a bajar al despacho. Mientras cogía la leche del refrigerador y me servía un buen vaso, pensé que es cierto el refrán de «vivir para ver».

Whipple y Oster llegaron temprano. Una de las reglas de Wolfe, entre otras muchas, es que cuando se presentan un abogado con su cliente, es éste quien debe sentarse en el sillón de cuero rojo, pero aquella vez no se cumplió. Oster lanzó una ojeada en torno y se dirigió directamente al sillón. Era alto y corpulento, con tez del color de la miel oscura, como le gusta a Nero, no la tez sino la miel, y se movía con la soltura del personaje principal, que intenta seguir siéndolo. Sería curioso ver lo que sucedería si Nero intentaba trasladarle a una butaca amarilla.

No se molestó en cambiarle. Cuando penetró en el despacho, tras oír el

sonido del ascensor, llevaba la Gazette en la mano. Saludó a derecha e izquierda y se encaminó a su mesa, pasando por entre ambos visitantes, pero Oster le salió al paso con la mano extendida. Wolfe se paró, movió la cabeza y exclamó distintamente:

—Mi muñeca —y continuó su camino. Oster se sentó y preguntó:

—¿Le duele la muñeca?

—Hace mucho tiempo —replicó Wolfe, mirando a su cliente—. ¿Ha visto a su hijo, señor Whipple?

—Sí.

—¿Y acepta mi oferta?

—Yo la he aceptado —intervino Oster; su voz era abaritonada y resonaba

en las paredes—. Soy el abogado encargado del caso.

Wolfe le ignoró.

—Desearía asegurarme —dijo a Whipple— que su hijo sabe que estoy trabajando en su favor y lo aprueba. Tiene que decirle...

—¡Esto es una impertinencia! —tronó Oster—. Sabe condenadamente bien, Wolfe, que un abogado «actúa» en nombre de su cliente. De lo contrario, es usted más ignorante de lo que un hombre de su condición debe ser. Estoy sorprendido, asombrado, y tendré que volver a considerar la aceptación de su ofrecimiento.

Wolfe, por fin, le miró.

—¿Termina, señor Oster?

—Dije que tendría que volver a considerarlo.

—Quise decir si termina ya de hablar.

—Sí.

—Bien. Le he zaherido deliberadamente. Conozco los derechos de un abogado. Pero lo que me interesa es mi propio derecho. A fin de poder llevar a cabo una labor satisfactoria para el señor Whipple, debo empezar por formular una presunción que seguramente usted rechazará. Y sabiendo que inevitablemente llegará el choque, pensé que cuanto antes se produjese, mejor. Mi presunción inicial es que

Dunbar Whipple no mató a Susan Brooke, sino que fue asesinada por alguien que trabaja para o en la Comisión de Derechos Ciudadanos. O sea que...

—¡Dijo muy bien que lo rechazaría!
—objetó Oster, hablándole a Whipple—. ¡Este hombre es imposible!
¡Escúchele! ¡Imposible!

—¡Y usted es un chapucero! —le gritó Wolfe, con el tono de quien establece un hecho cierto.

Oster se encaró con Wolfe, trémulo de ira, sin hallar palabras.

—Aunque repudie mi presunción —continuó Wolfe—, como hombre encargado de la defensa de Dunbar

Whipple, debería tener interés en saber por qué adopto esta actitud. Bien, sólo es una tentativa, meramente un punto de partida, porque debo comenzar por algún sitio. Lo más conocido del asesinato es que el asesino estaba enterado de lo del apartamento, y que la señorita Brooke estaba allí, casi con toda certeza. Puesto que no se llevaron ni el dinero ni las joyas, está claro que no se trata de un delincuente vulgar, ni tampoco pretendió el criminal que tal fuese la creencia. No creo que mucha gente estuviese enterada de la existencia del apartamento; aparentemente, según lo que dicen los diarios, eran muy pocos los enterados. En un esfuerzo por

encontrarlos, hay que probar en el lugar más apropiado, en principio. Yo planteo una cuestión. Usted es su abogado. Si usted consiguiese exculparle presentando al verdadero culpable, y éste se hallase relacionado con la organización de la cual es usted el consejo legal, ¿lo haría usted?

Naturalmente, Oster tenía que afirmar. Luego añadió:

—Pero son tres condiciones.

—La primera, en realidad, no lo es. Vamos, señor Oster, seamos realistas. Ayer, a esta hora, un inspector estaba sentado en ese mismo sillón, y charlamos un poco. Creo que su cliente se hallará en un grave aprieto a menos

que le encontremos un sustituto.

—¿Vino Cramer?

—Sí.

—¡Ese maldito entrometido!

—No lo es demasiado —replicó Wolfe—. Bien, no quiero apremiarle para la respuesta. Su reputación es bastante conocida y usted no debe tomar una iniciativa a la ligera —vinagre, luego mantequilla—. Dunbar Whipple entró en aquel apartamento poco después de las nueve y no se movió de allí hasta la llegada de la policía, cuarenta minutos más tarde; así lo afirma el muchacho. El único método factible de probar que Susan Brooke falleció antes de su llegada es encontrar la

persona que la mató. Busquémosla. La ROCC no es el único sitio donde se puede investigar, ciertamente. ¿El informe, Archie?

Lo cogí de un cajón.

—¿Tienes otra copia? —me preguntó.

Asentí.

—Hice tres.

—Dásela al señor Oster. Esto, señor, es un reportaje completo, sin omitir nada que pueda interesar, de la investigación de Susan Brooke llevada a cabo por mí a requerimientos del señor Paul Whipple. Todavía no lo he estudiado, pero lo haré. Sugiero que haga usted lo mismo. Cualquier indicio

que contenga, por leve que sea, debe ser tomado en cuenta. Pero tan pronto como sea posible, yo debo saber...

Se calló de repente. Golpeó la superficie de la mesa.

—¡Maldición! Soy un tonto. Todavía no le he preguntado si ha pensado ya en una línea de defensa.

Oster estaba hojeando las páginas del informe. Levantó la mirada.

—No... bueno, yo... no, todavía no.

—¿No tiene el menor atisbo de sospecha, por vago que sea, de la identidad del asesino?

—No.

—¿Y usted, señor Whipple?

—No —contestó el aludido—.

Absolutamente ninguno. Pero he de hacer una pregunta. No es por curiosidad, pero mi hijo quiere saberlo, y le aseguré que se lo preguntaría a usted. Un abogado tiene que defender a su cliente, aunque le crea culpable, pero usted no.

Usted debe creer, estoy seguro de que es así, que mi hijo es inocente. Y el muchacho quiere saber por qué.

—¿Importa mucho?

—Para él, sí.

—¡Hum...! Bien, dígame que porque es negro y Susan Brooke era blanca. Esto le dejará satisfecho. Y ahora para usted: en parte por la ausencia de un motivo, pero particularmente por lo que

dije el martes por la tarde en esta habitación. O es un actor muy inspirado o es inocente, y no creo que sea un buen actor. Más bien creo que es un ingenuo. Por favor, dígaselo así —volvió su atención a Oster—. Esta mañana he intentado poner un cebo. ¿No ha leído la *Gazette* de hoy?

—No.

Wolfe se la entregó.

—Aquí. Está abierta por la página. En la tercera columna, está mi nombre en el titular.

Oster leyó el artículo lentamente y luego le pasó el diario a Whipple.

—¿Es usted peor que arbitrario! —le dijo a Wolfe—. ¿Y el cebo? ¿Dónde está

el anzuelo?

Wolfe se limitó a asentir.

—Meramente, le estoy demostrando que la presunción que usted ha rechazado no es exclusiva. En cuanto al cebo y el anzuelo, pensé que darían buen resultado. Es posible que alguien, satisfecho y aparentemente seguro porque la policía se ha fijado en Dunbar Whipple, se inquiete ahora con la noticia de que voy a ocuparme y pienso hacer algo. Remoto, ciertamente.

—Sí, lo es. ¡Qué presumido es usted! Entienda esto, Wolfe: se halla usted bajo mi dirección. Me alegro de tener este informe, es bueno. Pero todo lo que haga usted, primero debe obtener

mi aprobación. ¿Entendido?

Wolfe movió la cabeza.

—No trabajo de esta forma, pero lo dejaré pasar por el momento. Para lo que intento hacer en seguida necesito, no sólo su aprobación, sino su ayuda. Mañana por la noche, a las nueve, me gustaría tener aquí a todo el personal de la oficina de la Comisión de Derechos Ciudadanos, incluyendo al señor Henchy, el director.

Oster sonrió ampliamente.

—Oiga, Wolfe. Comenzó por intentar sacarme de mis casillas, y lo consiguió. Una vez ya es bastante. Use su cabezota.

—La estoy usando. Si no aprueba mi

idea y no quiere ayudarme, traeré yo mismo aquí a esa gente. Tendré que ir a verles.

—Si lo intenta, ha terminado conmigo. —Oster se puso en pie, enfurecido—. En realidad, ya ha terminado ahora —se volvió a Whipple—. Vamos, Paul. Es un hombre imposible. Vámonos.

—No —respondió Whipple.

—¿Qué quiere decir, no? ¡Ya le ha oído! ¡Es imposible!

—Pero... —Whipple no continuó; en cambio, añadió—: Creo que debe volver a considerar la cuestión, Harold. ¿No es razonable que desee verles y hacerles unas cuantas preguntas?

—¡Yo les he visto ya y les he interrogado! ¡Los conozco bien! ¡Vámonos! ¡Si necesitamos un detective, hay otros!

—No como él —replicó Whipple—. No, Harold. Se está usted precipitando. Si no quiere pedirles que vengan, de acuerdo, lo haré yo. Estoy seguro de que Tom Henchy comprenderá que es muy razonable. Es un...

—Hágalo, Paul, y tendrá que buscar otro abogado para Dunbar. Se lo aviso.

—Se está precipitando, Harold.

—¡Se lo vuelvo a advertir!

—Lo sé. —Whipple había inclinado la cabeza hacia atrás. Le estaba viendo de perfil, y por primera vez vi en él el

colegial de Kanawha Spa, de muchos años atrás—. Sé que es usted un buen abogado, Harold, pero no sé si lo es bastante para sacar a Dunbar de este atolladero. Voy a serle sincero: lo dudo. Si alguien puede lograrlo, es Nero Wolfe. Si tiene que ser Nero o usted, veré a Dunbar por la mañana, le diré lo que hay y que mi hijo decida. Estoy seguro que estará de acuerdo conmigo —trasladó su mirada a Wolfe—. Señor Wolfe, no es sólo la impresión que me produjo hace muchos años, cuando yo no era más que un chiquillo. He seguido atentamente su carrera. En lo que a mí respecta, es usted el encargado del caso —se volvió a Oster—. No se vaya,

Harold; siéntese.

El abogado se estaba mordiendo los labios.

—¡Esto es ridículo! —exclamó—. ¡Soy abogado, un respetable miembro del foro! ¡Y él es un... es un advenedizo!

—Señor Oster —rugió Wolfe.

—¿Qué?

—Sugiero que la extravagancia del señor Whipple sea ignorada. Pongamos la defensa legal de Dunbar Whipple en sus manos, y la búsqueda de la evidencia que soporte dicha defensa en las mías. Sabía que chocaríamos, y así ha sido. No ha habido víctimas. Siéntese, por favor. Esperaba, y espero, que usted se halle presente en la

conferencia de mañana por la noche. Si quiere objetar, o decir algo entonces, tiene usted lengua. No me extraña que haya querido zafarse de mí. Sé que soy difícil, aunque no imposible. Y, si quiere discutir todo esto con el señor Whipple, podrá hacerlo más tarde —miró el péndulo—. No dudo que tendrá usted informes y sugerencias para mí, y antes de media hora, estará lista la cena. Si usted y el señor Whipple quieren honrarnos cenando con nosotros, podremos discutir de sobremesa la situación. Pato silvestre con salsa Vatel y vinagre, yemas de huevo, pasta de tomate, mantequilla, nata, sal y pimienta, escalonia, estragón y escafolio. ¿Les

desagrada alguno de ellos?

Oster dijo que no.

—¿Y a usted, señor Whipple?

También negó.

—Díselo a Fritz, Archie.

Me levanté y fui a la cocina.

Resultaba estupendo que ninguno de ellos hubiese dicho sí, puesto que Fritz estaba ya atareado con la salsa, como Wolfe suponía. No le gustó la noticia. No es que le disgustase tener invitados a comer, pero pensó que no habría bastante pato. Le calmé diciéndole que Wolfe se conformaría con un cambio, y volví al despacho, donde encontré a Oster hundido en el sillón rojo, hablando con vehemencia, mientras

Wolfe, armado de una pluma y cuartillas, tomaba notas. Les interrumpí para preguntarles con respecto a las bebidas, y me ordenaron un martini y un vodka «on the rocks». Volví a la cocina para prepararlos.

A nuestra mesa sólo comen dos clases de personajes: a) individuos hacia quienes Wolfe tiene inclinaciones personales, que son ocho únicamente, y sólo dos de ellos habitan en Nueva York, y b) personas que tienen ciertos problemas. Wolfe trata con ellos en la mesa de temas que cree interesarán a sus invitados; para él, como observó una vez, un invitado es una joya sobre el almohadillado de la hospitalidad, quizás

una tontería, pero que no deja de ser un excelente sentimiento. Cuando Fritz comenzó a servir los mejillones, me pregunté cuál sería el tema para aquellos dos. Fue William Shakespeare. Después de las abundantes raciones de mejillones, regados con vino blanco y mantequilla cremada y harina, todo muy alabado por los comensales, Wolfe les preguntó si habían leído el libro de Rowse. No. ¿Pero estaban interesados en Shakespeare? ¡Oh, sí! Pocos abogados o profesores se atreverían a decir que no. ¿Seguramente estarían familiarizados con Otelo? Lo estaban. Le guiñé un ojo a Wolfe. No resultaba de mucho tacto hablarles a aquellos

huéspedes de Otelo

2.

Nero tragó su último bocado de mejillones.

—Hay un punto interesante —observó—. Una cuestión. Si los hechos ocurrieron tal como son presentados en la obra, ¿podría Yago, en la actualidad y en el Estado de Nueva York, ser acusado legalmente como instigador de asesinato y ser inculpado?

Tuve que reconocer su habilidad. Era indudable que Otelo presentaba un tema en el que se hallaban interesados, y

presentar a Yago bajo el punto de vista legal era un buen ardid. Discutieron el asunto apasionadamente. Cuando el pato aderezado hubo sido consumido, y Fritz sirvió las brevas «soufflé», me pareció que Yago volvía a estar de moda.

Fritz contesta las llamadas del timbre durante las comidas. Debía ser Cramer. Tras haber leído el reportaje, vendría a formular ciertas preguntas, que serían muy bien acogidas, porque era mejor esto que ser invitados a ir a la oficina del fiscal. Pero no era Cramer. Del vestíbulo nos llegó el rumor de voces, la de Fritz y otra, y luego otra no reconocible. Callaron. No era posible oír a través de una puerta cerrada; no

sólo Fritz cierra las puertas, sino que también Oster estaba hablando. Volvió a aparecer Fritz, atravesó el umbral, y le anunció a Wolfe:

—Dos hombres y una mujer —
antaño habría dicho: dos caballeros y una dama, pero Wolfe se lo había prohibido. Prosiguió—: El señor y la señora Kenneth Brooke y el señor Peter Vaughn. En la habitación de enfrente. Les he dicho que tenía usted la noche comprometida.

Wolfe me miró. Asentí.

—El hermano —le expliqué.

Entonces Wolfe le comunicó a Fritz que podía servir el queso, y que tomaríamos allí el café en vez del

despacho, tras lo cual ensartó con el tenedor un pedazo de «soufflé».

—¿El hermano de Susan? —inquirió Oster, a lo que respondí que sí. Luego, se dirigió a Wolfe—: ¿No le esperaban?

Wolfe se tragó el bocado.

—No, de manera específica. Esperaba a otra persona, esta noche o mañana. El cebo, ¿comprende? —en su despacho se habría mostrado más grosero, pero no con unos invitados a su mesa—. Necesitaría otra sesión con ustedes, pero tendrá que esperar. ¿Quizás el señor Goodwin podría llamar mañana por la mañana a su despacho?

—Desearía discutir con esas personas.

—No, señor. Posiblemente habrá un ligero altercado con ellas. Se lo comunicaré a usted... a mi discreción.

Fritz entró con el queso.

Capítulo VII

Yo estaba en la alcoba situada al fondo del vestíbulo, mirando a través de un agujero en la pared. Se trata de un agujero rectangular con un panel deslizante. Por el lado del despacho está tapado por el cuadro de una cascada, a través del cual puede mirarse desde la alcoba. Bien, yo estaba atisbando desde allí, a fin de estudiar previamente a los dos hombres y a la mujer que Fritz condujo al despacho después de la marcha de Whipple y Oster. Wolfe, de

pie a mi lado, ya había mirado. Kenneth Brooke, en el sillón rojo, tenía el rostro vuelto hacia los otros dos, charlando con ellos. Era corpulento y sólido, no delgado como su hermana. Su esposa, en la butaca que Paul Whipple ocupara antes de la cena, era una rubia alta, de muy buen aspecto. Positiva. Me refiero a positiva, no como opuesto a negativa, sino a vago. El otro individuo, Peter Vaughn, de quien jamás oyera hablar, sentado en una butaca que Fritz había movido de su sitio, era alto y esbelto, con una faz huesuda y estrecha. Wolfe y yo llevábamos allí, mirando y escuchando, unos seis o siete minutos, pero lo que oímos no nos ayudó mucho.

Estaban comentando un cuadro del despacho de Wolfe, no la cascada. Vaughn argüía que se trataba de un Van Gogh, lo que no era cierto. Lo pintó un tal Macintyre, a quien Wolfe sacara una vez de apuros.

Wolfe movió un dedo, y me apresuré a correr la mirilla. Con la mirada me preguntó si conocía a alguno de los tres. Meneé la cabeza y Nero abrió la marcha hacia el despacho. Al entrar, dio un rodeo por detrás de Brooke para llegar a su mesa, y yo pasé por detrás de los otros dos para ir a la mía.

—Siento que hayan tenido que aguardar —disculpose Wolfe antes de tomar asiento—. Usualmente, doy hora

para las visitas, pero hay excepciones. ¿Es usted el hermano de Susan Brooke?

Brooke asintió.

—Lo soy. Mi esposa. El señor Vaughn, Peter Vaughn. Hemos venido... eh... sin pensarlo. Nosotros apreciamos...

—El artículo de la *Gazette* —intervino la señora Brooke. También se mostraba positiva hablando—. Creemos que tiene razón. Sabemos que tiene razón!

—Esto es agradable —Wolfe movió una mano hacia mí—. El señor Goodwin, mi ayudante confidencial. Los dos nos sentimos muy obligados. Pensamos que, por el contrario,

seguramente iban a decirnos que estábamos equivocados. ¿Cómo saben que tenemos razón?

Hablaron todos a la vez, o lo intentaron. La señora Brooke ganó.

—Díganos cómo lo sabe. Luego, le diremos lo que sabemos —le estaba mirando fijamente—. Dicen que las damas primero, pero también nosotras podemos hacer excepciones. Esta vez, primero los caballeros.

Wolfe mantenía sus labios apretados. Creí que iba a mostrarse grosero, pero se contuvo. Casi estuvo cortés.

—Pero, señora, considere mi posición. Estoy comprometido en beneficio de un hombre que puede ser

llevado a juicio por asesinato. Puede verse obligado a presentarse ante un juez y un jurado. Revelar particularidades de la defensa, a ustedes o a cualquier otra persona, sería traicionarle —miró al individuo que estaba a su lado—. ¿Quién y qué es usted, señor Vaughn? ¿Trabaja para el fiscal?

—No —repuso Vaughn—, nada de esto. Sólo soy... un amigo. Vendo automóviles... los «Heron» —sacó una cartulina del bolsillo, que me entregó, y que ya pasé a Wolfe.

No sólo había oído hablar de él, sino que le había visto, de casualidad. Su padre, Sam Vaughn, era el dueño de

«Heron Manhattan, Inc.», que yo visitaba al menos una vez al año, para cambiar el sedan de Wolfe por uno nuevo.

Wolfe movió la cabeza.

—¿Y usted, señor Brooke?

—¿Importa esto? Soy el hermano de la pobre Susan. Soy ingeniero. Electrónica. Le aseguro que no queremos traicionar a nadie... muy al contrario.

—Queremos saber —intervino su esposa— si conoce usted la verdad, toda la verdad sobre Susan.

Wolfe soltó un bufido.

—Bien, no la sé toda. Pero quizás ustedes puedan ayudarme. ¿Qué parte de

verdad quieren comunicarme?

—Cómo era —explicó la señora Brooke.

—Su carácter, su personalidad —agregó el marido.

—Su «cualidad» —agregó Vaughn—. Es imposible que estuviese... con un negro... en aquel apartamento. Iba a casarme con ella.

—¿De veras? ¿Estaban comprometidos?

—Bueno... se sobreentendía... desde hace casi dos años. Yo esperaba hasta que se hubiese cansado de... de esa chifladura.

—¿Chifladura?

—O capricho. Bondad de corazón.

—No era «bondad de corazón» — declaró la señora Brooke—. Me alabo de ser a veces misericordiosa. Pero Susan tenía que llevar las cosas hasta su extremo. Darles dinero no era suficiente para ella, y tenía que trabajar allí. Claro, que esto tampoco era bastante aún. Tenía que poseer un apartamento en medio de los barrios pobres de Harlem, e incluso a veces comer y dormir allí.

—¿Estuvo usted alguna vez en aquel apartamento? —se interesó Wolfe.

—Sí, fui con la madre de Kenneth... la madre de Susan, claro. Insistió en verlo. Fue terrible la vecindad, la porquería, el olor, y aquella «desdichada» gente. No quieren que se

les llame «negros», pero es lo que son. Pero la idea de que Susan pudiese convivir con uno de ellos... que pudiese tener uno de esos seres en su apartamento, es absolutamente absurda. Era una dama. Tenía un capricho, de acuerdo, pero era una dama. Por lo tanto, tiene usted toda la razón al afirmar que Dunbar Whipple no la mató. La mató algún horrible negro del barrio. El cielo sabe que hay bastantes.

Wolfe asintió.

—Su lógica parece perfecta. Entiendo que la policía ya ha considerado dicha posibilidad y la ha rechazado porque las cosas de valor que se hallaban a la vista no fueron

arrebatadas, y la señorita Brooke tampoco fue asaltada sexualmente.

—Esto no prueba nada. Algo asustó al ladrón, algún ruido... algo. O no intentaba matarla, y fue esto lo que le asustó.

Wolfe no estuvo de acuerdo:

—Muy posible. Como conjetura, perfectamente admisible. Pero se necesita algo más que una conjetura para salvar al señor Whipple; estaba en el apartamento; llevaba allí más de media hora cuando llegó la policía. La teoría de un ladrón resulta fútil, a menos que sea descubierto. No estoy seguro de comprender la posición de ustedes. Si, como usted dijo, la idea de que la

difunta no podía tener a uno de ellos en su apartamento es absurda, ¿cómo explica usted que Whipple estuviese allí?

—Fue a preguntarle algo o a decirle cualquier cosa respecto a su trabajo. Vive a pocos bloques de distancia.

—Pero tengo entendido que iba allí con cierta frecuencia, y que le ha dicho a la policía que él y la señorita Brooke iban a casarse.

—¡Es un embustero! —saltó Vaughn.

—¡Absolutamente absurdo! —corroboró la señora Brooke.

—No comprendo su posición —dijo Brooke—. Según el artículo del periódico, posee usted un buen motivo

para creer en la inocencia de Dunbar Whipple. ¿Querrá decirnos por qué opina que Dunbar Whipple es inocente?

—No, señor. ¿Por qué lo está usted? Si es que lo está.

—No estoy seguro de estarlo.

—Su esposa ha afirmado que usted sabe que tengo razón.

—Debió decir que lo deseábamos

—Kenneth Brooke se inclinó hacia delante—. Cuando mi esposa me enseñó el artículo de la *Gazette*, exclamé: «¡Gracias a Dios!» Mi hermana ha muerto, y esto no tiene arreglo, pero todo lo que se publica y dice respecto a ella está matando a su madre. A mi madre. Es algo tan repugnante... el

apartamento y el negro. Si éste no la mató y usted puede probarlo, todo será diferente. Quizá Dunbar fue allí para hablarle del trabajo, y la halló muerta. Esto sería distinto. Podría salvar la vida de mi madre. Creo que sabe usted de qué estoy hablando. Admito que no es imposible que mi hermana quisiese casarse con un joven de color...

—¡Kenneth! ¿Estás loco?

—Estoy diciendo lo que pienso, Dolly —volvió su atención a Wolfe—. No me hubiera gustado... pero admito que es posible. Sin embargo, no estaban casados... ¿o lo estaban?

—No.

—Entonces, si él la mató es algo...

horrible. Sórdido y horrible. Pero si usted puede demostrar que no fue él, será diferente. Lo sé, me estoy repitiendo, pero ya sabe lo que trato de decir. Es el asesinato lo que cuenta. Si la mató otra persona, la gente se olvidará de Dunbar Whipple. Incluso mi madre se olvidará de ese hombre... no absolutamente, supongo, pero, repito, será todo diferente. Por tanto, queremos...queremos saber por qué afirmó usted que Whipple es inocente.

Su esposa estaba intentando meter baza. Ahora lo hizo.

—¡Estás loco, Kenneth! ¡Susan no se habría casado jamás con un negro!

—Olvídalo, Dolly. Ya sabes lo que

dijiste hace un mes.

—¡Hablé por hablar!

—Bien, lo dijiste —se volvió a Wolfe—: Necesito saberlo. No sólo saberlo, sino que quiero ayudar. Ya sé que usted percibe honorarios muy elevados, y no supongo que Whipple o su padre anden sobrados de dinero. Si usted me dice la forma en que piensa sacar a Dunbar Whipple de ese conflicto, deseo ayudar.

—También yo —terció Vaughn—. No creo que Susan... Pero esto no importa. ¡Dios mío, cuando pienso...! —no acabó la exclamación.

Wolfe sacudió la cabeza.

—Posiblemente puede usted

ayudarme, pero no con dinero. En cuanto a mi posición, no puedo revelar la base en que me apoyo para proclamar la inocencia del señor Whipple, aunque ello no incluye el conocimiento de la identidad del asesino. Usted podría ayudarme en esto; todos ustedes, mejor dicho, porque eran íntimos de la difunta. Si no fue ni el señor Whipple, ni un ladronzuelo del barrio, ¿quién fue? ¿Quién se beneficia con su muerte, en mente, cuerpo o dinero? Ésta es siempre la cuestión. No, no meneen la cabeza; considérenlo. ¿Qué existencia será ahora más fácil, gracias a la muerte de Susan Brooke?

—La de nadie —repuso Brooke.

—¡Hum...! Alguien la mató, y alguien que conocía el apartamento. Si quieren ayudarme a descubrir al criminal, indaguen en sus recuerdos. Yo no los tengo; empecé de la nada y estoy casi lo mismo. Señor Brooke, ¿dónde estaba usted aquella noche entre las ocho y las nueve?

Brooke se limitó a mirar a Wolfe.

—Hablo en serio —aclarole éste—. Ha habido casos de fraticidio. ¿Dónde estaba?

—¡Buen Dios! —exclamó Brooke.

—¿Le extraña? Pudo ser usted. ¿Dónde estaba?

—En mi laboratorio.

—¿De ocho a nueve?

—Desde las siete hasta casi medianoche. Estaba allí cuando mi esposa me telefoneó lo de Susan.

—¿Estaba solo?

—No, había tres personas más.

—Entonces, su asombro es más comprensible —la cabeza de Wolfe se inclinó hacia la derecha—. ¿Señor Vaughn?

—No me gusta esto —tenía las mandíbulas apretadas.

—Naturalmente. Ni a nadie. ¿Dónde estaba?

—En mi club. Harvard. Cenando, y luego mirando una partida de bridge.

—¿De ocho a nueve?

—Sí. Y antes y después.

—Su disgusto también es comprensible. ¿Señora Brooke?

—Tampoco me gusta —se ruborizó—. ¡Esto es... ridículo!

—Pero no impertinente, si de veras desea ayudar. ¿Dónde estaba?

—En mi casa. Toda la noche.

—¿Sola?

—No. Con mi hijo.

—¿Qué edad tiene?

—¡Es usted un grosero!

—Digo el niño.

—¡Ah! Ocho años.

—¿Alguien más? ¿Un criado?

—No, la doncella había salido —se puso de pie bruscamente. Le cayó el bolso al suelo, y Vaughn se agachó a

recogerlo—. ¡Esto es un insulto! ¡Me sorprende que lo tolere, Kenneth! Si no quiere decirnos nada, lamento haber sugerido que viniéramos. Llévame a casa.

La mirada de Brooke recayó en Wolfe, en mí y en Vaughn. Aparentemente, invitaban a una sugerencia que no llegó. Su esposa estaba ya junto a la puerta. Levantándose, Kenneth le dijo a Wolfe:

—Estoy en la guía telefónica, tanto por mi laboratorio como por mi casa. Cuando le dije que deseaba ayudar, era de veras. Vámonos, Peter.

Pareció que Vaughn iba a añadir algo, pero no lo hizo, y gracias a su

vacilación, llegué al vestíbulo antes que ellos. La señora Brooke estaba ya junto al perchero, cogiendo su abrigo, por lo que me acerqué a ofrecerle mi ayuda. Me ignoró, con una mirada despreciativa, y esperó la llegada de los dos hombres. Entonces dijo:

—Sostenme el abrigo, Kenneth.

Abrí la puerta rápidamente, a fin de que el aire helado de la calle se colase dentro, azotando a la señora Brooke antes de estar embutida en el abrigo. Mientras salían y yo cerraba la puerta, decidí ir a visitar a aquel niño de ocho años y preguntarle a qué hora se fue a la cama el lunes, 2 de marzo. Ninguna mujer puede abofetearme y quedarse tan

tranquila.

Me dirigí al despacho.

—Bien —le dije a Wolfe—, Dolly Brooke la asesinó porque iba a casarse con un maldito negro. ¿Cómo podemos demostrarlo?

Frunció el ceño.

—Ya te he dicho antes que esta palabra no me gusta nada.

—Estaba repitiendo su forma de hablar.

—Cállate. Me refiero a la palabra «maldito», y lo sabes.

Me senté y no disimulé un bostezo.

—Es demasiado estar sentado y no moverme. Seis horas a la máquina. La señora Brooke me ha insultado

deliberadamente al marcharse. Fue idea suya la de venir. Quería averiguar lo que sabíamos. Hace un mes le dijo a su marido que sabía o sospechaba que Susan iba a casarse con un negro. Sabía dónde se hallaba radicado el apartamento, pues estuvo allí. Tenía que matar a Susan. El asesinar a Dunbar no habría solucionado el problema, porque Susan se habría encaprichado de otro negro según su modo de pensar. La coartada es inocente. Para algo tan importante como un asesinato no puede ser censurada por dejar a un niño durmiendo en la cama, o por ponerle una pastilla de pentobarbital sódico en la leche. O la madre Brooke fue a

entretener al niño, sabiéndolo o sin saberlo. El filicidio es tan conocido como el fratricidio. ¿He olvidado algo?

—Tres ligeros puntos. Dijo que Susan Brooke era una dama. Y no la consideraba así. Sabía que el señor Whipple no vive lejos del apartamento. Dejó caer el bolso cuando se levantó. ¿Dónde vive?

Fui a mi mesa y cogiendo el anuario de Manhattan busqué la página.

—Park Avenue, por las Sesenta. Sesenta y siete o Sesenta y ocho.

—¿Cómo pudo ir hasta allí?

—Seguramente en taxi. Quizás en su propio coche, si lo tiene.

—Busca a Saúl. Que averigüe si esa

mujer posee coche, y en tal caso, si lo utilizó aquella noche. Tu agenda.

Objeté. Los honorarios de Saúl Panzer son de diez dólares por hora, más gastos.

—¿Estoy impedido acaso? — pregunté cortésmente.

—Tienes que hacer otra cosa: ocuparte del señor Oster y del señor Whipple. Tu agenda. Para mañana en la *Gazette*. A una sola columna de dos pulgadas. Encabezamiento: «Un taxista», en negrillas. Luego; «tomó a una mujer bien vestida, coma, de unos treinta años, coma, desde las calles Sesenta a la Ciento veintiocho, a primera hora de la noche del lunes, 2 de marzo. Será

recompensado si se comunica conmigo.»
Debajo, mi nombre, dirección y número de teléfono. Que lo publiquen durante tres días, mañana, el lunes y el martes. ¿Algún comentario?

—Uno. Calle Sesenta Este.

—Añádelo.

—Ella puede verlo. ¿No importa?

—No. Si es propicia a la amenaza, cuanto más se estremezca, mejor. Tu agenda. Preguntas al señor Oster y a Paul Whipple. No queremos un ejército aquí. Sólo los que...

—Primero me ocuparé del anuncio
—cogí el teléfono y marqué el número de la Gazette.

Capítulo VIII

Fue un final de semana desastroso. Nada fue bien. Nada, asimismo, fue terriblemente mal, pero todo salió desquiciado.

Mi cita del sábado por la mañana con Oster y Whipple fue cancelada porque a Oster lo llamaron a Washington para una conferencia en el Departamento de Justicia. Estaría de vuelta el domingo por la noche. Saúl Panzer es el mejor detective por cuenta propia que haya jamás frenado una puerta que se cierra

con el pie, pero incluso él se vio defraudado cuando supo que el empleado de servicio la noche del lunes en el garaje donde los Kenneth Brooke guardaban sus dos «Heron» se había ido fuera a pasar el final de semana, sin que supiera nadie dónde. A las cuatro de la tarde del sábado, fue invitado a la oficina del fiscal para discutir algunos apartados del reportaje que le entregué a Cramer, y un ayudante del fiscal, llamado Mandel, me retuvo bastante tiempo, pareciendo que le hubiera gustado verme entre rejas; al final llegué con dos horas de retraso al baile del «Flamingo», donde estaba citado. Lon Cohen telefoneó una vez el sábado y dos

el domingo. Algún sesudo periodista, quizás el propio Lon, había leído el anuncio, recordando el hecho de que el hermano casado de Susan vivía en las Sesenta Este, y Lon quería saber qué era todo aquello. Pude esquivarle el sábado, pero llamó dos veces al día siguiente para saber si había aparecido el taxista. No había aparecido.

Un final de semana desastroso.

Finalmente, vi a Oster el lunes por la tarde, en las oficinas de la ROCC, que ocupaban todo un piso en un edificio de la calle Treinta y nueve, cerca de Lexington Avenue. No era lujoso, pero tampoco sórdido. Me quedé ligeramente sorprendido al ver que la mujer de la

centralita, que se ocupaba también de la recepción, tenía mi color de piel, aún más claro: una mujer de mediana edad, con un pelo casi grisáceo, con doble papada, y una nariz muy larga, que no encajaba en su rostro. Más tarde me enteré que el personal de las oficinas era de treinta y cuatro personas, cinco blancas, y de ellas cuatro voluntarias, lo que Dolly Brooke llamaría «misericordiosas».

La oficina de Oster era pequeña, con una ventana, pero tras unas palabras de excusa me acompañó al despacho del director, Thomas Henchy, que era una estancia agradable, con unas cuantas docenas de fotografías en los muros,

donde los estantes y alacenas dejaban espacio. Había visto a Henchy un par de veces por la televisión, como todo el mundo: ancho de espaldas, mejillas levemente flácidas, pero no colgantes, cuello corto. Color, el del café fuerte con una cucharadita de nata. Nos estrechamos las manos, y procuré retirar pronto la mía. Los hombres de cuello corto suelen tener mucha fuerza.

Cuando me marché, más de una hora después, estaba dispuesto el programa para la noche. Le expliqué que al decir Wolfe «todo el personal», no lo dijo en sentido literal. Sólo quería ver a los que, debido a sus contactos o relaciones con Susan o Dunbar, o ambos, podían

quizás aportar alguna información; útil; y la selección corrió a cargo de Henchy y Oster, previa consulta a mi persona. Todo fue satisfactorio. Al salir llevaba una lista en mi bolsillo, que pasé a máquina en el despacho de Nero Wolfe.

Thomas Henchy, de 50 años, director. Es cortés, pero no cordial. Sabe que el asunto le ocasiona perjuicios a la ROCC y no le gusta. Posiblemente opina que Whipple la mató.

Harold R. Oster, abogado. Evidentemente le ha dicho a Henchy que la idea de la conferencia en nuestro despacho fue suya, cosa que no he

desmentido.

Adam Ewing, de 40 años, de color, encargado de las relaciones públicas, trabajando íntimamente con Whipple. Le he visto. Listo y ávido de ayudar. Piensa saberlo todo, y quizá sea verdad.

Cass Faison, 45 años, de color, encargado de los fondos de la organización. Susan Brooke trabajaba a sus órdenes. Le he visto. No me extrañaría que le hubiese gustado Susan, y no le gustase Dunbar. Es todo sonrisas. No intentó ninguna insinuación.

Rae Kallman, de la edad de Susan, blanca. Ayudaba a Susan en las fiestas y reuniones para allegar fondos. Susan la reclutó y le pagaba personalmente, pero

piensa seguir en la ROCC. No la he visto. Me dio la impresión de que no aprueba el sentimiento de Susan hacia Dunbar. No quiero hacer hincapié en ello, puesto que no es mi misión, pero tengo esa impresión.

Beth Tiger, de color, 21 años, mecanógrafa. Sólo Henchy tiene secretaria, taquígrafa, y tomaba el dictado de Dunbar. Otra impresión, de un comentario de Henchy: le habría gustado tomar algo más que el dictado de Dunbar. No la he visto.

Maud Jordan, blanca, 50 o más, telefonista y recepcionista. Está incluida en la lista, principalmente porque fue quien recibió la llamada de Susan

aquella tarde y dejó el mensaje de la joven sobre la mesa de Dunbar, referente a que no podía estar en su apartamento antes de las nueve. Es trabajadora voluntaria, interesada en derechos civiles, también misericordiosa, evidentemente con mucha pasta, puesto que no cobra y Henchy mencionó que había entregado quinientos dólares al fondo para los hijos de Medgar Evers. La vi al entrar y al salir. Una solterona, como usted, que necesita interesarse por algo, y ha dado la casualidad de que ese algo son los derechos civiles. Mi impresión, se basa en mi infalible comprensión de las mujeres por debajo de los 90.

Todos estaban enterados de lo del apartamento. Henchy, Ewing, Faison y Kallman sabían dónde estaba.

Oster dice que no. La Jordan conocía el número telefónico. La Tiger, no.

Cuando Wolfe bajó del invernáculo a las seis en punto, cogió este informe, lo leyó dos veces, frunció el ceño durante dos minutos, dejó el papel en un cajón, y se apoderó del libro que estaba leyendo. No era el de Rowse sobre Shakespeare, sino *El Ministro y la Corista*, de un abogado llamado Kunstler. Yo lo había leído y se lo recomendé. Durante la cena lo

discutimos y estuvimos de acuerdo en que el Departamento de Policía de Nueva York y la oficina del fiscal del distrito jamás habían promovido tanto alboroto en torno a un caso, ni lo harían otra vez.

La velada no empezó demasiado bien. Cuando cuatro o más individuos tienen que venir a casa para una conferencia después de cenar, equipo un bar portátil en la cocina, y lo traslado al despacho, y en efecto allí estaba cuando llegó el primer visitante; pero veinte minutos después, cuando ya estaban todos reunidos y sentados, y entró Wolfe, aún no había hecho ninguna venta. Fue algo muy notable. De ocho

personas, a las nueve de la noche, podía pensarse que al menos dos o tres se mostrasen sedientas, o desearan beber algo, pero todos dijeron que no. No podía ser a causa de mis modales, al ofrecerme a servir a gente de una raza inferior. Primero, dos de los presentes eran blancos, y segundo, cuando me considero superior a alguien, cosa que suele ocurrirme con frecuencia, necesito un motivo mejor que el color del pellejo.

Los reunidos estaban segregados, no en razón del color, sino de su sexo. Wolfe me ordenó que colocase a Whipple, su cliente, en el sillón rojo, y como había llegado antes que Oster no

hubo ningún choque. En la fila de butacas amarillas, se hallaba Oster en el extremo más alejado de mí, luego venían Henchy, Ewing, el relaciones públicas, y Faison, el encargado de los fondos. En la fila de atrás estaban Rae Kallman, Maud Jordan y Beth Tiger. Era la primera vez que veía a las señoritas Kallman y Tiger. La primera, que probablemente llevaba más carmín del necesario en sus labios, engordaría con los años, pero en la actualidad era muy esbelta y curvilínea. La Tiger era uno de esos seres que no pueden ser detallados con justeza. Mencionaré que su tez tenía el color de un tazón de oro macizo, que Wolfe tenía en su dormitorio, y que

jamás permitía a Fritz que lo limpiase; que si la joven hubiera sido Cleopatra, en vez de la Liz, no me habría perdido la película, y que tuve un verdadero problema con mis ojos toda la noche, puesto que con un grupo en casa se suponía que debía observar todas las expresiones y movimientos. Esto me resultó especialmente difícil porque la Tiger, que se hallaba cerca de mí en la fila de atrás, estaba situada en un ángulo a mi derecha. Fue mi error.

Eran las nueve y diez cuando llamé a la cocina por el intercomunicador para comunicarle a Wolfe que habían llegado todos; se presentó casi al instante, dio la vuelta por detrás de Whipple al dirigirse

a su mesa, y permaneció de pie mientras anunciaba los nombres de los asistentes. Cada cual fue asintiendo, y luego se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Los refrescos, Archie?

—Ofrecidos y declinados — respondí.

—Bien. Cerveza para mí, por favor —cuando me levanté, se volvió a su cliente—. Señor Whipple, aquella noche en el Pabellón Upshur, usted tornó cerveza de jengibre.

—¿Se acuerda de esto? —Whipple abrió los ojos desmesuradamente.

—Ciertamente. Pero el otro día tomó un martini. ¿Quiere ahora cerveza de jengibre? Yo prefiero la cerveza, y le

invito a imitarme... si es su gusto.

—Está bien. De acuerdo. Scotch y soda.

—¿Señor Henchy?

—Se pierde tiempo —objetó el director.

—Vamos, caballero, ¿tan precioso es el tiempo, en realidad? El mío no. Si lo es el suyo, resulta más tentador robárselo.

Los ojos de Henchy sonrieron, pero no abrió la boca.

—Usted gana —dijo al fin—. «Bourbon on the rocks».

Al aceptar el jefe, los demás le imitaron. Rae Kallman se ofreció a ayudarme, lo que redujo la pérdida de

tiempo. La única que se negó fue Maud Jordan, y cuando los demás hubieron sido servidos, se puso en evidencia pidiendo un vaso de agua. Yo me combiné una tónica con ginebra, porque era lo que había pedido la Tiger. Creo en el compañerismo.

Wolfe dejó el vaso sobre la mesa, y paseó sus ojos por la izquierda y luego hacia la derecha.

—Supongo que todos ustedes saben que estoy actuando sobre la presunción de que Dunbar Whipple no se halla complicado en el asesinato de Susan Brooke. Esto no necesita ser discutido, a menos que alguno de ustedes no esté de acuerdo.

Unos movieron la cabeza y otros dijeron que no.

—Dejémoslo bien sentado. ¿Quieren, por favor, levantar la mano los que estén de acuerdo conmigo en este punto?

Al levantar la señorita Tiger su mano, volvió la cabeza hacia la derecha. Para comprobar. Dos de los presentes, Cass Faison y Rae Kallman, se mostraron algo lentos. Henchy sólo movió el antebrazo a un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—¡Pero nosotros no somos ni el juez ni el jurado! —objetó Adam Ewing.

—La intención, señor mío, es que el asunto no llegue jamás a verse ante un

juez ni un jurado —replicó Wolfe, mirando de izquierda a derecha—. Naturalmente, todos ustedes han sido interrogados separadamente por la policía, salvo el señor Oster. Para nuestro propósito, o sea la exculpación del señor Whipple, era preferible una conferencia conjunta, mas para evitar confusionismos, empezaremos con cada uno, unitariamente. Atiendan, por favor: si alguno de ustedes oye una declaración formulada por otro con la que no estén de acuerdo, díganlo al instante. Intervengan. No la dejen pasar. ¿Comprendido?

Nadie dijo que no.

—Muy bien. El señor Goodwin me

informa que todos ustedes estaban enterados de la existencia del apartamento, y presumo asimismo que todos sabían dónde estaba, con excepción del señor Oster. ¿Alguna pregunta?

—Bien —dijo Beth Tiger—, yo sí sabía dónde estaba.

—Yo no —gruñó Maud Jordan—. Sólo sabía el teléfono, y que pertenecía a Harlem, pero ignoraba la dirección.

—Sin embargo, estoy presumiendo que sí lo sabía, señorita Jordan, puesto que sabiendo el número telefónico no le habría sido difícil localizarlo en la guía. Y ahora, señor Oster, no voy a exceptuarle ni siquiera a usted. Aunque

resulta algo improbable que uno de ustedes fuese el apartamento y matara a Susan Brooke, no es una cosa completamente inconcebible. Como es natural, esta posibilidad se halla en mi mente, aunque no en primer plano. La policía ya les ha interrogado respecto a sus respectivas andanzas la noche de autos, pero yo no. Más adelante veremos si se produce alguna contradicción. Una coartada resulta muy pocas veces completamente exculpadora. Lo que...

—¡Un momento! —le atajó Henchy—. Cuando nos ha preguntado si estábamos convencidos de que Whipple no la había matado, he levantado la mano. Si ahora nos pregunta si pensamos

que nadie de este despacho la ha matado, volveré a levantarla —se golpeó una rodilla con el puño—. Si quiere exculpar a Whipple, siga adelante, y ojalá lo logre, pero no trate de echar las culpas a alguno de los que estamos aquí.

—No deseo echarle las culpas a nadie, señor Henchy. Quiero sencillamente descubrir al individuo «culpable» del crimen —Wolfe consultó el péndulo—. Hace casi exactamente una semana que hay un «culpable». Bien, empezaré por usted, señorita Jordan.

—¿Por mí? —se quedó con la boca abierta.

—Sí. Un extremo vital es la llamada

telefónica efectuada por la señorita Brooke y el mensaje hallado sobre la mesa del despacho del señor Dunbar Whipple poco antes de las seis. ¿Fue usted quien llevó el mensaje al despacho?

—Sí. Ya se lo conté a la policía.

—Ciertamente. ¿Fue usted misma quien habló por teléfono con la señorita Brooke?

—Sí, en la centralita.

—¿A qué hora?

—A las cinco y cuarto. Lo señalé en el registro: las cinco y quince.

—¿Qué le dijo?

—Quería hablar con el señor Whipple, y le contesté que estaba en una

conferencia; entonces me rogó que le comunicase que no podría ir allá hasta las nueve o un poco más tarde.

—¿No podría citarme las palabras exactas?

Frunció el ceño, y pareció que se le alargaba la nariz.

—Ya lo intenté. Con la policía. Cuando dije: «Comisión de Derechos Ciudadanos», me contestó: Aquí, Susan, Maud. Por favor, póngame con el señor Whipple. Contesté: Está de conferencia en el despacho del señor Henchy, con unos de Filadelfia. Entonces, me dijo: Cuando le vea dígame que no llegaré allá hasta las nueve o un poco más tarde. Le contesté: Yo me marchó de aquí a las

cinco y media. ¿Quiere que le deje el recado en su despacho?, y me repuso: Sí, claro está. Luego colgó.

Wolfe me consultó con la mirada, vio que yo estaba ajetreado con la agenda, y volvió a concentrarse en la solterona.

—Sobre el extremo siguiente es lamentable que ya haya sido interrogada por la policía, pero no puedo hacer otra cosa. Seguramente lo tiene grabado en su mente, pero debo volver a insistir sobre ello. ¿Está segura de que la que habló era la propia señorita Brooke?

Asintió.

—Era ella. La policía quiso saber si estaba dispuesta a jurarlo en el estrado

de los testigos, y les manifesté que no podía jurarlo porque no la vi, pero si era alguien que imitó su voz, tendría que volver a oírlo antes de creerlo.

—¿Solía llamarla por su nombre de pila?

—Sí.

—¿Cuándo le habló no notó nada raro?

—No, en absoluto.

—Acaba de decir «en absoluto» porque tiene usted una idea fija, señorita Jordan. Usted se ha comprometido en esto. Y es una lástima, puesto que al presente no tengo base para contradecirla —Wolfe giró la vista de izquierda a derecha—. Esto es algo

crucial. ¡Ojalá hubiese hablado con la señorita Jordan antes de que la interrogase la policía! Si presumo que el señor Whipple es inocente, debo también presumir que no fue la señorita Brooke quien efectuó la llamada telefónica.

O esto o...

—No —objetó Oster—, no necesariamente. Pudo hacerla y luego llegar allí antes de lo que esperaba. La cuestión es saber si llegó antes que Whipple, y cuánto tiempo antes; respecto a esto hay evidencia. La joven estaba en la vecindad, puesto que sabemos que entró en una charcutería y en otra tienda, antes de las ocho. Por

tanto, debió llegar antes que Whipple, probablemente una hora antes, y esto es lo interesante.

Wolfe movió la cabeza.

—No es lo interesante. Tomemos al asesino. Puesto que no fue Dunbar Whipple, llamémosle X. Estaba enterado de la existencia del apartamento y que la señorita Brooke llegaría pronto aquella noche, y es muy probable que también supiera que el señor Whipple tenía que ir. ¿Debió entrar, seguramente admitido por la señorita Brooke, y golpearla, exponiéndose a que Whipple se presentase en cualquier momento? No lo creo. Debía haber terminado cuando

llegase Whipple, y no sólo el asesinato, sino también el descenso de dos tramos de escaleras y su salida del edificio. Bien, lo rechazo. Creo que X estaba enterado de la llamada telefónica, y que por lo tanto Whipple no llegaría hasta más tarde. O sabía que la señorita Brooke había llamado, o era él quien hizo la llamada, imitando la voz de la señorita Brooke, en cuyo caso debe ser ella, y no él, o bien hay otra persona que realizó la llamada por cuenta del asesino. Por lo tanto, señorita Jordan, necesitamos de usted aún otra cosa. ¿Quién, aparte de usted, se enteró de la llamada?

—Nadie —la papada era más

visible por tener abatido el mentón—. Ya se lo dije, estaba yo en la centralita.

—¿No se lo dijo a nadie?

—No.

—La llamada se produjo a las cinco y cuarto. ¿Redactó el recado, inmediatamente?

—Sí. No iba a tardar en marcharme.

—¿Cuándo llevó el mensaje al despacho de Dunbar Whipple?

—Cuando me marché. Un instante antes.

—¿Pudo alguien verlo en la centralita?

—No. No vino nadie hasta que marché, y entonces lo tenía en la mano.

—¿Había alguien en el despacho del

señor Whipple cuando entró usted?

—No.

—¿Lo dejó sobre la mesa del despacho, bien a la vista?

—Por supuesto. Para que el señor Whipple lo viese. Debajo de un pisapapeles.

Los ojos de Wolfe se posaron en el director.

—Señor Henchy, Dunbar Whipple me dijo que la conferencia terminó un poco después de las seis. ¿Es cierto?

—Sí. Unos cinco o seis minutos después.

—¿Asistió alguien más, aparte de usted, a la conferencia?

—Sí, los señores Ewing, Faison y

Oster.

—¿Abandonó alguno de ustedes el despacho después de las cinco y media, antes de que terminase la conferencia?

Adam Ewing explotó.

—¡Esto es inicuo! ¡Nos está usted sometiendo a un tercer grado!

Wolfe le miró severamente.

—Creo, caballero, que se halla usted encargado de lo que se denomina «relaciones públicas» en la organización. Seguramente le interesará, si Dunbar Whipple es inocente, que el asesino sea apresado lo antes posible. Naturalmente, no desea que fuese ninguno de los presentes, y yo tampoco. He contribuido a la Comisión de

Derechos Ciudadanos... ¿con cuánto, Archie?

—Con ciento cincuenta dólares anuales durante los siete últimos años —lancé una ojeada a la señorita Tiger para ver si se había impresionado. Aparentemente, no.

—Pero esta llamada telefónica es un extremo vital, y si la señorita Brooke fue quien la hizo, debo enterarme de quién pudo estar al corriente de la misma. Señor Oster, le advertí que si quería intervenir, objetar sobre algo, tiene usted lengua. ¿Tiene algo que decir sobre esto?

—No. Creo que es inmaterial, pero esto no es un tribunal.

—Puede ser inmaterial. Repetiré la pregunta, señor Henchy.

—No. La contestaré. Yo estuve en mi despacho continuamente mientras duró la conferencia.

—Yo no —intervino Cass Faison. Lo veía de perfil, y la luminosidad que recaía sobre su negra mejilla le procuraba un extraño resplandor—. Tenía una cita y me marché sobre las seis menos cuarto.

—¿Penetró en el despacho del señor Whipple?

—No. Y quiero decir algo: dudo que Dunbar Whipple la matase, y menos con una cachiporra, pero si lo hizo espero que le lleven a la silla. Sea quien fuere

que haya matado a Susan Brooke, esté o no en esta habitación, espero que acabe en la silla.

—Yo también —aprobó Ewing—. Y todos —miró a Wolfe con sus pardas pupilas—. Si Oster no protesta, yo tampoco. Estuve fuera del despacho unos minutos para ir al lavabo; esto pudo ser después de las cinco y media, no lo sé. No entré en el despacho de Whipple, y nada sé con respecto a la llamada telefónica ni al mensaje.

—Entonces no necesito molestarle más. Señor Oster, si no hay objeción por su parte, ¿estuvo usted en la conferencia?

—Sí, y como el señor Henchy,

continuamente. Supe lo de la llamada telefónica a la mañana siguiente por la señorita Jordan.

—Señorita Kallman, ¿entró usted en el despacho del señor Whipple durante el período de tiempo específico?

—No estuve allí —dejó su copa sobre la mesita situada entre su butaca y la de la solterona. Añadió—: Casi nunca estaba en la oficina. Suelo estar fuera. Y así fue aquel día —esto no cuadraba con lo que me dijera Henchy sobre la presencia de la Kallman aquel día en la oficina. Probablemente, era algo inmaterial.

—¿Estuvo la señorita Brooke con usted aquella tarde?

—No. Estuve en Brooklyn visitando a ciertas personas. Ella tenía una cita con unos estudiantes, en la NYU, a las cinco.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Aquella mañana, en la oficina. Nos encontrábamos allí a menudo, especialmente los lunes, para preparar los planes del día. Pero creo que debo decirle... —se calló.

—¿Sí?

—Se lo conté a la policía. A menudo la telefoneaba por la noche, por si había algún informe. Aquella mañana me dijo que estaría en el número de Wadsworth por la noche, y a las ocho y media, quizás algo más, marqué el número, pero

no contestó nadie.

—¿El número del apartamento de la calle Ciento veintiocho?

—Sí.

Wolfe soltó un bufido.

—La policía probablemente opina que la joven aún no había llegado. Yo supongo que ya estaría muerta. ¿Entonces, usted no estaba enterada de su llamada a la oficina aquella tarde?

—No.

—¿Y usted, señorita Tiger?

Ahora podía contemplarla directamente, lo cual fue un alivio. Nunca había contemplado una damita tan compuesta. Decidí que sus pestañas eran naturales.

—Yo sí vi el mensaje —le confesó a Wolfe, con una vocecita ligeramente aguda—. Estaba sobre la mesa. Fue cuando le llevé unas cartas para la firma.

La mirada de Wolfe era la misma que empleó con la solterona Jordan. Y sin embargo, es todo un hombre.

—Bien —dijo—. Entonces deberá decirme dónde pasó las tres horas siguientes.

No opuso la menor objeción.

—Estuve en la oficina hasta las seis y media, ocupada en las cartas que el señor Whipple había firmado. Luego comí algo en un restaurante. Después me marché a casa y me puse a estudiar.

—¿Estudiar?

—Economía. Quiero ser economista.

¿No sabe dónde vivo?

—No. ¿Dónde?

—En el mismo edificio de la calle Ciento veintiocho. Tengo una habitación en el cuarto piso. Cuando Susan Brooke buscaba un apartamento por Harlem, me preguntó si sabía de alguno, y resultó que el del tercer piso estaba libre. De haberlo sabido...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Estuvo sola aquella noche en su habitación?

—Sí, a partir de las ocho. La policía al principio creyó que yo la había

matado. No lo hice. No salí de mi cuarto, ni siquiera después de la llegada de la policía. Quisieron llevarme no sé adonde para interrogarme, pero me negué a ir a menos que me arrestasen, cosa que no hicieron. Conozco mis derechos de ciudadana. Al día siguiente estuve en la oficina del fiscal. Deseo preguntarle algo. Se lo pregunté al señor Oster, pero no sé si está en lo cierto, y quiero que me lo aclare usted. Si una persona afirma haber cometido un asesinato no se la puede inculpar por su sola palabra. Tiene que existir alguna prueba. ¿Es verdad?

—Sí.

—Entonces, actuaré de testigo y diré

que la maté. El señor Oster afirma que me contrainterrogarán y echarán por tierra mi declaración, pero no lo creo. No, si puedo contestar a todas las preguntas que me formulen. Así, el señor Whipple no sería inculpado, y a mí tampoco podrían incriminarme. ¿No es verdad?

Wolfe mantenía los labios apretados. Respiró profundamente. Henchy y Oster dijeron algo, pero los ignoró. Volvió a aspirar hondo.

—Señorita, merece una respuesta sincera. O es usted un diablillo o una tonta. Si la mató se expone a un desastre; y si no lo hizo está invitando a que se burlen de usted. Si la mató le aconsejo

que no se lo diga a nadie, y menos aún a mí; si no lo hizo, ayúdeme a descubrir al culpable, sea hombre o mujer.

—Yo no la maté.

—Entonces, tenga un poco de cerebro. Veamos: ¿se halla el apartamento en el tercer piso, directamente debajo de su habitación?

—No, está al fondo. Mi cuarto da al frente.

—¿Oyó algún ruido desusado aquella noche, entre las ocho y las nueve?

—No. Los primeros ruidos desusados los oí cuando llegó la policía.

—Supongo que el señor Whipple sabía que usted vivía allí, en el piso de

encima. Me dijo que permaneció en el apartamento hasta la llegada de la policía, o sea más de media hora después de haber descubierto el cadáver. Hay que pensar que, en semejante situación, el deseo de hablar con alguien, con una persona amiga, que tan próxima se hallaba, debió ser casi irresistible. Pero no lo hizo, ¿verdad?

—No. Y me alegro de que no lo hiciera.

—¿Por qué?

—Porque sé... bien, creo que habría bajado y estampado mis huellas dactilares en la cachiporra.

—¡Hum...! ¿Cree que el señor Whipple se lo habría permitido?

—Ni se hubiese enterado, pues se habría quedado en mi habitación.

—Entonces me alegro tanto como usted de que no fuese a verla. Este asunto ya está bastante enredado sin esto. Archie, los vasos están vacíos.

Cuando me dirigí al bar para coger una botella de cerveza y entregársela, un par de los asistentes hizo alguna observación que puede ser pasada por alto. La señorita Kallman vino a ayudarme. Todos aceptaron de nuevo la copa casi llena, aunque con el hielo fundido, pero tampoco aceptó más cubitos. Cuando los demás estuvieron servidos, Henchy había ya casi vuelto a vaciar su copa, por lo que dejé la

botella del «bourbon» sobre la mesita entre él y Oster; entonces, apuró la copa, cogió la botella y volvió a servirse. En cuanto a mí me marché a la cocina y cogí un vaso de leche. Me gustaría ser leal con la señorita Tiger y decir que lo que ella no quería, tampoco lo quería yo, pero la verdad era que desde una vez en que me perdí un extremo importante por haberme tomado cuatro martines, en un intento de sociabilidad, me limito a una dosis cuando estoy trabajando. Cuando volví al despacho con la leche, Oster hacía uso de la palabra:

—...por eso no objeté, pero era inmaterial. ¿Qué importa averiguar quién pudo enterarse de la llamada

telefónica o del mensaje? Digamos que yo vi el mensaje sobre la mesa de Whipple. Bien, habría sabido que seguramente él no iría al apartamento de la señorita Brooke hasta después de las nueve, pero también que la propia Susan no estaría allí. Por lo tanto, no habría ido a las ocho para visitarla o asesinarla antes de la llegada de Whipple. En consecuencia, todo esto es impropio.

Wolfe asintió y dejó el vaso sobre la mesa.

—Es obvio, si fuese tan sencillo, pero no lo es. Lo que es cierto es que si usted hubiese visto el mensaje habría sabido que Whipple no llegaría allá

hasta las nueve, poco más o menos. Durante esas dos horas entre las seis y las ocho, habría podido enterarse, no importa cómo, puesto que hay varias posibilidades, de que la señorita Brooke cambió sus planes, y pensaba llegar antes a su casa. Podía haber ido a su encuentro, expresamente o por casualidad, y haberla acompañado al apartamento con cualquier pretexto.

—Posible —Oster torció los labios, luego levantó la barbilla y pensé que había decidido aceptar la acusación. Pero sólo dijo—: ¿Está ignorando el hecho de que aparte de la señorita Tiger, otra persona estaba enterada del mensaje?

—No. Lo guardaba para más adelante, pero si lo quiere ahora... —la mirada de Wolfe pasó a la derecha—. Naturalmente, se refiere a usted, señorita Jordan. Usted salió de la oficina a las cinco y media. ¿Cómo pasó usted las tres horas siguientes?

Sus ojos relampaguearon, cosa que no habría creído posible.

—No las pasé matando a nadie —le fulminó.

—Bueno. Ni, supongo, entretenida en ningún otro delito. Debe habérselo dicho a la policía. ¿Por qué no contármelo ahora a mí? La señorita Tiger lo ha hecho.

—Oh, sí, se lo diré. Lo que les dije

a ellos. Me detuve en tres sitios, camino de casa, para comprar varias cosas: un libro, unas medias, pan, nata y conservas; luego me fui a casa, guisé la cena y me la comí, y después estuve leyendo el libro hasta que me acosté.

—¿Qué libro?

—*El Grupo*, de Mary MacCarthy.

Wolfe torció el gesto. Había leído dos capítulos y no le gustó.

—¿Dónde vive?

—Tengo un apartamento en la calle Cuarenta y siete, cerca de la Lexington Avenue. Estoy sola en el mundo.

—Al menos se da cuenta del hecho. Mucha gente, no. Y ahora, señorita, un punto del que no hemos tratado todavía.

¿Qué opina del casamiento entre un negro y una blanca?

Otra vez el centelleo de sus pupilas.

—¡No es asunto suyo!

—No es asunto personal mío, de acuerdo. Pero me preocupa el tema, por ser la persona contratada por el señor Whipple para descubrir quien asesinó a Susan Brooke. Si tiene algún motivo para negarse a contestar...

—No tengo ningún motivo. Es impertinente, eso es todo. Todo el mundo en la ROCC sabe lo que pienso sobre esto, igual que lo saben otros. Cualquiera tiene derecho a casarse con quien desee. Es un derecho. El casarse con la mujer elegida, o con el hombre

ansiado, es un derecho concedido por Dios.

—¿Entonces no le molestaban las relaciones entre la señorita Brooke y el señor Whipple?

—No era cosa mía. Salvo que pensaba que si la joven se casaba con él, todo su dinero iría a parar a la causa, lo cuál habría sido maravilloso.

—Todos opinábamos lo mismo —intervino Cass Faison—. O casi todos.

—Yo no —terció Adam Ewing—. Soy la excepción. Desde el punto de vista de las relaciones públicas, pensaba que era poco prudente. Sabía que lo era. Puedo decir exactamente lo que sentía, porque ya lo he explicado

ante otras asambleas, algunas de ambas razas. El sexo y el dinero se hallan en el fondo de toda oposición a los derechos civiles, lo mismo que se hallan en el fondo de todo lo demás. Que un negro se case con una blanca es como aparear una cierva con un toro —hizo un gesto—. Pero no mataría a una mujer por impedirlo. No soy un asesino. Dejemos que la oposición sea la que cometa los asesinatos.

—Yo también soy una excepción —dijo Beth Tiger—. No pensé que aquel casamiento fuese —brillante.

—¿Está de acuerdo con el señor Ewing?

—No es esto. Dije que no creí que

fuese maravilloso. Y no quise decir nada más.

—¿Señorita Kallman?

Rae Kallman movió la cabeza, pero sin abrir la boca.

—¿Quiere decir que lo desaprobaba?

—No. Significa que le dije a Susan lo que tenía que decirle. Ella era la única que tenía derecho a oírlo y ha muerto. La policía no pudo sacarme nada, y usted tampoco podrá.

—No lo intentaré. ¿Señor Henchy?

Se aclaró la garganta. Si hubiese hecho como él con el «bourbon» también habría tenido que aclararme la mía, pero dos veces.

—En conjunto, lo aprobaba. El matrimonio es un asunto personal, pero en lo tocante a los intereses de la organización, estaba de acuerdo con el señor Faison. Opinaba que las ventajas pesaban más que las desventajas. En mi posición debo mostrarme realista. La señorita Brooke era una mujer muy acaudalada —cogió su copa.

—¿Y usted, señor Oster?

El abogado ladeó la cabeza.

—Usted sabe, Wolfe, por qué estoy sentado aquí. Le estoy largando toda la cuerda que desea. Pero preguntarme a mí qué me parece un casamiento entre un negro y una blanca, creo que es llevar las cosas un poco lejos. Le enviaré un

ejemplar de una revista con un artículo que escribí hace cuatro años. Cada esfuerzo de civilización de la humanidad sobre la tierra es el resultado del cruce de razas. Evidentemente, la Naturaleza lo aprueba, y yo también. No deseo interferirme en los deseos de la Naturaleza.

—¿Y no opina de modo particular en este caso?

—Ciertamente, no.

Wolfe se sirvió más cerveza, vaciando la botella. La dejó sobre la mesa, mirándolos a todos.

—Reconozco que mucho de lo que hemos hablado ha sido una pérdida de tiempo. Espero que haya sido así, puesto

que a pesar de la convicción de la señorita Jordan, no puedo descartar la sospecha de que la llamada telefónica no procedía de la señorita Brooke. Me gusta esta idea. Posee muchos atractivos —sus ojos se posaron en mi camarera ayudante—. Señorita Kallman, dijo usted que la señorita Brooke tenía una reunión aquel día, a las cinco. ¿Sabe dónde?

—En la NYU, pero no sé en qué edificio o apartamento.

—¿Puede averiguarlo?

—Sí, con facilidad.

—¿Y los nombres de algunos de los asistentes?

—Ahora mismo puedo darle un

nombre. William Magnus. Tengo sus señas y número telefónico en la oficina. Éste podrá darle los demás nombres. Le vi la semana pasada. Mucha gente ha querido verme, desde que Susan...

—La reunión se celebró y la señorita Brooke asistió, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podría el señor Goodwin llamarla por la mañana y conseguir la dirección del señor Magnus?

—Llamaré yo al señor Goodwin. Nunca sé a qué hora estoy en la oficina.

—¿Lo hará?

—Sí, lo haré.

—He hablado con Magnus —dijo Oster—. Y la policía. No sacaré nada en

claro, Wolfe.

El aludido estaba bebiendo cerveza. Una velada plenamente cervecera, tres botellas en vez de la una, o dos, normales. Dejó el vaso y se enjugó los labios.

—Siempre hay la posibilidad de un indicio, y el señor Goodwin sabe aprovecharlos. No sé por qué, pero si la policía está satisfecha con la llamada como perteneciente a la señorita Brooke, yo no. Si hay algo que...

Le interrumpió el teléfono, y acudí.

—Aquí la residencia de...

—Saúl, Archie. He dado con una rodaja de tocino.

—Tal vez nos servirá. Tenemos con

nosotros compañía. Espera.

—Seguro.

Apreté un botón, rodeé las butacas, pasando sólo a ocho pulgadas de la espalda de la Tiger, fui a la cocina y cogí el aparato instalado sobre mi mesita de desayuno.

—Al habla Goodwin.

—Pues pareces el teniente Rowcliff.

—No lo soy. No tartamudeo. ¿Bien?

—Costó veinte pavos. Algunos empleados garajistas tienen sueños de grandeza. Los Brooke poseen dos coches, «Heron», un sedán y una rubia. El señor Brooke utiliza la rubia diariamente, de lunes a viernes, cuando va al laboratorio de Brooklyn. Aquel

lunes por la noche, el dos de marzo, volvió al garaje con el coche, alrededor de medianoche. La señora Brooke salió y se llevó el sedán aquella noche entre las siete y las ocho. Casi a las ocho menos cuarto. Lo devolvió una hora después, tal vez una hora y media.

—Saúl, te amo, precioso, excepto cuando jugamos al póquer. ¿Se lo contará a ella?

—No. Negaría incluso habérmelo dicho. Tuve que jurarle que no se mencionaría su nombre.

—De acuerdo. Bien, naturalmente tienes el color y la licencia del coche. ¿Cómo iba ataviada la dama?

—No se fijó.

Con Saúl no hay que hacer preguntas tontas, tales como si Dolly Brooke iba sola al ir y al volver.

—Está bien —dije—, quizá no sea una asesina, pero es una abominable embustera. Wolfe se está terminando la tercera botella de la reunión. Uno de los presentes es una chica rubia, a la que será mejor que no conozcas si no quieres quedar fascinado. No quiero ser brusco, pero he de volver allí. ¿Dónde estás?

—En una cabina. Sesenta y cuatro y Lexington.

—¿Dónde estarás?

—En mi cama. Es casi medianoche.

—Si no te llamo esta noche, lo haré

mañana. ¿Estarás?

Dijo que sí. Colgué el aparato y permanecí un minuto contemplándolo. Era la clase de cosa que más odia Wolfe, y a mí tampoco me gusta. Intentar hallar a alguien que hubiese visto aquella noche el coche aquel en Harlem era trabajo para un ejército. Enfrentarla con el hecho sin darle el nombre del informador, sería una pérdida de tiempo. Me levanté, pronunciando una palabra en voz alta que no es preciso transcribir, y fui al vestíbulo, hallando que la conferencia haría terminado. Dos de los asistentes se dirigían ya hacia la puerta, y los demás salían del despacho, salvo Paul Whipple, que estaba conversando

con Wolfe.

Acudí para ayudarles con los abrigos y los sombreros, y deliberadamente escogí a la solterona Jordan, dejando que otro sirviese a la señorita Tiger. No quería producirle la impresión de que me tenía cogido. Luego se presentó Paul Whipple, y tuve que ayudarle. Fue el último en marcharse.

Cuando volví al despacho, Wolfe tenía encendida la lamparilla y había abierto *El Ministro y la Corista*. Esto me agradó; me haría compañía mientras yo quitaba todo lo del servicio de bar. Marcharse a la cama, dejándome a mí todo el trabajo, habría sido por su parte

una falta de colaboración. Al entrar, me hizo una pregunta con la mirada. Asentí.

—Saúl. La señora Brooke olvida las cosas. El lunes por la noche, el dos de marzo, sobre las ocho menos cuarto, sacó su coche del garaje y regresó una hora más tarde. Saúl le entregó veinte pavos al empleado del garaje y le prometió no mencionar su nombre. Iba sola.

—¡Maldita sea! —gruñó Wolfe.

—Amén. Le he dicho a Saúl que le llamaremos esta noche, o mañana por la mañana. ¿Algunas instrucciones?

—Es hora de acostarse. Dile a Saúl que venga a las once. Si la señorita Kallman no ha llamado a las diez,

llámala tú.

—Bien. ¿Quiere ver a Magnus?

—No, lo harás tu.

Con esto me dio a entender que no le concedía excesiva importancia. Elevó el libro a la altura de sus ojos, y comencé a recoger las copas. La de Tiger seguía llena hasta sus dos tercios. ¡Lástima de ginebra Follansbee!

Capítulo IX

Un problema como la mentira de Dolly Brooke es un verdadero embrollo. Aunque consiguiésemos que el empleado del garaje se enfrentase con ella, la mujer podía afirmar que aquél estaba equivocado, que se trataba de otra noche, o que había ido a un asunto personal que prefería mantener callado; y si fue a la calle Ciento veintiocho, para matar a Susan Brooke, de nada nos serviría darle a entender que la habíamos pillado en una mentira, para

que viese lo listos que éramos. Tal vez les gustaría saber de qué manera Nero Wolfe suele manejar esta clase de problemas, pero no puedo explicarlo respecto a este caso particular, porque no hizo nada en absoluto. Fue la suerte quien lo hizo. La suerte que llamó al timbre de nuestro vetusto caserón el martes por la mañana, a las diez menos cinco...

Pero antes William Magnus. Rae Kallman telefoneó mientras yo estaba desayunando en la cocina, yendo por mi cuarta ración de menudencias «criollas», y mi tercer frito «criollo». Había descubierto que tenía el número de Magnus en una agenda, en su casa, y

le llamó antes de que saliese aquella mañana. Magnus debía pasar el día en la escuela y no estaría libre hasta las cuatro y media, por lo que no podíamos esperarle hasta las cinco, aproximadamente. Al volver a centrar mi atención en las menudencias y la fritanga, consideré el hecho de que la Kallman se mostraba excesivamente colaboradora; sólo había prometido suministrarnos las señas y el número de teléfono. A veces, no muy a menudo, pero sucede, un pequeño detalle así es importante. ¿Habría querido darle instrucciones? Y en tal caso, ¿por qué? Todavía lo estaba considerando cuando ya en el despacho comencé a abrir la

correspondencia matutina.

Cuando la suerte llamó a las 9.55 no supe que era la suerte, ni siquiera después de haber salido al vestíbulo y haberla observado a través de la mirilla. Peter Vaughn no era para mí más que el larguirucho sujeto que todavía quería hacernos creer que pensaba casarse con Susan Brooke, cuando ésta se hubiese cansado de su capricho. Como candidato para el marro, al menos cien a uno. Pero cuando abrí la puerta y le vi más de cerca, resultó obvio que algo le estaba consumiendo. Su huesuda faz estaba más afilada, y tuvo que esforzar la mandíbula para poder hablar, para decir que ya sabía que Wolfe no estaba visible a

aquella hora, pero que hablaría conmigo. Le llevé al despacho y coloqué una butaca frente a mi mesa. Sentose, apretó de nuevo las mandíbulas y empezó a restregarse los ojos, que tenía rojos y saltones, primero con las puntas de los dedos y luego con las palmas de las manos.

—Llevo cuatro noches sin dormir — me espetó.

Asentí.

—Se nota —habían pasado cuatro desde que vino a vernos con sus futuros cuñados. Si yo hubiese sido Nero Wolfe, le habría preguntado si había comido. Pero me limité a preguntarle:

—¿Quiere beber algo? ¿Café?

—No, gracias —intentó enfocarme con los ojos, pero estaba demasiado agotado. Prosiguió—: Conozco a un par de individuos que le conocen a usted, y por lo que dijeron prefiero verle a usted que a Wolfe. Me aseguraron que usted es duro, pero recto, y más humano que Wolfe.

—Al menos lo intento.

No pareció oírme. Se hallaba tan ensimismado que no podía oír nada.

—¡Me encuentro en un verdadero atolladero! —prosiguió—. Estoy en un brete. Lo primero que debo decirle es que no les debo nada a Kenneth ni a Dolly Brooke, ni ellos tampoco a mí. Los conocí por Susan, hace unos tres

años. No trabé amistad con ellos y sólo seguimos siendo simples conocidos, viéndonos de cuando en cuando, siempre por intermedio de Susan. Por eso no siento... Espere un momento. Esto es confidencial, por favor.

Moví la cabeza.

—No, si está relacionado con el asesinato. No debo dejar por embusteros a los que le han asegurado que soy recto. Pongámoslo así: nada de lo que me diga será revelado a menos que deba servir para atrapar al asesino. Todo lo demás será completamente confidencial. ¿Está claro?

—Sí —un músculo de su cuello palpitaba—. Supongo que... De acuerdo.

Admito que estoy pensando en mí. Le he mentado a la policía.

—Si yo tuviera un-centavo por cada vez que les he mentado, poseería un yate y navegaría por el Caribe. ¿Qué es lo que no siente?

—¿Cómo?

—Usted dijo: Por eso no siento..., y se calló. Explíquemelo.

—¿Eh? ¡Ah, sí! No siento que les deba ninguna lealtad. No les debo lealtad. Dije que estaba pensando en mí, pero lo malo es que tengo conciencia. Ésta es una palabra anticuada, y no soy religioso, pero no sé llamarlo de otro modo. Por esto no he podido conciliar el sueño. Lo que no puedo... Bueno,

¿recuerda cuando el viernes por la noche estuvimos aquí, que intenté conseguir que Wolfe nos dijese por qué creía que Dunbar es inocente, y no quiso hablar? Quiero que usted me lo diga. Confidencialmente. Sólo a mí.

La cosa comenzaba a ser prometedora. Lo que le estaba consumiendo podía ser algo útil para nosotros. Hice un esfuerzo.

—Si pudiera servir para ayudarle a dormir me gustaría poder decírselo. Pero si lo hiciese, la gente dejaría de llamarme recto. Dunber Whipple es el cliente de Nero Wolfe, y yo trabajo para éste. Pero fíjese. Usted leyó aquel artículo de la *Gazette*. Wolfe jamás ha

aceptado por cliente a un sospechoso de asesinato, si antes no ha estado convencido de que no era culpable. «Sabe» que es inocente. Y yo también. La única forma de demostrarlo es descubrir al culpable. Esto es todo lo que puedo decirle a usted a su conciencia.

Estaba intentando mirarme sin parpadear.

—No puedo resistirlo, ni lo intento —murmuró—. ¡Que condenen a un hombre por asesinato, por no haber tenido yo la valentía de...! —cerró los ojos y su cabeza se balanceó a ambos lados.

—Oiga, no nos andemos por las

ramas —le animé—. ¿En qué le mintió a la policía?

—Respecto adonde estuve. Aquella noche. También le mentí a Wolfe. No estuve en mi club en toda la noche. Me marché tan pronto terminé de cenar, y estuve fuera más de dos horas.

Entreabrí los labios para preguntar «¿a dónde fue?», pero la frase no llegó a salir. No sé lo que me detuvo. Nunca sé de dónde procede una corazonada; de saberlo, no sería corazonada. Tardé tres segundos en examinarla, me gustó y dije:

—Seguro. Fue usted a cuidar del hijo de los Brooke, mientras Dolly salía con su coche.

Dejó de parpadear y me miró

fijamente.

—¿Cómo es posible que...?

Le sonreí.

—¿No ha oído nunca hablar de un detective? Sabía que Dolly sacó el coche del garaje a las ocho menos cuarto y regresó al cabo de una hora, u hora y media. Dudo mucho que dejase solo a un niño de ocho años en el apartamento. Y viene usted, y proclama que no les debe lealtad, y que ha mentado a la policía y a Wolfe sobre su empleo del tiempo aquella noche. Y yo lo adivino —volví una palma hacia arriba—. Sencillo. Y ahora que los granos se han desparramado, cojamos la escoba. ¿Adonde se marchó con el

coche?

Seguía sin parpadear.

—Conque usted lo sabía. No había necesidad de que yo... ¡Soy un verdadero idiota! ¿Cómo lo descubrió?

—Información confidencial. Nosotros respetamos las confidencias, incluyendo las tuyas. ¿Dónde...?

—¿Lo sabían ustedes cuando estuvimos aquí el viernes?

—No. Anoche. ¿Adonde fue con el coche?

—No necesitaba haber venido —se levantó, no con facilidad—. Ya lo sabían —dio media vuelta para marcharse.

Llegué a tiempo para interponerme

entre él y la puerta.

—*Ahora* es un verdadero idiota —le espeté—. La cuestión es si prefiere decírmelo a mí o a la policía. Volvió a parpadear.

—Usted dijo que respetaba las confidencias.

—¡Narices! Ya sabe bien lo que dije. Preferiríamos no decirle nada a la policía, ni de usted ni de nadie más, hasta que podamos darles el nombre del asesino, pero no se irá usted hasta que conteste a mis preguntas o que haga venir aquí a un polizone y usted conteste a sus preguntas. Elija.

No se movió. Parpadeó, pero no para decidir si debía abalanzarse sobre

mí. Estaba considerando la situación, no a mí. Le dejé tiempo. Por fin, dio media vuelta, con piernas no muy seguras, regresó a la butaca y se sentó. De nuevo en mi asiento, le pregunté, no exigiéndole sino deseando saber:

—¿Adonde fue con el coche?

—Si le digo esto —repuso—, tendré que contárselo todo.

—Estupendo. Adelante.

Tardó un poco en decidir por dónde empezar.

—Ya sabe que iba a casarme con Susan.

—Esto es lo que usted dijo, sí.

—Es la verdad. Estábamos enterados de lo del apartamento. Lo

sabíamos todos: su madre, Kenneth, Dolly y yo. Sabíamos que se hallaba involucrada emocionalmente en el movimiento de derechos civiles. Su madre y Dolly pensaban que también se sentía atraída sentimentalmente por ese sujeto, Dunbar Whipple, pero yo no. Creía entender a Susan, y sigo creyéndolo. ¿No está de acuerdo conmigo?

No había por qué echar sal a la herida.

—Yo no cuento. No la conocí. Todo lo que quiero es saber quién la asesinó.

—Bueno, yo sí la conocía. Y la comprendía. Su madre y Dolly decían que debían intervenir, pero yo opinaba

que era mejor que las cosas se solucionasen por sí solas. Siempre hablaban del apartamento y la desgracia, el escándalo que Susan atraería sobre la familia. Luego, hace cosa de un mes, Dolly dijo que si yo no hacía algo, lo haría ella. No le dijo nada a Kenneth porque sabía que no lo aprobaría, pero me lo dijo a mí. Una noche que Kenneth estuviese en el laboratorio, vendría la madre a cuidar del chico, y ella se presentaría en el apartamento y vería qué pasaba. Por una parte no se lo aprobaba, por la otra sí, porque pensaba que no descubriría nada equívoco. ¿Comprende la situación?

Me limité a asentir. ¡Vaya situación

para un hombre ya mayorcito, con un cerebro que se supone en buen funcionamiento! No pensaba en el color, éste era un detalle sin importancia.

—De acuerdo —dijo—, así estaban las cosas. Y así es como fue. Aquella noche, el lunes por la noche, me llamaron por teléfono mientras estaba cenando en el club. Era Dolly. La madre no podía ir porque estaba enferma, y quería que yo me quedase con el niño. Supongo que debí negarme, pero... Bien, fui allá. Llegué algo después de las ocho. Ella se marchó inmediatamente y...

—Un momento. Nuestra información es que la señora Brooke sacó el coche del garaje aproximadamente a las ocho

menos cuarto.

—Entonces, están mal informados. Salió de la casa a las ocho y diez, y el garaje se halla a cuatro bloques de distancia. Dios mío, ¿piensa que no lo sé? ¡Sé todo lo que ocurrió! ¡He pensado en ello mil y mil veces!

—De acuerdo, lo sabe.

—¡Claro que lo sé! Concédale diez minutos para llegar a la calle Ciento Veintiocho, y...

—Tal vez no sean bastantes. Pongamos quince.

—No. Park Avenue arriba, todo seguido y doblar, sin tráfico que moleste a aquella hora. Ayer lo hice y cronometré el tiempo, repitiéndolo otra

vez. Nueve minutos ambas veces, sin apurarme. Conque llegó allá a las ocho y media, dejó el coche y entró en el edificio. Subió los dos tramos de escalera y estuvo ante la puerta del apartamento unos minutos, escuchando. Como no oyera nada, llamó a la puerta, aguardando por si contestaban, y repitió la llamada, sin que ocurriese nada. Le estoy diciendo lo que Dolly me contó. Luego descendió por la escalera, parándose al otro lado de la calle. Poco después llegó Dunbar Whipple, penetrando en la casa. Ella quería...

—¿Conocía a Dunbar?

—Le había visto. Susan la llevó un par de veces a las asambleas de la

ROCC. Quería volver a subir al apartamento, pero estaba asustada. Volvió al coche, aparcado en la esquina, y lo devolvió al garaje, regresando después a casa. Si le concedernos veinticinco minutos para todo esto, Whipple llegó al apartamento a las nueve y cinco. Era exactamente la media cuando Dolly penetraba en su casa.

—Y le contó lo ocurrido.

—¿Cuál fue su... eh... actitud?

—Estaba excitada. Creía haber probado algo, pero yo no. Pensé que estaba claro que Susan no se hallaba en el apartamento, puesto que Dolly llamó dos veces sin obtener respuesta. Una

chica que trabaja para la ROCC vive en el mismo edificio, y Susan nos había hablado de ella; Whipple pudo haber ido a visitarla. Discutimos al respecto, y luego volví en seguida al club.

Le miré. Daba verdadera pena.

—Dígame algo. Sólo por curiosidad. ¿Por qué estaba tan ansioso de saber la razón de que nosotros estábamos seguros que Whipple es inocente, cuando usted sabe condenadamente bien que lo es?

—No lo *sabía*.

—Claro que sí. Sólo hay dos alternativas. O Susan ya estaba muerta cuando llegó Dolly, puesto que no abrió la puerta, o contestó la llamada,

permitiendo que Dolly entrase, y ésta la mató. En cualquier caso, no estaba viva a las nueve y cinco. No me diga que no lo había pensado.

—Claro que sí. Pero no estaba seguro. A veces la gente no acude a abrir cuando oye llamar.

—¡Y un rábano! No me extraña que tenga la conciencia intranquila. Cree que Dolly la mató y que usted cuidó del niño mientras tanto.

—¡No he dicho eso, ni pienso decirlo! —volvió a parpadear. De haber sido alas sus pestañas, habría podido dar la vuelta al mundo. Preguntó—: ¿Qué hará usted ahora?

Consulté mi reloj: las diez, cuarenta

y tres minutos.

—Nada, durante diecisiete minutos. El señor Wolfe bajará del invernáculo a las once. Deseo advertirle que... Ah, una pregunta: ¿le ha dicho a la señora Brooke que pensaba contar lo sucedido?

—No. Habría sido... duro, y hubiese intentado disuadirme.

—¿No piensa decírselo?

—No.

—Bien. No lo haga. Le aconsejo que duerma. Ahora que ya ha tranquilizado su conciencia podrá dormir durante doce horas. Tenemos un cuarto de huéspedes con una buena cama. En su estado, podría atropellarle un coche al cruzar la calle.

Meneó la cabeza.

—Me marchó a casa. ¡Dios mío, qué bien suena «me marchó a casa»!

Se levantó y tuvo que apoyarse en la butaca para sostenerse.

—No quiero ver a Wolfe —añadió—. No podría verle ahora. ¿No puede usted decirme lo que van a hacer?

—No tengo idea. Wolfe es el cocinero, y yo sólo sirvo la mesa. En cuanto a haberle mentido a la policía, olvídalo. Ya se lo esperan. Si nadie les mintiese, hace mucho tiempo que la mayoría habría perdido su empleo —me levanté—. Si tiene que saber algo de ellos, antes tendrá noticias mías —le cogí del brazo—. Vamos. Procure llegar

a su casa de una pieza, si es posible.

El fulano se estaba tambaleando. Después de haberle entregado el abrigo y el sombrero, y haber abierto la puerta, le llevé hasta la acera, y me quedé contemplándole como se alejaba en dirección a la Décima Avenida, donde más pronto o más tarde hallaría un taxi que le llevase a su casa. Naturalmente, lo peor era la reacción después de haberse desprendido de aquella carga de diez toneladas.

Incluso después de haber llegado a la esquina seguí en la acera, a pleno vendaval, en tanto me preguntaba si no debía haberle retenido en casa para un interrogatorio más severo. Por ejemplo,

dando por seguro que Dolly fuese la asesina, ¿lo había planeado, o fue algo impulsivo? Podía haberle preguntado si Dolly era una buena imitadora, y si la había oído alguna vez imitando la voz de Susan, quizás hablando con él por teléfono. Wolfe lo habría hecho. Podía haberle preguntado lo que dijo Dolly al regresar a casa, sus palabras exactas. Si acababa de asesinar a Susan, machacándole el cráneo con una porra, era casi seguro que hubiese algún desliz con la lengua, y quizás más de uno. De repente, oí un bramido desde dentro:

—¿Qué estás haciendo ahí fuera?

—¡Tomando el fresco! —respondí.

Cerré la puerta y seguí a Wolfe al

despacho. Era inútil intentar decirle nada hasta que hubiese colocado un esqueje de *Phalaenopsis aphrodite* en el jarro, e inspeccionado el correo. Es una especie de compulsión. Sospecho que siempre espera hallar una carta de un cultivador de Honduras, u otro país, contándole que ha encontrado una orquídea azul marino, y se la envía a Wolfe por vía aérea, sin portes, para demostrarle su aprecio por esto o lo otro.

Pero tal carta tampoco llegó aquella mañana. Abrí la correspondencia. Pero Wolfe la puso aparte y me preguntó:

—¿Magnus?

—Vendrá esta tarde. La señorita

Kallman lo ha dispuesto así, cuando le ha telefonado esta mañana, lo que puede significar algo, o no. Pero hay otra cosa más interesante: sé dónde estuvo Dolly aquella noche con el coche.

—¿De veras?

—Sí, señor. Ha venido Peter Vaughn y hemos hablado cosa de una hora. Acaba de marcharse. No creo que lo necesite por escrito, conque se lo contaré.

Se lo referí todo. No palabra por palabra, pero traté todos los puntos esenciales. Después de las primeras frases, se recostó hacia atrás con la barbilla sobre el pecho y cerró los ojos,

como hace siempre que necesita sus orejas. Cuando terminé, explicándole que le dejé marchar porque soy humano, como Peter Vaughn dijera, conservó la postura otro minuto, y luego abrió los ojos.

—¡No eres más humano que yo! —gruñó—. Eres más susceptible, más sociable y más vulnerable.

—¡Palabras! ¿Debemos hacer algo al respecto?

—No. Ahora tenemos algo más urgente que hacer. ¿Es posible que el relato de Vaughn sea una trola?

—No. Ha sido muy franco.

—¿Es Dolly la asesina?

—Paso. No hago apuestas por un

motivo. Puedo entender a las mujeres mejor que Vaughn, supongo, pero paso, tal como están las cosas. El único motivo visible no está muy claro. Si deseaba prevenir el escándalo de su familia, ¿qué hay ahora con este escándalo? Paso.

Wolfe se irguió.

—Tanto si lo hizo como si no, podríamos hacer que soltaran a Whipple hoy mismo. Mañana, todo lo más tarde.

—Seguro, si la señora Brooke se aferra a la historia que le contó a Vaughn, y tiene que hacerlo, como le dije a éste, resulta claro que Susan no estaba viva, cuando llegó Whipple. ¿Llamamos a Cramer? No le prometí

nada a Vaughn.

Hizo una mueca.

—Esto no me gusta.

—De acuerdo. Usted dijo que la única manera de exculpar a Whipple era atrapar al asesino, y es posible que ella no lo sea. Hemos hallado la manera de liberarlo, pero es posible que no sirva de mucho. Dolly puede cambiar la declaración y afirmar que no entró en la casa, cosa que no podemos demostrar. Tampoco a mí me gusta.

—Dijiste que esa señora tenía que aferrarse a la historia que le contó a Vaughn.

—Soy más vulnerable que usted. Hablo demasiado de prisa. Tan pronto

como lo he dicho he comprendido que no era cierto.

—¡Maldición! —gruñó. Apretó los puños, apoyándolos sobre el borde de la mesa. Se contempló el izquierdo, no vio nada que le ayudase, luego el derecho, con igual resultado, y al final levantó la vista hacia mí—. ¿Cuándo puedes traerla aquí?

—Oh, dentro de treinta minutos o treinta horas: ¿Cuándo quiere que venga?

—No lo sé.

—Dígame cuándo. Naturalmente, tendré que rogárselo, y sólo poseo un medio de hacerlo. De paso, Dolly tendrá mucho tiempo para decidir la línea a

seguir.

Me hizo una mueca, y le contesté con otra igual, pero su cara le daba ventaja. Viendo que esto no nos llevaba a ninguna parte, se recostó hacia atrás y cerró los ojos, moviendo los labios. Los metía y luego los sacaba, adentro y afuera, adentro y afuera... Un hombre trabajando, o quizás un genio cavilando. Jamás le interrumpo cuando trabaja con los labios porque no puedo; está ausente. Puede durar desde medio segundo a media hora. Siempre lo cronometro, puesto que no tengo otra cosa que hacer. Esta vez fueron cuatro minutos. Abrió los ojos y preguntó:

—¿Puede venir Saúl a las dos?

—Sí. Le llamé antes de desayunar. Tenía un asunto para esta mañana, pero estará libre a mediodía y llamará.

—Dile que a las dos. Consígueme a Whipple padre.

Todo lo que pertenece a un asunto en marcha se guarda en un cajón cerrado, y tuve que usar la llave para conseguir el número de la extensión de la Universidad. Luego, tuve que esperar porque se hallaba en otra sala. Cuando le tuve al otro extremo del hilo, se puso Wolfe. Naturalmente, Whipple tenía preguntas por formular sobre la reunión de la noche anterior, y Wolfe le toleró como si fuese un cliente que iba a abonarnos una sustanciosa factura. Pero

no más. Le frenó, diciéndole que no le había llamado para informarle.

—Sólo doy informes cuando se hace algún progreso. Le he llamado porque preciso su ayuda. Necesito dos negros, y supongo que usted tendrá amigos negros. Ni demasiado jóvenes ni viejos, preferible entre los treinta y los cincuenta. No muy claros, mejor oscuros. No de aspecto elegante; esto es esencial. Más bien mal vestidos. Inteligencia media, o por debajo; no es necesario que sean hábiles ni diestros. Los necesito aquí, a las dos, o a las dos y media lo más tarde. No sé el tiempo que les necesitaré, pero opino que sólo dos horas, o menos. No se les pedirá

que hagan nada reprobable ni punible; no correrán ningún peligro. ¿Puede suministrármelos?

Silencio durante cinco segundos; luego:

—Supongo que es algo que tiene que ver con mi hijo.

—Ciertamente, puesto que le pido su ayuda. Puede redundar de ello algo que precipite los acontecimientos.

—¡Gracias a Dios!

—Bueno, ¿puede traerme a esos dos hombres?

—Sí. Será mejor que repita las instrucciones.

Wolfe obedeció, pero ya no escuché. Estaba demasiado preocupado

intentando descifrar qué significaba aquella charada de los dos negros, mal vestidos, de media edad y, además, por lo visto, Saúl Panzer.

Colgamos los respectivos receptores y Wolfe se volvió hacia mí.

—Tu agenda. Un papel con mi encabezamiento, pero no una carta. Un documento. Fecha de hoy. Dos copias. A doble espacio. «El abajo firmante certifica que alrededor de las ocho y veinte de la noche del lunes, dos de marzo, de 1964, saqué mi coche de...» (aquí el nombre del garaje y la dirección) «...y, coma, sola, coma, conduje hasta la, calle Ciento Veintiocho de Manhattan, ciudad de Nueva York.

Aparqué el auto, coma, anduve hasta la entrada del edificio... (pon las señas de la casa), entré, coma, y subí los dos tramos de escaleras hasta el tercer piso. Entonces...»

Capítulo X

Al menos la mitad de los conserjes de las casas de apartamentos de Nueva York o son duros de oído, o no les importa un comino. Sé como pronunciar mi nombre, claramente, pero me he oído anunciar como Godwin, Gooden, Gordon, Goodman, y otras variaciones; y con un recado de más de cinco palabras, ya no hay esperanza. Así, aquel martes por la tarde, cuando entré en el vestíbulo del palacio de dieciséis pisos de Park Avenue y crucé la

alfombra seudooriental, hasta hallar al conserje, estaba preparado a dominarle. Al enfrentarme con el hombre señalé enfáticamente mi boca, moví la cabeza y le entregué un pedazo de papel en el que había escrito a máquina:

«Por favor, dígame, a la señora Kenneth Brooke que el señor Goodwin quiere subir a verla, para comunicarle la respuesta a la pregunta que ella le formuló el pasado viernes por la noche al señor Wolfe.»

Me contempló suspicazmente y preguntó:

—¿Sordomudo?

Moví la cabeza.

—¿Puede oírme?

Asentí.

Releyó el mensaje y cruzando una portezuela, cogió un teléfono, volviendo a salir.

—Catorce A —me indicó y, cruzando otra vez la alfombra, me dirigí al ascensor. Había ahorrado tres minutos y mucha saliva.

Fui admitido al «Catorce A», con un vestíbulo mayor que mi dormitorio, por la dueña de la casa, la rubia de aspecto positivo. Como era decididamente una candidata, merecía toda mi curiosidad. Mientras disponía de mi abrigo y mi sombrero y la seguía hacia una salita en la que un piano de concierto no era más que una mancha en un rincón, intenté

descubrir en ella algún síntoma de criminalidad. Al cabo de tantos años los conozco bien, pero no vi nada parecido.

La mujer se dirigió hacia uno de los dos divanes dispuestos en ángulo recto a cada lado del hogar, y cuando se hubo sentado yo lo hice en una silla cercana. Me miró con sus ojos azules, como si un detective privado fuese una curiosidad, y dijo:

—¿Bien?

—Ha sido sólo una añagaza para subir y entrar.

—¿Una añagaza?

—Sí. Wolfe quiere verla. A usted no le impresionaría nada el motivo que Nero Wolfe tuvo para decidir que

Dunbar Whipple es inocente, porque se trata de una cosa estrictamente personal. Lo mismo sucede conmigo. Whipple estuvo en el despacho durante más de una hora el martes, hace ahora una semana, y por lo que dijo y la forma de decirlo, nos convencimos de que no había matado a Susan Brooke.

—¿Qué dijo?

—La verdad. Pero ahora poseemos un motivo mejor, tal vez no mejor en sí, pero diferente. Ahora lo sabemos. Puesto que usted estuvo un rato en la puerta, escuchando, sin oír nada, y llamó, sin obtener respuesta; volvió a escuchar y a llamar, y la puerta no se abrió; y puesto que salió del edificio,

quedándose vigilando la entrada, y no llegó Susan pero sí Whipple, es obvio que la joven no estaba viva ya cuando él entró. Sencillo, ¿verdad?

No se inmutó. Había entreabierto los labios, pero no frunció el ceño. Pero lo que dijo no era tan grato.

—¿Qué diablos está diciendo? ¿Está loco?

La gente siempre obra de rutina; cuando en el despacho de Wolfe le había preguntado a su marido si estaba loco, sonó mejor.

—No perdamos el tiempo, señora Brooke. Peter Vaughn no ha podido acallar su conciencia, y nos lo ha contado todo, de cabo a rabo. Y tenemos

también a los otros... a los que la vieron.

—¡Está usted loco! ¿Qué puede haberles dicho Peter Vaughn?

Moví la cabeza.

—Realmente, no obra bien. Lo que nos contó, sólo fue una corroboración. El conserje y el ascensorista la vieron ir y venir; usted salió y regresó; su hijo... pero, claro, no es necesario inmiscuirle en esto... También está el empleado del garaje. La parte de Peter es sólida. Es la otra parte la que Nero Wolfe desea discutir con usted. Seguiré hablando para darle tiempo a que medite. Quiere verla, ahora mismo, y he venido para escoltarla hasta casa. La otra vez quiso usted verle, para averiguar si él estaba

enterado de que había estado en el apartamento a la hora del crimen. Ahora, le toca a él, quiere verla a usted. Vámonos cuanto antes y concluyamos de una vez.

Mientras hablaba pensé que iba a mostrarse femenina conmigo, y así fue. Extendió el brazo, pero yo no estaba bastante cerca para que me tocara sin dejar el diván. La feminidad estaba en sus ojos, en su barbilla, que temblaba ligeramente, en todo su cuerpo, excepto en lo que dijo:

—Me niego a ir.

—Pura feminidad.

—Naturalmente.

—Así que vamos —esto fue

masculinidad. Me puse de pie.

—Usted dijo la otra parte. ¿Qué otra parte?

—No estoy seguro. Eso es lo que Nero Wolfe quiere preguntarle. Le aconsejo que venga y lo averigüe.

—Yo no... Iré... más tarde —se levantó del diván, dio un paso y me cogió del brazo—: ¿Más tarde?

—Ya es más tarde. Whipple lleva cuatro días entre los polizontes, y es inocente y usted lo sabe —la cogí del brazo y se lo retorcí, de forma masculina pero no ruda. Dijo que tenía que decirle algo a la doncella y se encaminó hacia la puerta del fondo. Pensé que se olvidaría de volver, pero no fue así.

Cuando lo hizo, vi que estaba dispuesta a cooperar. Permitted que le sostuviese el abrigo de visón plateado, y que abriese y cerrase la puerta. Ya en el vestíbulo, cuando el conserje nos abrió la puerta, le dije claramente—: Puede guardarse el papelito como recuerdo —y por poco se desmaya. En el taxi, ella no despegó los labios; mantuvo la cabeza vuelta, mirando por la ventanilla. Indudablemente estaba haciendo lo que yo le había dicho a Wolfe: decidir cuál era la línea de conducta a seguir.

La charada dio comienzo cuando penetramos en el vestíbulo del viejo caserón. La puerta de la izquierda, que da a la habitación del frente, estaba

entreabierta, por lo que supe que no había nadie en el despacho, y Saúl supo que habíamos llegado. Todo el piso es a prueba de ruidos, y también las puertas. La mujer prefirió conservar el visón puesto, conque la conduje al despacho, la instalé en el sillón rojo, le dije que debía esperar unos instantes, salí cerrando la puerta, y me dirigí a la alcoba, al extremo del vestíbulo. Wolfe estaba allí mirando por la abertura de la pared. Me miró y asentí. Si hubiera habido algún cambio importante en el argumento, bien por su parte o por la mía, nos hubiéramos ido a la cocina a discutirlo.

Miré mi reloj: las tres y dieciocho.

La espera iba a ser de diez minutos, desde el momento en que habíamos entrado en la casa, exactamente al cuarto. Esperamos. A las tres y veinticuatro, dirigimos los dos la vista al agujero... y estuvimos a punto de chocar. Por vigésima vez me dije que debíamos ensanchar el agujero.

Fue una representación perfecta. Los tres, incluyendo a Saúl, habían llegado antes de las dos, y yo estuve presente en las instrucciones, pero no en el ensayo. Sencillamente perfecto. A las tres y veinticinco, la puerta de comunicación de la salita de delante se abrió y entraron los tres, Saúl en cabeza, y naturalmente, Dolly volvió la suya para

mirarles. No puedo acusar a Saúl por no tener un aspecto siniestro, con su gruesa nariz, sus orejas caídas y su prominente frente. El primer negro era un mozo corpulento, tan negro como Cass Faison, con un suéter azul y pantalones grises que no habían sido planchados desde Navidad. El segundo era pequeño y enjuto, no tan negro, con un traje castaño a rayas amarillas, camisa blanca y corbata colorada. Aseados, limpios, pero no elegantes.

Saúl se detuvo junto a la mesa de Wolfe, y los tres quedaron alineados, de cara a Dolly Brooke, que seguía en el sillón rojo, a unos tres metros de distancia. Durante treinta segundos

estuvieron allí, sin moverse, contemplándola. Ella les devolvió la mirada. En un momento dado le tembló la barbilla, y pensé que iba a hablar, pero no lo hizo. Por supuesto, Saúl estaba contando los segundos. Nos habíamos puesto de acuerdo en el segundo exacto, y cuando cuenta jamás se equivoca en más de un segundo por minuto. Miró a los otros dos, y ambos asintieron. Asintió, a su vez, y todos desfilaron, no hacia la puerta del saloncito de donde habían venido, sino hacia el vestíbulo, cerrando la puerta tras ellos.

Tapé la mirilla de la pared, y Wolfe y yo nos dirigimos a la cocina. Cuando

la puerta se hubo cerrado, gruñó y dijo:

—Satisfactorio.

—Despreciable —dije— y malévolo. No sé por qué no se ha puesto a chillar, a romper algo o a dar saltos. Creí que comprendía a las mujeres.

—¡Hum...! ¿Necesitas hacer un reportaje?

—No. Seguí sus instrucciones y ella reaccionó más o menos como era de esperar. Lo que necesito después de esto es un trago, y me quedan seis o siete minutos —fui a una alacena en busca de una botella de «Big Sandy», cogí un vaso de un estante, y sirviéndome una generosa ración tomé un sorbo. Fritz, que se hallaba frente al fregadero

lavando unos berros, me dijo:

—Hay leche en la nevera.

—No, cuando acabo de contemplar a tres hombres asustando a una pobre mujer —bebí otro sorbo.

—No es pobre y puede ser un asesino.

—Asesina —le corregí—. No puedes decir mirla refiriéndote a un mirlo hembra, ni murciélaga, o esquimala, pero en cambio puedes decir asesina —tomé otro traguito.

—¿Por qué? —inquirió.

—Porque se mosquean. Es otro derecho civil, el mosquearse de las cosas. Yo me mosqueo cuando me llaman ojo privado, u ojo de halcón,

conque no se te ocurra hacerlo — consulté mi reloj, bebí el último sorbo, dejé el vaso sobre la mesita y le dije a Wolfe—: Es la hora, a menos que quiera alargarla.

—No —salió de la cocina y le seguí. Saúl estaba en el vestíbulo. Después de acompañar a los otros dos hasta la calle, se había plantado ante la puerta por si la joven decidía largarse —. Wolfe le dirigió un signo de asentimiento y abrió la puerta del despacho.

Dolly Brooke giró la cabeza, se puso en pie de un salto y preguntó:

—¿Quiénes eran esos hombres?

Wolfe dio la vuelta para llegar a su

mesa, se sentó y la contempló largamente.

—¿Quiere sentarse, por favor, señora?

—¡Trucos! —exclamó—. ¡Trucos! ¿Quiénes eran?

—Si se queda de pie me fastidia, señora. Siéntese, por favor. Entonces podré hacerlo yo.

La lógica era contundente. Se sentó en el borde del sillón.

—¿Quiénes eran?

—Puedo nombrarles luego, o no nombrarles. En realidad, la estaban identificando como a alguien que ya habían visto antes.

—¿Dónde?

—Déjeme terminar. El señor Goodwin le ha hablado a usted de la información suministrada por el señor Vaughn respecto a los movimientos de usted el lunes por la noche. Como prueba de la inocencia del señor Whipple esta información es valiosísima, pero tenía un fallo. Usted podía alegar que lo dicho por el señor Vaughn era una invención, que usted no había penetrado en el edificio y que ni siquiera estuvo allí. Por lo tanto, era necesario establecer el hecho de que usted entró en la casa y aproximadamente la hora en que entró y salió. Esto es lo que acabamos de hacer. El individuo blanco es Saúl Panzer, que

no tiene rival como investigador. Los negros eran unos honrados ciudadanos que habitan en Harlem. Por el momento, me reservo sus nombres; podrá saberlos más adelante, en un tribunal, si es que llega el caso.

—¿Es usted...! —dejó la frase a medio terminar. Cambió de idea—. ¿Quiere decir que me vieron?

Nero Wolfe giró las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Puedo decírselo más claro, señora?

Seguro que podía. Yo habría dicho que sí. Prefiero una mentira directa a una con curvas, pero admito que es cuestión de gusto personal. No es que le

gusten los líos, es que tiene afán de fantasear.

Dolly me miró, pero no leyendo nada en mi mirada, volvió los ojos hacia Wolfe.

—Peter Vaughn —dijo—. Le debo esto —una pausa—. Y mi esposo... —otra pausa—. ¿Lo sabe la policía?

—Aún no. —Wolfe abrió un cajón y sacó un documento—. Supongo que tendrán que saberlo, pero eventualmente podría ser que no. ¿Archie?

Me levanté, cogí el documento y se lo entregué a la señora Brooke, quedándome de pie, puesto que no iba a tardar en necesitar una pluma.

—Léalo —le rogó Wolfe—. Lo he

hecho lo más breve posible.

Era una lectora muy lenta. Pensé que no terminaría la primera página, y todavía se demoró más en la segunda. Por fin irguió la cabeza.

—Si piensa que firmaré esto está loco.

—¿Ni siquiera quiere reflexionar?

—No.

—Llama a Cramer, Archie.

—¿Quién es ese Cramer?

—Un inspector de policía.

Yo estaba en mi mesa, marcando en el numerador.

—¡No lo haga! —vociferó la señora Brooke. Podría usar una palabra más fina, pero una vociferación es una

vociferación. Seguí marcando, por lo que me asió del brazo y me lo retorció. Luego se volvió hacia Wolfe, dándome la espalda. Seguramente le llameaban los ojos.

—No admito excusas —le espetó Wolfe—. Firmará esta declaración, o se quedará aquí hasta que llegue el inspector Cramer —volvió la cabeza y tronó—: ¡Saúl!

Se abrió la puerta y apareció el detective.

—Esta mujer le ha impedido a Archie que telefonease. No permitas que vuelva a hacerlo.

Tres hombres y una pobre mujer. Saúl avanzó, y yo volví a levantar otra

vez el receptor, que había depositado en la horquilla.

—¡No! —gritó ella. Me tocó el brazo—. Por favor, no. Firmaré.

El documento estaba en el suelo, donde había caído cuando ella se levantó del sillón, se sentó y le di una pluma. La mesita que tenía al lado servía preferentemente para firmar cheques, pero también podía servir para firmar documentos incriminatorios.

—Las tres copias —le ordenó Wolfe; cogí dos hojas de papel carbón y se las entregué a ella. A medida que fue firmando las copias, las examiné, comprobando la firma de cada una. Escribía oblicuamente hacia arriba, lo

que tengo entendido que significa algo, aunque he olvidado qué. Fui a mi mesa y las dejé en un cajón, que me apresuré a cerrar.

Saúl se había sentado ya en una butaca junto a la biblioteca.

—Mi esposo no debe saberlo —había un ruego en la voz de Dolly Brooke—. Ni la policía.

—Es difícil —confesole Wolfe—. Con esta declaración puedo conseguir la libertad del señor Whipple, aunque para exculparlo completamente debo atrapar al asesino. La declaración sería mucho más valiosa si afirmase que cuando usted llamó a la puerta, la señorita Brooke la dejó pasar, y usted la mató.

—¿Está usted loco? —casi no podía hablar.

—No. ¿La mató usted?

—¡No!

—Así lo deseo. Si lo hizo, todo el tiempo que guarde este documento estaré reteniendo evidencia vital; pero por el momento, prefiero retenerlo. Dice usted que la policía no debe enterarse. Por el contrario, ¿probablemente lo sabrá, antes o después. Pero me gustaría posponerlo hasta que pueda señalar al asesino, y es posible que entonces sus movimientos de aquella noche no traigan consecuencias.

—¿No se lo dirá?

—No inmediatamente. Ahora existe

una cuestión muy interesante. Quiero que se concentre con todos sus poderes de observación y memoria. Si usted no mató a Susan Brooke, la persona que lo hizo abandonó el apartamento y el edificio pocos minutos, tal vez segundos, antes de la llegada de usted. Posiblemente, mientras usted llegaba. Puede haberse hallado en el tercer rellano, y al oír que usted subía las escaleras, retirarse al piso de encima, quedarse allí hasta que usted se marchó, y salir de la casa poco después. O, más atrevido y estúpido, puede haber pasado por su lado, descendiendo cuando usted subía. Indague en su memoria. ¿A quién vio usted, mientras estaba en la casa,

cuando la dejó, o cuando se quedó frente al portal?

—No vi a nadie.

—¿A nadie en absoluto?

—Sí. Nadie entró ni salió del edificio.

Wolfe giró la cabeza hacia mí.

—¿Qué hay de eso, Archie?

—Posible —concedí—. Dando por supuesto que ella no entrase en el apartamento, que sólo estuviese en el rellano, su estancia allí fue solo de unos veinte minutos. Era entre las ocho y media y las nueve, cuando la gente se dispone a pasar la velada, bien en el cine, en casa o en alguna otra parte. Es muy posible.

—¡Hum...! —había mirado el péndulo un par de veces, y ahora volvió a hacerlo. Faltaban dos minutos para las cuatro. Empujó su sillón hacia atrás, se levantó y miró a Dolly Brooke—. Está usted en un brete, señora. Si la mató, está lista. Si no, su posibilidad de escapar a un conflicto penoso y difícil sólo depende de mi competencia, mi intuición y mi habilidad —se encaminó hacia la puerta, pero antes de llegar se volvió, agregando—: Y de las del señor Goodwin —volvió a dar media vuelta y salió. Poco después oímos el ruido del ascensor.

Dolly me estaba mirando, y juzgué que intentaba mostrarse femenina de

nuevo. Abrió la boca... y la cerró.

—Así que usted es el señor Goodman

3 —exclamó al fin.

—¿Está loca?

Me contempló con fijeza.

—Oiga —añadí—, si lo mejor que sabe hacer es pronunciar mi nombre y equivocarse, quizás no esté loca pero sí majareta. Lo único que le quedaba por hacer era firmar y apartarse a un lado —me levanté—. Puesto que la traje hasta aquí, debería acompañarla a su casa, pero espero una visita. Le buscaré un

taxi.

Me dirigí a la puerta y la mujer se levantó y me siguió. Cuando pasé por delante de Saúl me guiñó un ojo. Tiene esa mala costumbre.

Capítulo XI

Como cada hijo de vecino, hago con frecuencia presunciones sobre bases insuficientes. Todo lo que sabía sobre William Magnus era lo que Rae Kallman me contó que era estudiante de la Facultad de Derecho de la NYU

4 en la Washington Square, y que le había preparado a Susan Brooke una reunión para perorar sobre los derechos civiles y la ROCC. Por lo tanto creía saber cómo era: serio, formal, honrado y, naturalmente, aplicado;

probablemente mal nutrido, pero con el sagrado fuego de la libertad en sus pupilas; con suéter y pantalones sin planchar o, si conocía la importancia de un aspecto intachable, una camisa blanca casi impecable, corbata gris y traje pardo, un poco deslucido pero immaculado. Tal vez debería decir que no estaba muy seguro respecto a la camisa blanca, excepto cuando una velada requiere un smoking.

Por lo tanto, cuando sonó el timbre unos minutos antes de las cinco, me dirigí al vestíbulo y vi a un fulano elegantemente embutido en un flamante

abrigo de pelo de camello de doscientos pavos, pensé al punto que no podía ser Magnus. Pero lo era. Abrí la puerta. Su apretón de manos fue firme y amistoso, pero no enérgico. Su voz era profunda y amistosa, pero no afectuosa. Cuando me volví después de colgar su abrigo, divisé la parte de una camisa azul y amarilla hecha a medida, que me permitió ver un chaleco de *twed* con dos botones. Al entrar en el despacho se dirigió directamente al sillón de cuero rojo, como si le perteneciese por derecho propio. Esto complicó la situación porque mi mesa se halla a más de tres metros de distancia, por lo que me senté en el sillón de Wolfe,

demasiado grande para mí.

—No es el suyo, ¿verdad? —me preguntó, sonriendo.

Le devolví la sonrisa.

—Allí donde estoy, allí está lo mío.

Frunció el ceño.

—¿Quién ha dicho esta frase?

—Yo.

—No. Usted la ha leído en alguna parte.

—No. Usted me dio pie y compuse la sentencia.

—De acuerdo, usted gana —sonrió de nuevo—. ¿Qué más?

—Poca cosa. ¿Hizo Susan Brooke una llamada telefónica a las cinco y cuarto del lunes, dos de marzo?

Se recostó hacia atrás y cruzó las piernas. Sus calcetines castaño oscuro y listas más claras del mismo color, le habrían costado, o no conocía al tipo, cuatro buenos pavos.

—Lo malo es —dijo—, que cuando me hacen preguntas siento un deseo irresistible de dar respuestas tortuosas. Probablemente es neurosis. Será mejor que se lo cuente. El «poli» ya lo intentó, y lo mismo el abogado, ¿cuál es su nombre?, espere... Oster, esto es, y el ayudante del fiscal, todos han insistido en formularme preguntas, y temo que les he dejado algo confusos. No quiero confundirle también a usted. Bien, quisiera que me explicase quién dijo

«allí donde estoy, allí está lo mío». O
quién lo escribió.

—¡Maldición! Lo he dicho yo. Y ni
que me mataran podría recordar quién lo
dijo, ni cuándo o dónde. Hábleme de
Susan y de la llamada telefónica.

—Seguro. Esto me gusta. La oficina
de Nero Wolfe... —tendió la vista a su
alrededor—. Aquél es el globo del
mundo mayor que he visto en mi vida.
Bonita alfombra. Libros y más libros.
Probablemente me enseñarían más que
en un año de Universidad. Me encantaría
poder husmear por todas esas hileras de
volúmenes. Bien, supongo que es porque
me gusta tanto la política. Quiero ser
gobernador del Estado de Nueva York

—había descruzado las piernas, y volvió a cruzarlas—. Pero usted se halla interesado en Susan Brooke.

—Ésta fue la idea.

—¿La conoció?

—No. Nos vimos una sola vez. Cinco días antes de que muriese.

—Yo hacía ya un año que la conocía. Era una damisela muy agradable, encantadora, pero quiero esperar hasta los treinta para casarme. Fue ella quien me metió en lo de los derechos civiles. Quise ayudarla, y además, si se está en la política se está en los derechos civiles, te guste o no. Dispuse la reunión para ella aquel día. Bien voy a contárselo todo.

Descruzó las piernas y mudó completamente la expresión de su rostro. Estaba reflexionando.

—Era una sala al otro lado del pasillo en el que se halla un despacho utilizado por los miembros de la Facultad. Hay un teléfono en el despacho, la extensión siete-nueve-tres, y conseguí que a partir de las cuatro y media lo pusieran a mi disposición, abonando el importe de las llamadas que se efectuasen. Se realizaron doce llamadas locales en aquel teléfono entre las cuatro treinta y las seis y media, y yo hice tres de ellas. Dos a la ROCC, aunque ninguna fue hecha alrededor de las cinco y cuarto. No se guarda ningún

registro de los números de las llamadas que se efectúan, ni de las horas exactas. ¿Entendido?

—Respuesta tortuosa. Sí.

—Esperaba a unas cuarenta personas, y a las cinco en punto estaban todas presentes, estudiantes y algunos miembros de la Facultad. Sólo había unos cuantos sentados. Es una sala amplia, y casi todos formaron grupos. No convoqué la asamblea hasta que llegó Susana, algo tarde. No sé exactamente la hora a que llegó, y por lo visto nadie lo recuerda. Yo estaba cerca de un ventanal, charlando con cuatro o cinco compañeros, y ella entró y dijo: «Aquí estoy, tarde, como de costumbre.»

Miré mi reloj. Eran las cinco y veinte. Esto en mi reloj. Según mis conocimientos, es posible que utilizase el teléfono al otro lado del pasillo, ¿pero lo hizo? No lo sé. Lo he estado indagando, y no he hallado a nadie que lo sepa. Pregunte.

Cambié de táctica.

—Ni lo soñaría formularle otra pregunta. De hacerlo, no sería relacionada con la llamada por teléfono; usted ya ha dicho todo cuanto sabe a este respecto. Más bien sería sobre la duración de la reunión, el momento en que se marchó Susan, y cosas por el estilo. Sonrió.

—Ya veo que sabe cómo tratarme.

Si se dedicase a la política, usted sería senador y yo gobernador. La asamblea duró hasta las seis y media, pero unos cuantos nos quedamos aún por allí. Susan y yo nos fuimos a las seis cuarenta. Mi coche se hallaba en un garaje cercano, y la llevé a su casa. Al decir su casa, me refiero a la dirección de Park Avenue donde vivía con su madre. No sabía nada del apartamento de Harlem. Claro está, ahora sí. Todo el mundo lo sabe. Para terminar, llegamos allá algo después de las siete, digamos unos diez minutos. Ésta fue la última vez que la vi con vida, y sin ella. Bien, ¿por qué decidió Nero Wolfe que Whipple no la mató?

Sonreí.

—Usted es una tentación a ello.

—Seguro. Oigámoslo.

—Porque sabe que *usted* lo hizo.

Movió la cabeza.

—No es buena respuesta. Busque otra. ¿Cuál sería mi motivo?

—Usted creyó que ella estaba encinta, gracias a usted, y que ello acarrearía un grave trastorno a su futura carrera política.

—Esto suena un poco mejor. ¿Por qué no lo habré visto antes? Mi estupendo físico, mi innata elegancia... ¿por qué no tenía que fijarse en mí, al compararme con los de Harlem?

—Corcho quemado.

Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—¡Maravilloso! Tiene razón. Usted será el gobernador y yo el senador. ¿Piensa Nero Wolfe saber quién la mató?

Wolfe no bajaría del invernáculo hasta transcurrida una hora, así que le permití quedarse y divertirse un rato más. Ahora también era uno de los candidatos, aunque el último de la lista, puesto que había llamado a Susan una «damisela muy agradable y encantadora», implicando que podía haberse casado con ella de no haber tenido otras ideas. Puesto que estaba decidido a dedicarse al juego más brutal

de todos los de la tierra, la política, nada estaba más allá ni por debajo de él, incluso el machacarle el cráneo a una damisela encantadora, si hubiese tenido un buen motivo para hacerlo.

Cuando se fue me dediqué a la máquina de escribir. Wolfe le había dicho a Dolly Brooke que tal vez la policía no llegara a enterarse jamás de su ida a Harlem, pero a mí me parecía que eso era muy improbable, y que no haría daño poseer un memorándum, redactado mientras estaba todo fresco en mi memoria, de lo que se había dicho, tanto en el apartamento como en el despacho de Wolfe. Si la retención de pruebas iba a constituir un delito,

tampoco yo iba a salir muy bien librado. En la Bastilla tendría tiempo más que sobrado para escribir mis memorias, y unas notas pasadas de contrabando me ayudarían mucho. Estaba ya bastante adelantado a las seis cuando entró Wolfe. Se dirigió a su mesa y tomó asiento. Luego, viendo que no cogía su libro, me di vuelta en mi silla y me quedé mirándole.

—¿El señor Magnus? —me preguntó.

—¡Lástima que se haya usted perdido la sesión! —exclamé—. No sé qué tal quedaría yendo de trapillo, pero tal como iba vestido representaba el valor de uno de los grandes. Es alto,

brillante y muy charlatán, pero sabe informar casi tan bien como yo. Vea si no.

Le conté la entrevista, omitiendo lo que fue pura charla, salvo las preguntas a las que había contestado con preguntas tortuosas. Durante mi relato el ceño de Wolfe se profundizó más aún.

—Así —finalicé—, en una semana de interrogatorios podría usted averiguar que ella hizo la llamada telefónica, pero seguramente jamás podrá probar que no la hizo. Oster tuvo razón cuando afirmó que usted no llegaría a nada concluyente en este caso. Podría ser que Magnus se hallase en el despacho del otro lado del pasillo

cuando la muchacha llegó, la oyese efectuar la llamada y supiese, por tanto, que Whipple no llegaría al apartamento hasta las nueve, y acabada la reunión acompañase a Susan hasta allí y la matase, pero lo dudo. No es tonto. Pero sería conveniente averiguar en qué lugar del edificio se hallaba a las cinco y cuarto.

—Susan Brooke no hizo la llamada.

—Sí, lo sé. Usted posee dos métodos para decidir las cosas. Uno, basándose en la fuerza de la evidencia y la deducción. Y el otro, en la fuerza del genio, y al diablo la deducción. Lo que en este caso significa al diablo Maud Jordan.

—Está comprometida. Ha firmado una declaración. No quiere volverse atrás.

—Seguro. Ha firmado y no quiere desdecirse.

—Sería conveniente saber si la señora Brooke ha demostrado poseer talento como imitadora. El señor Vaughn pudo habértelo dicho esta mañana.

—Ya sabía que esto saldría a relucir antes o después. Apenas podía andar o pensar con claridad. Se marchó directamente a la cama. ¿Es urgente?

—No —estrechó los ojos para mirarme—. Supongo que estás enterado de la situación.

—Lo estoy. Primero, si Dolly

Brooke la mató, tenemos que probarlo en seguida o entregar el documento firmado por ella a Cramer. Ese documento es puro veneno. Pero es muy difícil que podamos probarlo. Podemos demostrar que estuvo delante de la puerta del apartamento, pero no en el interior a menos que tengamos un motivo justificable. ¿Hemos de dedicar a Saúl, Fred y Orrie a esto durante un mes o así?

—No —hizo una mueca.

—Segundo, Beth Tiger, y de ésta he de ocuparme personalmente. Tengo una idea, según lo que usted ha dicho estas dos semanas, de lo que piensa respecto a un negro que se case con una blanca.

No le gusta. ¿Pero qué me dice de un blanco casándose con una negra?

—¡Hum...!

—Sí, puede ser una sorpresa para usted. Quizá sólo sea una ilusión mía, pero mientras estaba desayunándome esta mañana me puse a cavilar si sabrá hacer frituras criollas, y ya sabe lo que esto significa, aunque tal vez no. Durante cierto tiempo mi dormitorio bastaría para los dos, hasta que comenzasen a llegar los pequeñuelos, de los cuales, naturalmente, no puedo garantizar el color. En cuanto a la situación profesional, también vive en la casa y tenía un motivo mucho mejor que la señora Brooke: quería casarse con

Dunbar Whipple.

—Seguramente.

—No seguramente, con certeza. Esto será un problema para mí, pero ya lo arreglaré. Profesionalmente, el problema es lograr situarla un piso más abajo, dentro del apartamento y que encaje con la situación. ¿Alguna sugerencia?

—No.

—Ni yo. Si ni la señora Brooke ni la Tiger lo hicieron pudo haberlo hecho alguien más que viva en el edificio. Saúl, Fred y Orrie podrían investigar entre todos los inquilinos, y si todos se justifican entonces sabremos con seguridad que alguien penetró en la casa

a las ocho, o poco después, y se marchó antes de la llegada de Dolly Brooke. Seguramente, alguien de la vecindad debió ver a ese individuo desconocido. Saúl, Fred y Orrie verían obstaculizada su labor por el asunto del color, por lo que sería mucho mejor que pusiésemos al trabajo a tres o cuatro detectives negros. Hay bastantes. ¿De acuerdo?

—No.

—Está bien. Éste ha sido el tercer punto. Cuarto, hacer que Saúl, Fred y Orrie comprueben las coartadas del personal de la ROCC. No de los que estaban en las oficinas, sino de los treinta y cuatro empleados. Algunos pueden haberse indignado como Ewing

ante la idea de que Dunbar se casase con una chica blanca. Algunos pudieron enterarse de la llamada telefónica. Una de las mujeres pudo ser capaz de imitar la voz de Susan, después de haber salido de la ROCC a las cinco. Pero lo más importante es comprobar todas las coartadas. Se necesitarían de tres a cuatro semanas. ¿No le gusta esta idea?

—No.

—Muy bien. Usted creyó que yo estaba enterado de la situación y se lo he querido demostrar. No hay nada que usted ni yo ni tampoco Fred, Orrie o Saúl podamos hacer.

—Tienes razón —concedió. Y encendió la lámpara de lectura, cogió el

libro que estaba empezando, *La Ciencia, el Glorioso Entretenimiento*, de Jacques Barzun, y se enfrascó en su lectura.

Le miré centelleante. Acababa de convertirme en un mono. Una de mis principales funciones, quizá la más importante, es dar un repaso a la situación cuando no ve claro en un asunto, y ahora me había amordazado. Mi intención, por supuesto, era darle ocasión a que sugiriese un movimiento, a que pudiese demostrar que es mucho más listo que yo, y lo sabía.

—¡Váyase al diablo! —exclamé, y volví a enfrentarme con mi máquina, aporreándola fuertemente.

A la hora de cenar comenzó a discutir sobre el automatismo. Siempre ha sido un furibundo antimaquinista, y respecto al automatismo su postura es la de que pronto convertiría la existencia en un absurdo. Ya de por sí es bastante mala; en un día frío y ventoso de marzo, Nero Wolfe estaba cenando confortado cómodamente por un grato calor, y no tenía ninguna relación personal con la producción de dicho calor. El cheque con que pagaba el gasto de la electricidad sí estaba relacionado con el calor, pero no él en persona. Pronto, con el automatismo, nadie estaría relacionado con los procesos y fenómenos que hacen posible la vida.

Todos seríamos parásitos, no viviendo sobre otros organismos vivos, sino sobre las máquinas, llegando así a la última de las ignominias. Intenté interponer algunos argumentos, pero Nero posee más facilidad de palabra que yo. Todavía, estábamos en ello cuando nos levantamos para ir a tomar el café al despacho. Estábamos en el vestíbulo cuando sonó el timbre.

Era Paul Whipple. Wolfe, mirándole a través del cristal de la puerta que permite ver en una sola dirección, soltó un bufido, pues todavía no había terminado con el tema del automatismo. Pero se trataba del cliente y además, puesto que ignoraba lo que podría

hacerse con el caso, lo mejor era enterarse de las noticias que proporcionase Whipple.

No. Al contrario. Sólo deseaba formular una pregunta. Cortésmente, esperó a que Fritz hubiese servido el café, que Wolfe y yo lo hubiésemos tomado y que él hubiese bebido un par de sorbos. El vapor de la taza empañó los cristales de sus gafas, y sacó un pañuelo para limpiarlos.

—Mis dos amigos me contaron lo que ocurrió —comenzó—. Creo que usted no les ordenó callarse.

Wolfe estaba intentando aparentar que no le molestaba tener compañía, sin conseguirlo.

—Les dije que podían contárselo a usted, pero a nadie más.

—No hablarán. Usted dijo también que de su actuación podía derivarse algo prometedor. ¿Ha sido así?

—Sí y no —Wolfe dejó la taza sobre la mesa y respiró hondamente—. Señor Whipple, intentaba guardármelo para mí, y de haber usted telefoneado, lo hubiera hecho. Pero como se ha molestado viniendo a verme, tiene derecho a una respuesta. Su hijo puede salir mañana mismo. Quizá con fianza, quizás en libertad.

Las gafas cayeron al suelo, pero afortunadamente la alfombra es muy mullida.

—¡Dios mío! —exclamó Paul—. ¡Lo sabía! ¡Estaba seguro que usted lo lograría!

—No he hecho gran cosa. No le daré los detalles, sólo le diré que poseo información según la cual Susan Brooke estaba ya muerta cuando su hijo llegó al apartamento. Es lo bastante auténtica como para convencer a la policía de lo inadecuado que ahora resulta retener por más tiempo a su hijo acusándole de asesinato. Pero con todo, aún no tengo el nombre del criminal, ni el menor indicio.

Whipple miraba ante sí, concentrado. Sin las gafas parecía más viejo.

—Pero... Si estaba muerta cuando mi hijo llegó...

—Sí. La información que poseo así lo demuestra. Por tanto, puedo lograr que lo suelten, probablemente bajo fianza como testigo material. Pero entonces la policía se irritará. Sospecharán de usted, de su esposa, de todos cuantos se hallan relacionados con la Comisión de Derechos Ciudadanos. Sospecharán de su hijo, no de que haya cometido el asesinato, pero sí de complicidad. Puedo lograr que lo absuelvan del asesinato presentando al asesino, pero esto será más difícil de lograr con la policía husmeando por todas partes e interrogando a todo el

mundo, incluyéndome a mí. Especialmente a mí. No, no quiero darles la información que poseo. Deseo que mantengan a su hijo en custodia, satisfecho de tener al culpable. Usted, naturalmente, puede ordenarme lo contrario. Puede decirme que si retengo la información iré a decirle al fiscal que la tengo. Sí lo hace, tendré que dársela al instante. ¿Está claro?

—Sí —Whipple abatió la cabeza. He visto a muchas personas sentadas en aquel sillón, con la cabeza gacha o entre las manos cuando se dan cuenta de lo difícil que les resulta usar el cerebro teniendo enfrente los ojos de Wolfe. Paul Whipple vio las gafas en el suelo,

se inclinó para cogerlas, sacó su pañuelo otra vez, y las frotó lentamente.

—No quiero apremiarle —le dijo Wolfe.

Whipple levantó la vista.

—¡Oh, no! Estaba pensando en mi mujer. Si supiera que Dunbar puede estar mañana en casa... pero no lo sabrá —irguió los hombros—. No se lo diré —se caló las gafas—. La información... bueno, ¿puede usted hacer uso de ella en el momento que le interese?

—Sí, en cualquier momento. La tengo por escrito; se trata de una declaración firmada por la mujer a la que sus amigos han visto esta tarde.

—¿Se verán ellos envueltos en esto?

—No.

—¿La conozco?

—Lo dudo. No voy a decirle su nombre.

—Quiero... quiero hacerle una pregunta.

—Ya me ha hecho tres. Puedo contestarla.

—¿Sabe usted... bueno, quiero decir si cree saber quién la mató?

—No. Ni la menor idea, ni tengo ningún plan. Sólo sé que estoy comprometido y que debo saber quién es el criminal, aunque por el momento no tenga la menor idea. ¿Cuántas veces la respuesta a alguna inquietante pregunta se le ha acudido de repente mientras se

cepillaba los dientes?

—Bastantes.

—Dentro de un par de horas voy a cepillarme los míos. No con un chisme eléctrico, pues con tales artilugios el temor a la electrocución impediría todo proceso mental. Como antropólogo, ¿se halla usted preocupado por la amenaza del automatismo?

—Como antropólogo, no.

—Como hombre lo está.

—Pues sí.

—Su hijo tiene veintiún años. ¿Sabe usted que conjurando esta calamidad para él, quizá vamos a empujarle a sufrimientos mucho peores?

Perfecto. Delante de un padre

angustiado por la suerte de su hijo encarcelado, no tuvo el menor reparo en hacer derivar la conversación hacia el automatismo; claro que Paul Whipple resultaba un auditorio más atento, puesto que yo ya había aguantado a Nero sus reflexiones sobre el tema a la hora de cenar. Perfecto.

Capítulo XII

Debí habérmelo figurado. Cuando me senté en la cocina para el desayuno del miércoles por la mañana, consistente en molletes de maíz y huevos escalfados con jerez y cebolletas, mis ojos estaban fijos en el *Times*, aunque compartiendo la atención con mis oídos. Si sonaba el teléfono interior, sería Wolfe para darme instrucciones. Debí habérmelo figurado. Su frase acerca de obtener respuestas a las preguntas cuando se estaba limpiando los dientes, fue meramente un

modo de derivar la charla hacia el automatismo. No afirmaré que jamás se me haya acudido una idea en tanto me limpio los dientes, pero siempre cuando teníamos entre manos un asunto que requería cierta urgencia. En el actual no existía nada apremiante. Dunbar Whipple, en realidad, se hallaba a salvo, con tres comidas diarias... aunque no habría sido lo mismo de haber sido Nero Wolfe quien hubiera tenido que tragárselas. Entonces, el caso habría sido urgente.

Aquel miércoles resultó uno de los días peores de mi vida, profesionalmente hablando. No era nada nuevo que Wolfe se tomase cierto

tiempo para resolver un caso, pero en tales ocasiones, yo siempre tenía la satisfacción de zaherirle, siendo ésta también, casi, una de mis principales obligaciones. Pero ahora no podía. Sabía que nadie podía hacer nada, y por supuesto aquel día nadie hizo nada. La única acción o frase pronunciada con relación al caso ocurrió a las cinco, cuando Wolfe se hallaba en el invernáculo, ocupado con las orquídeas. Sonó el timbre del teléfono y comenté en voz alta:

—Otra vez el automatismo. Alcé el receptor.

—Despacho de Nero Wolfe. Al habla Archie Goodwin.

—Aquí Peter Vaughn. Le llamo ahora porque sé que Nero Wolfe no está ahí. No quiero hablar con él.

—Ni yo, si puede evitarlo. ¿Está usted ya levantado y vestido?

—Seguro. He dormido diecisiete horas. Quería saber si la ha visto usted.

—Sí, y también Wolfe. Estuvo aquí una hora ayer por la tarde. Admitió lo que usted dijo. Naturalmente, usted querrá saber si hemos usado la información. No. Por el presente, nos la reservamos. Pero no le aconsejaría que se dejase caer por su casa a tomar el té. Probablemente le pondría vinagre, o algo peor. A propósito, ayer me olvidé de preguntarle si Dolly sabe hacer

imitaciones. ¿Lo sabe usted? ¿Puede imitar voces de personas?

—Sí, y lo hace a menudo. En otro tiempo actuó en el teatro.

—¿Ah, sí?

—Sí, Dolly Brooke. No como figura, nada de eso. Creo que lo dejó cuando se casó con Kenneth, aunque entonces no les conocía. ¿Por qué? ¿Por qué le interesa?

—Para comprobar un dato. Mera rutina. Supongo que sabría imitar la voz de Susan, por ejemplo.

—Ciertamente, y la oí una vez imitándola en uno de sus discursos para los derechos civiles. Naturalmente, no me gustó la burla, pero reconozco que lo

hacía muy bien. Oiga, hay algo que no pensaba mencionar, pero voy a hacerlo. Tal vez más tarde tendré algo importante que comunicarle. ¿Estará usted ahí esta noche?

—Sí, pero también estoy ahora. Dispere.

—Bueno, ahora... No, mejor no. Antes quiero averiguar... No. Quizá sean sólo figuraciones mías, pero lo averiguaré. Si acaso, le llamaré esta noche.

—¿Cómo piensa averiguarlo?

—Oh, formulando unas cuantas preguntas. Preferiría no haberlo mencionado. Seguramente no es nada. Oiga, deseo darle las gracias por no

haberles dicho nada a los de la policía. Estaba seguro de que obrarían así. Les estoy sumamente reconocido.

Colgó y me sentí agradecido. Me proporcionaba algo para entretenerme. A lo mejor descubriría alguna cosa a la que podríamos hincarle el diente, aunque no tenía idea de lo que podía ser. Con toda seguridad sería algo referente a Dolly Brooke, puesto que ella y Kenneth eran su única relación con el caso, pero no podía tratarse de nada referente a la imitación, de la voz de Susan, puesto que me había preguntado por qué me interesaba aquello. Sin embargo, también podía ser. Tal vez lo hizo para comprobar si yo sabía algo

que él supiese o sospechase. Debí haberle apremiado. Le llamé. Primero a Heron Manhattan; me dijeron que no se presentó allí en todo el día. Luego a su casa; acababa de marcharse y no sabían dónde podría encontrarle.

Cuando Wolfe bajó del invernáculo se lo conté. Me escuchó con los ojos abiertos, señal que lo que le decía no necesitaba concentración. Era obvio que había decidido, por algún sutil motivo que se me escapaba, posiblemente porque no quería verla de nuevo si podía evitarlo, que Dolly Brooke no era la asesina. Cuando le sugería que no causaría ningún mal intentar localizar a Vaughn, me contestó ¡hum...!, que el

señor Vaughn era claramente un asno, puesto que no poseía bastante sentido común para desarraigar su ilusión por Susan Brooke. Aquel día tuvo un final adecuado. Yo fui lo bastante sensato para subir a mi cuarto, llamar a Lucy Valdon, e invitarla a cenar al «Rusterman». Sugirió, que era preferible que cenásemos en su casa. A veces esta sugerencia es muy bien recibida, como lo fue entonces. Era un apartamento tranquilo y agradable, donde podíamos reír muy alto. Y ciertamente necesitaba a alguien con quien reír. Si Vaughn telefoneaba, Wolfe podría decirle dónde me encontraba. Me desnudé y me metí bajo la ducha.

Mi bruma matutina empieza a desvanecerse lentamente gracias a un jugo de naranja, y cuando, llego a mi segunda taza de café todo está ya claro, por lo que cuando voy al despacho hacia las nueve y media, estoy bien dispuesto para comenzar la jornada. Pero hay excepciones, y aquel jueves por la mañana fue una de ellas. Primero, eran las diez y media en vez de las nueve y media. Segundo, llegué a casa a las tres, por lo que había dormido dos horas menos que de costumbre. Tercero, no tenía nada que hacer. Si Peter Vaughn me telefoneó, no sería por nada importante, puesto que no vi ninguna nota sobre mi mesa de escribir cuando llegué a casa.

Evidentemente, iba a ser un día monótono y aburrido. Se me ocurrió la idea de ir en busca del cepillo de dientes de Wolfe y colocarlo sobre su mesa, pero esto aún habría empeorado las cosas. Lo mejor sería salir y no enfrentarme con Wolfe. Esto me agradó. Mi reloj marcaba las diez y cincuenta y dos. Fui a la cocina y se lo dije a Fritz; luego me dirigí al perchero del vestíbulo en busca del abrigo, y cuando lo estaba cogiendo se interpuso un objeto delante de la luz que se filtraba por la mirilla de la puerta. Me volví. Era el inspector Cramer. Bueno, cualquiera que fuese el objeto de su visita sería bien recibido, aunque se hubiese enterado de lo de

Dolly Brooke y pretendiese acusarnos de obstrucción a la justicia. Abrí la puerta en el momento en que alargaba la mano hacia el botón del timbre.

—Hola —le saludé.

—Hola —me contestó—.

Precisamente quería verle a usted.

Sin comentarios. El inspector Cramer no es hombre de muchas palabras. Se quitó el abrigo y el sombrero, depositándolos sobre el sofá, y encaminose en dirección al despacho, miró su reloj y una vez allí se quedó de pie frente a la puerta del vestíbulo. Desde mi mesa la veía de espaldas, inmóvil, postura que sostuvo tres minutos, hasta que compareció Wolfe. Él

se dirigió al sillón rojo, Wolfe trasladó a mí su mirada y en tanto se encaminaba a su mesa le dije:

—No he tenido tiempo de avisarle a usted. Acaba de llegar.

Puso un racimo de «*Vanda suavis*» en un jarro y sentándose comenzó a examinar el correo, sin prisas.

—Tómese tiempo —rezongó Cramer, ásperamente—. Tome mi tiempo. Tenemos todo el día. Va usted a repetirme todas las palabras que se han pronunciado en esta habitación, incluyendo las suyas y las de Goodwin, referente al asesinato de Susan Brooke. Empezando con Peter Vaughn. ¿Cuántas veces ha estado aquí, cuándo y qué fue

lo que dijo?

Conque era lo de Dolly Brooke. Su declaración, las tres copias, todo estaba en la caja fuerte. Bueno, la caja fuerte en este caso era un cajón cerrado.

Wolfe puso el correo a un lado y se enfrentó con el inspector.

—¡Esto es extraordinario! — exclamó, aunque no en son de protesta sino de observación—. Tiene usted a un asesino en custodia. Yo he estado, y estoy, actuando en su interés como investigador por cuenta de su abogado defensor. No irá usted a esperar de mí conseguir la evidencia necesaria para que puedan inculparle con mayor facilidad. Ni aun poseyéndola se la

revelaría a usted. ¡Es extraordinario! ¿O es que tal vez me hallo equivocado con respecto a la posición legal? ¿Tengo que llamar al señor Oster para que venga aquí?

Sonaba impresionante, pero Cramer no se dejó amilanar.

—Conozco la posición legal —dijo, aún áspero—. Pero usted no está actuando para Peter Vaughn, ni Oster es su abogado. Quiero saber cuándo y dónde usted y Goodwin han visto a Vaughn, y qué dijo.

Wolfe meneó la cabeza.

—¡Tonterías! Está equivocado, y esto también es muy extraño. Nosotros hemos visto al señor Vaughn sólo en

nuestra calidad de investigadores del señor Whipple y su abogado, y usted, en cambio, se halla aquí en su calidad de Némesis legal del señor Whipple.

—No.

Wolfe enarcó las cejas.

—¿No?

—Estoy aquí en mi calidad de jefe de la brigada de Homicidios Sur, pero no con respecto al asesinato de Susan Brooke, sino al de Peter Vaughn.

Si buscaba un efecto teatral lo consiguió plenamente. Giré la cabeza a la izquierda, hacia Wolfe, y éste giró la suya a la derecha, hacia mí. Por su mirada podía haber deducido que pensaba que era yo quien había matado a

Vaughn, y por la mía él, a su vez, podía haber pensado que yo creía lo mismo respecto a él, por lo que Cramer debió quedarse confundido.

La cabeza de Wolfe volvió a su anterior postura.

—Supongo que no es una broma, que sería de muy mal gusto. ¿Detalles?

—Hace unas tres horas un transeúnte miró por la ventanilla de un coche aparcado en la Segunda Avenida, cerca de la calle Treinta y dos, y le contó a un patrullero lo que había visto, y el patrullero fue a mirar a su vez. En el suelo se hallaba el cuerpo de un individuo, doblado sobre sí mismo, con la cabeza y los hombros recostados en el

piso del coche. Le habían disparado un balazo por el lado derecho, cuatro pulgadas debajo de la axila, y el proyectil se alojó entre las costillas y el corazón. Si la muerte se produjo casi instantáneamente, como es de suponer, la bala fue disparada entre las nueve y la medianoche. El cuerpo ha sido identificado. Peter Vaughn. El auto pertenece a la empresa Heron Manhattan. No se ha encontrado el arma. Sí, conozco la posición legal.

Pensé: Vaughn ya no debe temer nada por haberle mentado a la policía. Lo pensé porque en aquel momento no tenía nada más en que pensar.

Wolfe había cerrado los ojos. Ahora

los volvió a abrir.

—¿Y Dunbar Whipple estaba en custodia entre las nueve y medianoche?

—Lo sabe de sobras.

—Entonces, ¿cuándo lo soltarán?

—¡Narices!

Wolfe asintió.

—Sí, resulta desconcertante, lo reconozco. Usted conoce los anales de homicidio. Es concebible que fuese otro quien matase a Peter Vaughn; incluso es concebible que entre su muerte y la de Susan Brooke no haya la menor relación, pero usted no cree que sea así, ni yo tampoco. Y usted no se atreverá a retener a Whipple. ¡Maldición! Esto hará que...

Cramer golpeó el brazo del sillón.

—¡Bueno, diablos, no se esté aquí sentado, diciéndome lo que tengo que hacer! ¡Hable! ¿Cuándo vio a Vaughn por última vez?

—No le estoy diciendo lo que tiene que hacer. Me estoy lamentando, y me siento vejado. Porque usted ahora necesita un asesino y yo también. Y que haya venido aquí con la noticia, pretendiendo hostigarme es inútil por su parte, y lo sabe —se recostó hacia atrás, cerró los ojos y apretó los labios.

Cramer le miró fijamente y suspiró.

Wolfe, a los pocos instantes, volvió a erguirse y dijo:

—Amigo Cramer. No tengo

información que darle. No, no se alborote, permítame que me explique. Nosotros, puesto que incluyo al amigo Goodwin, hemos visto y hablado con el señor y la señora Kenneth Brooke. Ninguno de ellos nos dijo nada que no supiésemos ya. Anteayer, o sea el martes por la mañana, volvió solo y habló con Goodwin, también por espacio de menos de una hora. Yo no estuve presente, pero Goodwin me refirió la entrevista. El señor Vaughn le reveló ciertos hechos que usted todavía ignora, pero que en mi modesta opinión nada tienen que ver con su muerte. Hay...

—¡Esto soy yo quien debe decidirlo!

—No. Hay dos puntos. Primero, en

nuestra conversación con el señor Vaughn, Goodwin y, yo éramos agentes del señor Oster, por lo que las comunicaciones eran privilegiadas. Segundo, aunque no lo hubieran sido, como no hay razón para creer que estén relacionadas con su muerte, nos las reservamos. Si los acontecimientos demostrasen que estoy equivocado, entonces, naturalmente, le llamaría a usted y se lo contaría todo. Sin embargo...

—¡Me lo va usted a contar todo y aquí mismo!

—¡Hum...! Ya sabe que no puedo. Sin embargo, le daré cierta información, privilegiada o no, que probablemente se

halla relacionada con su muerte. Llamó ayer por teléfono, poco después de las cinco y habló con Goodwin. Archie, refiérole al inspector la parte de conversación que podría estar relacionada con su muerte.

Se lo conté todo a Cramer.

—Me dijo exactamente: «Oiga, hay algo que no pensaba mencionar, pero voy a hacerlo. Tal vez más tarde tendré algo importante que comunicarle. ¿Estará usted ahí esta noche? —Sí, pero también estoy ahora. Dispare—. Bueno, ahora... No, mejor no. Antes quiero averiguar... No. Quizás sean sólo figuraciones mías, pero lo averiguaré. Si acaso, le llamaré esta noche. —¿Cómo

piensa averiguarlo?—. Oh, formulando unas cuantas preguntas. Preferiría no haberlo mencionado. Seguramente no es nada.»

—¡No! —tronó Wolfe—. Goodwin es mi agente. Archie, ¿te dio la más pequeña pista sobre a quién le iba a formular preguntas?.

—No.

—¿Tienes alguna noción de qué se trataba?

Era obvio que tenía que contestar que no, por lo que así lo hice. Se volvió hacia Cramer.

—Ni yo, pero sospecho que sus preguntas fueron las que le condujeron a la muerte; por esto le he transmitido esta

conversación. Si logra enterarse quien es la persona a la que Vaughn interrogó, o pensaba interrogar, seguramente tendrá al asesino.

—¡Maldito sea usted, Wolfe! —se quejó Cramer—. ¡Usted conoce ya a ese tipo!

—No. Ni siquiera por conjetura. Poseo cierta información de que usted carece, pero estoy convencido de que no se halla relacionada con la identidad del asesino. Bien, estas fueron las últimas noticias del señor Vaughn. No volvió a llamar. Antes, yo tenía una ventaja: usted pensaba que Dunbar Whipple era el culpable, y yo no. Ahora, mi ventaja se ha desvanecido. Ambos nos hallamos

completamente desorientados.

—¡No me ha dado su palabra de honor!

—Empleo esta frase sólo cuando debo usarla, para satisfacerle a usted. Pero esta vez no movería un dedo para satisfacerle. Además, me gustaría que se marchase. Necesito discutir la situación con Goodwin.

—Bien, adelante. No les interrumpiré.

—Claro está. ¿Vamos a ver, qué opina del efecto que el automatismo producirá en el «Homo sapiens»?

—¡Váyase al infierno! —exclamó Cramer, y levantándose se largó.

Fui hasta la puerta, pero no asomé la

cabeza al vestíbulo hasta que sonó la puerta de la calle. Me aseguré de que en efecto, se había marchado. Volví al despacho y, sentándome, dije:

—Bien, discutamos.

—¡Gggrrrh! —bufó Nero Wolfe.

—Entonces, discutiré yo solo. Usted le ha dicho al inspector que lo que Vaughn me contó el martes no tenía relación con su muerte. Me ha hecho decir que yo no tenía la menor idea de cual era la persona a la que Vaughn iba a interrogar, pese a que usted sabe muy bien que sí la tengo. Ayer, usted no estaba interesado en lo que Vaughn me dijo por teléfono, o sea que la señora Brooke sabía imitar la voz de Susan. Si

luego resulta que ha sido aquélla la que mató a la joven y a Vaughn, ¿cómo reaccionará usted ante mi desconcierto?

—Presumo que no fue ella.

—Lo sé. Pero yo no estoy tan convencido. No hay el menor indicio de que Vaughn estuviese relacionado con nadie más que con los Brooke, en conexión con este caso. ¿A quién más podía desear hacer preguntas?

—No lo sé. Pero respecto a la señora Brooke, además de la carencia de motivo aceptable, no podía haber efectuado la llamada telefónica imitando a Susan Brooke, a menos que estuviese enterada de la cita de las ocho de la noche, lo cual es muy improbable, y si

no hizo la llamada, ¿quién la hizo? Quizás, claro está, la propia Susan, pero no estoy seguro de que fuese así. Y vayamos con el punto capital respecto a la señora Brooke: al volver a su casa, le dijo a Vaughn que había visto a Dunbar cuando éste entraba en el edificio. Considéralo. La mujer está en el apartamento, limpiando las huellas dactilares dejadas en la maza con la cual ha matado a su cuñada; cualquier idiota haría lo mismo. Se larga, cosa que también haría cualquier imbécil. Ya fuera, en la calle, se queda esperando la llegada de Dunbar. ¡Esto es una necesidad! ¿Entonces, qué? ¿Tal vez le vio de refilón cuando salía huyendo? En tal,

caso, ¿por qué hubo de decirle a Vaughn que le vio entrar en la casa? No tiene sentido.

Le miré durante cinco segundos.

—¿Qué más?

—Nada de importancia.

—De acuerdo —me levanté—. Voy a tomarme un permiso sin sueldo. Dos horas o dos días. No lo sé.

Asintió.

—Con un poco de suerte serán dos horas. No perderás tu tiempo en balde empleándolo con el pobre señor Vaughn, aunque tengas a las legiones de Cramer a tus alcances —cogió el pequeño montón de correspondencia.

Me marché.

En mis reportajes jamás dejo de escribir algo que tenga cierta importancia. Si algo descuido, lo añado luego. Pero sería una pérdida de tiempo y espacio contarles, por ejemplo, la manera como reaccionó el conserje de Park Avenue ante el hecho de que esta vez yo sabía hablar, o como Dolly Brooke asimiló la noticia, nueva para ella, de que Peter Vaughn había muerto. Lo que sí tuve que escribir en mi reportaje fue la clase de coartada obtenida. A las siete y cuarenta de la noche del miércoles, Kenneth y Dolly Brooke habiáanse sentado a cenar a la mesa de otro matrimonio que vivía en la misma casa de apartamentos; poco antes

de las nueve se les juntaron otras dos parejas, para una partida de bridge, y todos se marcharon a la una. Comprobé la coartada con las tres mujeres, dos en persona y una por teléfono, y con dos de los caballeros. Cuando regresé al caserón de Wolfe, éste se hallaba en el comedor, a mitad del almuerzo, y una mirada que dirigió a mi rostro le dio la respuesta a su muda pregunta. Me senté, vino Fritz y me sirvió una generosa porción de sábalo a la parrilla, con salsa de aceite y limón, sazonado con laurel, baya, tomillo y orégano, y tres cucharadas de puré de acederas. Sólo tomé tres cucharadas porque a la hora de acostarme iría a la cocina, calentaría el

puré sobrante, lo extendería sobre un par de rebanadas del pan que cuece Fritz, y lo espolvorearía con nuez moscada. Y el conjunto lo acompañaría con un vaso de leche. Y, claro, tendría a mano una cucharilla para ir recogiendo el puré que cae en el plato cuando se le hinca el diente al pan.

Cuando nos dirigimos al despacho, ninguno de los dos mencionó a Dolly Brooke.

—Deduciré veintidós dólares por las dos horas —me limité a decir.

—Preferiría no compartir el coste de esta operación —gruñó—. Estoy pagando una deuda —hizo un gesto vago con la mano—. Seguramente el señor

Vaughn telefoneó desde su casa.

—Sólo seguramente. Cuando le llamé a su casa, sólo media hora más tarde, me dijeron que acababa de salir.

—¿Dónde vive?

—Calle Setenta y siete, entre la Quinta y Madison. Probablemente con sus padres; en la guía figura como Samuel Vaughn.

—Necesitamos conocer sus movimientos de ayer, tanto antes como después de telefonearte.

—Seguro.

—¿Cómo te propones proceder?

—Haciendo preguntas a unas cuantas personas. Rutina. Si desea aligerar la cosa, sin reparar en el precio, Saúl,

Fred y Orrie podrían ayudarnos. Una ventaja, todo el mundo tiene ya preparadas las respuestas porque ya han hablado con la policía.

—¡Intolerable! —rezongó.

—Sí, señor. Sería preferible que nos sentásemos aquí, y tratásemos de imaginarnos a quién, o al menos a qué clase de persona iba Vaughn a interrogar. Lo intenté en el taxi que me trajo hasta aquí.

—¿Y qué?

—Bueno, por la forma como se encontraba cuando salió de aquí el martes por la mañana, debió irse derecho a su casa, a meterse en cama. A la una debía estar como un tronco. Me

dijo por teléfono que había dormido diecisiete horas, o sea que debió despertarse alrededor de las seis de la mañana, y tuvo el día entero para ver a alguien antes de llamarme. Dijo que tal vez más tarde tendría algo interesante que comunicarme. No lo hubiese dicho, particularmente lo de «interesante», de tratarse sólo de una idea inconcreta. Estaba investigando algo que había visto u oído. ¿Está usted satisfecho?

—Sí, pero no has avanzado.

—Ahora. ¿Qué o quién es el punto? ¿Qué le estaba preocupando cuando se marchó a dormir? Ya no tenía a Dolly Brooke sobre su conciencia, pero había dos cosas que le estaban intrigando:

quién mató a Susan Brooke, y si ésta estuvo relacionada emocionalmente con Dunbar Whipple. En cuanto a quién la mató, posiblemente, o probablemente, pensaba que fue Dolly Brooke, pero esta era cuestión sobre la que, en realidad, otras personas estaban trabajando. Era la segunda cuestión la que realmente le mantenía inquieto, y de la que deseaba una respuesta. ¿Adonde iría? En realidad, era un tipo recto, simple, por lo que habría ido a ver a Dunbar Whipple, de haber estado en su mano. No podía ir a ver a Dolly; sabía que, de no ser ésta la asesina, no sabía quien era el culpable. Sólo le quedaban dos posibilidades, a mi entender: los padres

de Whipple y el personal de la ROCC. Y ahí fue. A ver a Paul Whipple, o a la ROCC, o a ambos. Sugiero que usted llame a Paul Whipple, y si obtiene un no, iré a la ROCC y le preguntaré a Maud Jordan a qué hora estuvo Peter Vaughn allí, ayer.

Wolfe levantó los hombros media pulgada y volvió a abatirlos.

—No puede hacer daño. Aunque...

Sonó el timbre. Fui a la puerta a mirar, y volví la cabeza para gritarle a Wolfe:

—¡Whipple!

Mientras iba a abrir reflexioné. Estaba contento; sabía que acababa de recuperar las dos horas perdidas

investigando la coartada de Dolly Brooke. Bien, ¿qué era lo que podía traer a casa a Whipple, a mitad de un día de trabajo? Cuando abrí la puerta y me alargó su mano temo que me excedí un poco. No soy un revientanudillos, pero creo que le hice un poco de daño. Le llevé al despacho, se sentó en el sillón rojo y comenzó por decirle a Wolfe que venía en vez de telefonar porque le iba a confiar algo que podía causar perjuicios a personas que no se lo merecían. Wolfe le preguntó qué personas eran, y Whipple levantó una mano para ajustarse las gafas. Unas gafas son muy convenientes en ciertas ocasiones, ya que dan una excusa, para

ganar unos segundos y elegir las palabras.

—Tal vez no lo sepa —dijo al fin—. Aquel joven, Peter Vaughn, ha sido asesinado.

—Lo sé —asintió Wolfe.

—Hallaron su cadáver en un coche aparcado. Le dispararon un tiro.

—Sí.

—Bien, entonces... —se aclaró la garganta y continuó—: Ya sabe que en todo este asunto me he comportado honestamente con usted.

—No tengo motivos para dudarlo.

—Lo he sido. Absolutamente honesto. Le he dicho todo lo que a usted podía interesarle. Ahora hay algo que no

quiero decirle, pero sé que es mi deber comunicárselo. Molestará a ciertas personas amigas mías, y no sólo amigas sino importantes, de mi propia raza. Pero pedirle a usted su ayuda, aceptarla, y luego retener ciertos hechos que usted debe saber... bien, no sería natural.

—Puede contarme lo que sea, lo antes posible.

—¡No quiero hacerlo lo antes posible! —alzó la voz, casi en un alarido, y se llevó las manos a los labios. Tardó un instante en proseguir—. Tendrá que excusarme. Cuando he llegado, tenía los nervios alterados y todavía no estoy calmado —irguió la cabeza—. Es una chiquillada. Ayer vino

a verme Peter Vaughn y me rogó le dijese qué sabía de las relaciones entre mi hijo y esa chica, Susan Brooke.

—¿A qué hora?

—Por la mañana. Estaba esperándome en la Universidad cuando llegué. No era muy inteligente, ¿verdad? Le manifesté que no sabía nada aparte del hecho de estar asociados en su trabajo, y que no podía afirmar ni negar nada de lo que han publicado los periódicos. ¿Qué otra cosa podía decirle? Insistió, pero yo también, hasta que se marchó. Luego, durante la hora del almuerzo me llamó Tom Henchy, de la ROCC. Dijo que Peter Vaughn había estado allí, insistiendo en verle así

como a algunos Otros miembros del personal, y que quería saber lo que yo le dije. Luego, hoy, hace una hora, Tom Henchy volvió a telefonarme. Me dijo que asesinaron a Peter Vaughn la noche pasada, y me pidió que no le comunicase a nadie que aquél estuvo ayer en la ROCC. Agregó que de nada serviría mencionarlo. Le contesté que volvería a llamarle a los pocos minutos y así lo hice. Durante esos minutos estuve cavilando, sobre todo, en lo que usted nos dijo aquella noche en Kanawha Spa. También estaba relacionado con un asesinato. Conque llamé a Tom y le comuniqué que estaba decidido a contárselo a usted. Ha pretendido que

nos entrevistásemos para discutirlo, pero no se lo he permitido. Y he venido aquí. Esto es todo. Espero que... —dejó la frase sin concluir y abandonó el sillón—. Desearía que usted no le dijese esto a nadie.

Dio media vuelta para marcharse, pero la voz de Wolfe le inmovilizó.

—¡Por favor! ¿Quién más sabe todo esto?

—Nadie. No se lo he repetido a nadie, ni siquiera a mi mujer.

—¿Ni tampoco que ha venido a verme?

—No. Ni lo diré a nadie. Excúseme. Decirle esto me ha resultado muy penoso. Muy penoso. Y se marchó.

Yo ya me había puesto de pie, pero Wolfe sacudió la cabeza y me quedé quieto. Mi salida al vestíbulo a echar un vistazo cuando oí el portazo de la puerta fue automática, una costumbre adquirida desde el día en que un mozo la cerró desde dentro y se aproximó quedamente a la puerta del despacho, escuchando por espacio de media hora.

Regresé al despacho.

—¿Debo sentarme?

Wolfe enarcó una esquina de la boca.

—Archie, la manifestación más reveladora de tu amor propio no es una acción sino una excepción. Nunca alardeas de nada. Sin embargo, acepta

mis cumplidos.

—Con mil amores. No deduciré los veinte pavos. ¿Me siento?

—No. Tráelos.

—¿Ahora?

—Sí. Cramer es capaz de ir allá de un momento a otro.

—Son las tres menos cuarto. Aunque pueda traerlos dentro de media hora, lo que es dudoso, usted no podrá posiblemente terminar con ellos en otros cuarenta y cinco minutos.

—Sé que no podré, maldita sea. Todo esto se lo debo a ese maldito viaje a Kanawha Spa.

—Pero consiguió entonces lo que quería: la receta para la *saucisse*

minuit.

—Eso sí. Tráelos. A todos aquellos con quienes Vaughn habló o vio, sin excepciones. Antes llama a Saúl. Le necesito inmediatamente.

Mientras iba marcando el número, calculé si era la cuarta vez en la historia que consintió en perder una sesión de tarde con las orquídeas en el invernáculo, o sólo la tercera.

Capítulo XIII

Quizás alardeo raramente, y tengo mucho amor propio, pero también adolezco de algunos defectos, y uno de ellos salió a la superficie mientras penetraba en las oficinas de la ROCC y me acercaba a la centralita para abordar a Maud Jordan.

—¿A qué hora llegó ayer por la mañana Peter Vaughn?

Ésta había sido mi sugerencia a Wolfe antes de que Paul Whipple llamase a nuestro timbre, y el haber sido

aceptada por el gran genio de detectives, hizo sobresalir en mí un defecto, aunque no estoy muy seguro de cuál. Tal vez la vanidad...

No obtuve respuesta. La Jordan se limitó a mirarme por encima de su alargada nariz y me preguntó:

—¿A quién desea ver?

No la apremié, puesto que Whipple lo había hecho innecesario. Le contesté que al señor Henchy, y que era urgente. Puso una clavija en la centralita, y luego me invitó a pasar adelante, y cuando iba por el pasillo apareció Harold R. Oster en el umbral de la habitación de la esquina. Habría preferido ver a Henchy a solas porque los abogados siempre

complican las cosas, pero no me preocupé mucho por ello. No me ofreció la mano, ni tampoco Henchy cuando Oster me hizo pasar y cerró la puerta. No me ofrecieron una silla.

De pie, delante de la mesa de Henchy, dije:

—Paul Whipple le ha contado a Nero Wolfe, no por teléfono sino en persona, lo que le comunicó a usted que haría sobre lo de Peter Vaughn, y mi jefe desea verle a usted. Bien, a usted y a todos los que ayer hablaron con Vaughn.

—Siéntese —me indicó entonces Oster.

—No, porque tendré que volver a levantarme al momento para marcharme

con ustedes dos. Entiendan que es algo muy urgente. No tengo que decirles lo muy pronto que los «polis» llegarán aquí, a partir de cuyo momento ya no podrían acompañarme. En cambio, si nadie de aquí sabe adonde me los llevo, entonces ustedes no se hallarán por el momento al alcance de la policía. Si creen que les estoy apremiando, lo estoy.

—En realidad... —comenzó a decir Henchy, pero Oster le atajó.

—Yo arreglaré esto, Henchy. Entérese bien de esto, Goodwin: si viene la policía, y puede venir cuando quiera, contestaremos todas las preguntas que deseen hacernos. Lo

cierto es que Vaughn únicamente deseaba saber algo sobre Dunbar Whipple y Susan Brooke, respecto a la intimidad que pudo existir entre ambos. Insistió un tanto y se puso algo pesado. Nada de lo que dijo o hizo aquí puede estar relacionado con su muerte. Dígale a Wolfe que le veré más tarde, a las seis, que es la hora en que está visible.

—Está visible ahora —me dirigí a Henchy—. De acuerdo, le diré algo que Wolfe habría preferido decirle en persona, pero no importa. Vaughn me llamó por teléfono a las cinco y diez de ayer tarde y me comunicó algo que deja entrever la posibilidad de que haya sido asesinado por algo ocurrido cuando

estaba aquí. Y no sólo piensa esto Wolfe, sino también la policía.

—No saben que estuvo aquí —objetó Oster.

—Lo descubrirán, y no creo que tarden mucho. Están enterados de lo que Vaughn me confió por teléfono. Lo que piensan es que su asesinato fue el resultado de sus contactos de ayer, y cuando sepan que estuvo aquí... Todo el personal de la ROCC serán considerados como testigos materiales. La fianza...

—¡Dios mío! —murmuró Henchy.

—¡No lo creo! —exclamó Oster—.

¿Qué le dijo Vaughn a usted por teléfono?

—El señor Wolfe se lo dirá. Yo no estoy autorizado.

—No lo creo.

—De acuerdo. Será interesante ver quiénes llegan antes, si los de Homicidios o los del fiscal —cogí una silla y me acomodé—. También resultará interesante ver cómo se comportan. ¿Prefieren que me espere fuera?

—Sí —gruñó Oster—.

Consideraremos su proposición.

—Pues será mejor que lo consideren cuanto antes —me levanté—. No sé cuánto tiempo les esperará Wolfe.

—Le acompaño —decidió Henchy, poniéndose de pie. Le colgaban las

mejillas—. Voy a verle. Y usted también, Harold.

—Antes quiero reflexionar.

—No. Yo soy el responsable de esta organización. Venga conmigo.

—Y los demás —le recordé—. Todos los que hablaron con Vaughn, siquiera una sola palabra. Incluida la señorita Jordan. ¿Quiere que se queden aquí para charlar con los «polis» cuando se presenten? ¿Sin estar usted aquí?

—No —protestó Oster—. Claro que no. Si vamos nosotros, Tom, también deben venir ellos.

—Bien, les aconsejo que se apresuren.

—De acuerdo, si hemos de ir, cuanto

antes mejor.

Salí del despacho. Al llegar al vestíbulo, Maud Jordan estaba muy atareada con la centralita, diciéndole a la gente que fuesen al despacho del director; poco después, una joven salió del interior para hacerse cargo de la centralita. Tenía una piel muy negra y suave, y una nariz aguileña. Decidí concederles veinte minutos para que se preparasen, y comencé a ejercitar mi cuello girando la cabeza unas diez veces por minuto con el fin de vigilar la puerta de entrada, ansiando que no se abriese. Lo hizo una vez, y todos mis músculos se atirantaron, pero era sólo un tipo con un paquete. Sólo pasaba un minuto de

los veinte cuando oí rumor de pasos en el pasillo y aparecieron, Henchy en cabeza, luego Oster, Cass, Adam Ewing, Beth Tiger y Maud Jordan. Ningún desconocido.

—¿Y la señorita Kallman? —le pregunté a Henchy.

—No está aquí. Tampoco estuvo ayer —se volvió a la muchacha de la centralita—. Señorita Bowen, usted no sabe adonde hemos ido.

—De acuerdo.

—Asimismo —sugerí—, no sabe mi nombre, y si le piden que me describa, hágalo como si le costase dar una buena descripción.

—¿Debo describirle muy cambiado?

—Sí —afirmó Oster—. Dentro de lo razonable.

Hice otra sugerencia: la de que se adelantasen ellos, y tomar yo otro ascensor y otro taxi. Tal vez estaba exagerando las precauciones, pero sabía muy bien lo que ocurriría tan pronto Cramer se enterase de que Vaughn había estado en la ROCC, si todavía era hora de oficina. Me alegró comprobar que en mi cerebro todavía había sitio para otra sugerencia, aunque tuve que tragármela: la sugerencia de que uno de ellos, en particular Beth Tiger, podía ir conmigo. Me resultó agradable ver que ni siquiera en un momento de crisis como aquél, excluía totalmente la consideración de

asuntos tales como la camaradería. Reconozco que la joven todavía no me había dado la más leve indicación de considerarme humano.

Por lo tanto, fui solo en el taxi, y cuando se detuvo delante de la vieja mansión de piedra parda, temí que la cosa se complicase. Era fácil que Wolfe, harto de esperar, hubiese optado por subir al invernáculo. Tres de ellos estaban aguardando al pie de los peldaños de la entrada, y los otros salían de un taxi. Pagué la carrera y subí los escalones. Al llegar arriba se abrió la puerta y Saúl Panzer me dijo:

—El señor Henchy al despacho y los otros al saloncito.

Los abogados pueden ser fastidiosos, y usualmente lo son. Ocho personas en un rincón de un vestíbulo despojándose de los abrigos son toda una multitud, y cuando separé a Henchy del grupo y comencé a conducirlo por el pasillo hacia el despacho, Oster nos siguió apresuradamente. Pensé: «¡Al diablo! Será más sencillo utilizar la puerta de conexión, y dejarle entrar.» Como el rayo se dirigió al sillón rojo, y plantado enfrente, le espetó a Wolfe:

—Whipple no está aquí esta vez para interferirse. ¡Ahora usted me escuchará a *mí!*

Aliviado al ver que Wolfe nos esperaba y que yo había cumplido lo

ordenado, me senté y cogí mi agenda y la pluma. Ahora le tocaba actuar a Wolfe.

No se molestó en mirar a Oster sino a Henchy, que se hallaba en una de las butacas amarillas que Saúl había acercado.

—Esto resultará bastante desagradable para todos nosotros — comenzó a decir Wolfe—. ¿Le ha explicado Goodwin claramente la situación?

—Con la debida claridad para obligarnos a venir y aquí estamos — replicó Henchy.

—Wolfe, tiene que escucharme — repitió Oster—. Queremos saber qué le

dijo Vaughn a Goodwin ayer por teléfono.

Wolfe echó hacia atrás la cabeza.

—Señor Oster, no le he pedido que se siente porque no quiero que se quede aquí. Vaya a reunirse con los demás en el salón. No estoy colaborando ahora con usted; además, mi único compromiso es con el señor Paul Whipple. Su situación ante mí, y con respecto a mí, para decirlo claramente y de una vez, es la de sospechoso de asesinato —señaló con la mano—. Aquella puerta.

Oster lanzó un rugido. Se sentó.

—¡Estúpido! —rezongó—. Yo soy un miembro del foro. ¿Qué es usted?

Wolfe le contempló.

—No puedo reprochárselo. Si yo fuese un negro hace ya mucho tiempo que me habrían encerrado, o estaría muerto. Usted cree que el color de su piel y la mía son factores que cuentan en mi trato con usted. ¡Hum...! No soy un troglodita. Archie, la parte importante de su conversación telefónica con Vaughn ayer por la tarde.

La recité como había hecho para Cramer, pero más lentamente y dándole más énfasis, recalcando lo de «importante», y añadiendo que no había vuelto a llamar. Henchy escuchaba con el ceño fruncido, en grave concentración. Oster parecía escéptico,

pero se hallaba interesado. Wolfe habló acto seguido.

—Estas fueron las últimas palabras que Vaughn pronunció para nosotros: «Seguramente no es nada.» Pero por desdicha, para él sí significó algo. Es una conclusión, y no una presunción, o al menos a comprobar alguna sospecha resultante de un contacto anterior. Es posible que tal contacto no se haya producido en las oficinas de la ROCC, pero no conozco a nadie más que pudiese estar relacionado con la muerte de Susan Brooke, y dudo que la policía opine de otra manera. También es una conclusión, que no puede ser de otra manera. También es una conclusión, que

no puede ser descartada con ligereza, que fue asesinado por la misma persona que asesinó a la señorita Brooke. ¿Protesta, señor Oster?

—No lo protesto, si dijo lo que asegura Goodwin.

—Para mí esto no es discutible. Si lo es para usted, será un soliloquio. ¿Quiere decirme ahora lo que Vaughn le comunicó ayer a usted, y la respuesta que usted le dio?

—No me dijo nada, ni yo a él...

—¿No le vio usted?

—Sí, le vi, pero no cambié con él ninguna palabra. Yo estaba con el señor Henchy en su despacho cuando entró Vaughn; me quedé allí, oí lo que se

habló, pero no me dirigí a Vaughn para nada ni él a mí.

—¿Le había visto antes?

—No.

—¿Y él a usted?

—No, que yo sepa. Le vi por televisión algunas veces.

—¿Le vio otra vez ayer? ¿Después de las cinco?

—No. La siguiente pregunta será dónde estaba yo anoche. Si tiene derecho a formular preguntas, cosa que no le concedo, también lo tiene para hacerme esta última pregunta. Le contestaré diciendo que no puedo presentar testigos para toda la noche. Para usted no me molestaría en

buscarlos, mas para la policía no podría.

—Pocas personas podrían. Ahora, caballero, supongo que le gustará que esta reunión dure el menor tiempo posible, a lo cual puede ayudarme. Mientras hablo con el señor Henchy, puede ir a explicarles a los demás...

—¡No me moveré de aquí!

—Naturalmente, sólo le pide que salga de este despacho, no de mi casa. Usted...

—¡Me quedaré en este sillón! Wolfe giró la cabeza.

—Archie, necesitarás que Saúl te ayude para echarle de aquí. Puesto que hay que obrar a la fuerza, arrojadle de

mi casa.

—¡No se atreverá! —tronó Oster.

Yo ya me había levantado.

—Yo podría hacerlo —le expliqué —, pero quiero que se sorprenda viendo la rapidez con que se mueve Saúl Panzer.

—¡Un momento! —intervino Henchy —. Harold, esto no me gusta. Creo que no es necesario —se volvió hacia Wolfe —. ¿Qué iba usted a decir?

—Que el señor Oster puede describirles la situación. a los demás, incluyendo lo que Vaughn le dijo a Goodwin por teléfono. También podría enterarse de sus respectivas coartadas, si las tienen, desde las ocho de anoche

hasta las dos de la madrugada —se dirigió de nuevo a Oster—. Esto no debe ser difícil para un miembro del foro.

Vi claramente que el factor color de piel no tenía para Wolfe la menor importancia. Se mostraba tan duro con él como si se hubiese tratado de un piel roja. Oster pareció a punto de decir algo, primero a Wolfe y luego a Henchy, pero por lo visto creyó preferible no complicar las cosas. De haberse dirigido en línea recta a la puerta que conducía al saloncito habría tenido que pasar junto a mí, por lo que dio un amplio rodeo. También esto resultaba más digno que ser arrojado de la casa.

Cuando hubo salido y cerrado la puerta, volví a mi mesa y cogí mi agenda.

—Muchas gracias, señor Henchy —díjole Wolfe—. No me gustan los alborotos en mi casa.

El director de la ROCC asintió.

—A mí no me gustan en ningún sitio. Muchas personas no creen esto de mí, pero no me gustan. Me agrada la tranquilidad, la paz, y quizás lo consiga antes de morirme. Bien, supongo que usted desea dos cosas de mí: lo que le dije al señor Vaughn, y dónde estuve anoche.

—No necesariamente donde estuvo, a menos que tenga una coartada que

pueda ser establecida.

—No la tengo, no al menos para todo el período de las ocho a las dos. Sé algo respecto a coartadas, he tenido cierta experiencia. En cuanto al señor Vaughn, creo que nunca le había visto. Veo a mucha gente. No intentaré referirle palabra por palabra lo que ayer le dije porque no sirvo para esto. Tampoco hablamos mucho; en realidad sólo tratamos de una cosa. No con respecto a quién mató a Susan... a la señorita Brooke, sino acerca de si ella y Dunbar planeaban casarse. Por supuesto, yo sabía que así era, pero no se lo comuniqué. Por el contrario, afirmé no saber nada del asunto, y que jamás me

había entrometido en los asuntos privados de los miembros del personal a mis órdenes. Esto fue todo.

—¿No puede repetirme las frases exactas?

Arrugó la frente durante cinco segundos. Luego meneó la cabeza.

—No quiero intentarlo. Pero esto es lo que me dijo. No estuvimos hablando más de cuatro o cinco minutos. Quería ver a alguien más y le envié a Cass Faison.

—¿Por qué al señor Faison?

—Pues, insistió en ver a alguien, y Susan había trabajado a sus órdenes. — Henchy volvió la cabeza hacia mí y luego de nuevo se encaró con Wolfe—.

Dígame una cosa. Conozco su reputación. ¿Es posible que usted honestamente crea que uno de nosotros le mató? ¿Y que mató también a Susan Brooke?

—Sí, opino que es probable.

—Bueno, pues está equivocado.

Wolfe asintió.

—Naturalmente, usted tenía que decir esto.

—No tan naturalmente —sus manos estaban asidas a los brazos del sillón—. Juro que es verdad lo que voy a decir: si alguno de nosotros es un asesino, deseo que sea castigado plenamente por su delito. Hará que las cosas sean más difíciles para nosotros... en realidad ya

lo son con Dunbar en la cárcel... pero si esperamos ser tratados como ciudadanos honrados y conscientes, debemos serlo en realidad. Pero está usted equivocado. Sé positivamente que lo está. Hoy a mediodía, el señor Ewing se enteró por la radio de la noticia del asesinato de Peter Vaughn y fue a comunicármelo. Les hice entrar en mi despacho, a todos los que ayer hablaron con el muerto, y les expliqué la situación. Les advertí que la policía podía enterarse de la presencia de la víctima en nuestras oficinas, pero que en tal caso no había por qué andar con disimulos. Añadí que si uno de ellos se hallaba envuelto en el caso, deseaba saberlo al instante. Agregué aún que si

alguien sospechaba, aunque fuese ligeramente, de otro, debía proclamarlo ante todos.

Soltó los brazos del sillón y colocó las manos sobre, sus rodillas.

—Conozco a mi gente, señor Wolfe. No sólo porque pertenecen a mi propia raza, sino porque los conozco. En mi posición, tengo que conocerles. Estuvieron en mi despacho casi dos horas, y tratamos del tema. Cuando hubimos terminado quedé absolutamente convencido de que ninguno de ellos se hallaba involucrado en el asesinato de Peter Vaughn o Susan Brooke, y seguro también de que ninguno sospechaba de nadie. No pretendo afirmar que en esta

clase de asuntos tenga tanta experiencia como usted... ¡pero los conozco!

Ni Wolfe ni yo nos dejamos impresionar. El director de la ROCC había pronunciado muchos discursos ante vastos auditorios, y poseía mucha práctica de decir cosas como «Juro que es verdad lo que voy a decir.» Concediendo que en realidad casi había acentuado las sospechas sobre sí, respecto a los otros adoptó la única postura que le era dable, aunque debo admitir que logró hacerlo de manera más convincente que en otras ocasiones que escuché discursos similares.

—Admirable —le alabó Wolfe—. Me gusta oír hablar bien. En cuanto a

hallarme equivocado, sólo los acontecimientos podrán decirlo. ¿Quiere, por favor, rogarle al señor Faison que venga?

—Con mucho gusto. —Henchy se apoyó en los brazos del sillón para incorporarse—. Iba a hablar de las coartadas. Como es natural, les pregunté a este respecto. Ninguno de ellos tiene una que pueda comprobarse fuera de toda duda. El señor Oster pudo decirle esto, pero estaba demasiado agitado. Wolfe asintió.

—Me encanta su elección de las palabras: «agitado».

Sí, lo estaba.

Yo me hallaba ya en la puerta del

saloncito, y al abrirla para que pasara Henchy escuché la voz de Oster. No se calló, por lo que aparentemente Henchy llamó a Faison con el gesto; compareció el cajero y cruzó la estancia hasta el sillón que su jefe dejó vacante. Cerré la puerta.

Wolfe le miró preocupado, lo que no me extrañó.

¿Qué podía preguntarle, que no lo hubiera sido ya? Cass Faison permaneció inexpresivo, pero el resplandor de su piel seguía siendo el mismo cuando la luz se posó en él.

—No hacen falta preámbulos, señor Faison —comenzó Wolfe—, puesto que el señor Oster les ha descrito la

situación. ¿Le envió a usted el señor Henchy a Vaughn?

—Exacto —asintió Faison.

—¿A su despacho?

—Sí.

—¿Estuvo usted a solas con él?

—Sí.

—¿Le había visto antes?

—No. Ninguno de nosotros le conocía.

—¿Cuánto rato estuvo con usted?

—No más de tres o cuatro minutos.

No lo cronometré. Tal vez cinco.

—¿Qué dijo?

—Lo mismo que a los demás. Quería saber la clase de intimidad existente entre la señorita Brooke y el señor

Whipple. Y todos le contestamos lo mismo. Respondimos que no lo sabíamos. Pero no parecía creerlo. Afirmó que alguien debía estar bien enterado. Estaba... bueno, casi desesperado. Se lo traspasé al señor Ewing.

Wolfe tenía los labios apretados. Se volvió hacia mí.

—Esto es grotesco —me dijo.

—Sí, señor.

—Tráigalos a todos.

Al atravesar la estancia se me ocurrió que podía darme una ligera satisfacción. Instalaría a Beth Tiger en el sillón rojo. Claro que Wolfe tal vez se enojaría; así que cuando abrí la puerta y

le pedí a Henchy que entrasen todos, le conduje al sillón rojo. Detrás suyo aparecieron los demás. Como Saúl había dispuesto suficientes butacas para todos, me divertí contemplando la expresión de Oster cuando vio que el sillón rojo no era para él. Esto resolvió mis relaciones con Harold R. Oster. Éramos ya enemigos de por vida, lo cual me pareció de perlas.

Wolfe fue paseando su mirada por todos ellos, desde Henchy en el extremo izquierdo a Maud Jordan, en el derecho y la más próxima a mí.

—He terminado —les dijo—. He terminado con ustedes por hoy, pero no con la tarea que tengo entre manos. La

situación es la misma. No he sabido nada nuevo del señor Henchy, del señor Oster o del señor Faison, salvo que ustedes presentan un frente sólido. Todos ustedes afirman que sus conversaciones con el señor Vaughn en el día de ayer fueron idénticas. No lo creo. Creo que...

—¡Yo no! —era Maud Jordan.

—¿No qué, señorita Jordan? —la mirada de Wolfe se posó sobre ella.

—Respecto a lo que usted ha dicho de conversaciones iguales. Sé que aquel individuo, ese tal Vaughn, les preguntó algo a los demás, pero a mí no. Se limitó a decirme que deseaba ver al señor Henchy.

—¿Cuándo entró?

—Sí.

—¿Le dijo quién era?

—Por supuesto.

—¿Y al marcharse?

—No me dijo nada —enderezó la

barbilla—. Y ahora quiero decir una cosa: Usted está molestando a todos mis compañeros y opino que es algo ultrajante. Les está amedrentando porque son negros. ¿Y quién es usted? ¿Dónde nació usted?

Sólo era la telefonista, pero nadie pretendió hacerla callar. Era una trabajadora voluntaria, y había entregado medio billete de los grandes a la organización para los hijos de

Medgar Evers. Wolfe giró la cabeza a la izquierda.

—¿Quiere apoyar esta acusación, señor Henchy?

—No, aunque opino que está usted equivocado, no. No puedo decir que nos esté amedrentando.

—¿Desea añadir algo, señorita Jordan?

—No, sólo lo que dije.

—Señor Ewing, ahora le toca a usted. ¿Tiene algo que decir?

—No, excepto que me hallo de acuerdo con el señor Henchy, que opino que ninguno de nosotros es un asesino, que está usted equivocado, pero que no nos ha tratado mal. Sé lo que ocurrirá si

la policía averigua que la víctima estuvo ayer en la ROCC. ¿Va usted a decírselo?

—Señorita Tiger, ¿quiere decir algo?

—No —su voz apenas era audible.

—Entonces, hemos terminado. Tal vez querré volver a verles a todos ustedes, y estoy seguro de querer ver a uno en particular, aunque daría algo por saber cuál. Para responder a la pregunta del señor Ewing, debo decirles que no pienso contarle a la policía la visita del señor Vaughn, que tan funestos resultados tuvo para él. Les deseo buenas tardes, meramente como un acto de cortesía —se recostó hacia atrás, enlazó sus dedos sobre el centro de su

enorme panza, y cerró los ojos.

Me quedé sorprendido por Oster. Ni una palabra. Se levantó encaminándose al vestíbulo. Saúl Panzer, que estaba en una butaca junto a la biblioteca, le siguió, y en tanto los demás se ponían de pie, disponiéndose a salir, nadie dijo nada. No salí al vestíbulo. Saúl ya estaba allí. No es que me importe mucho descolgar un abrigo para un asesino, pero prefiero saber cuándo lo estoy haciendo. Consulté mi reloj las cinco y diecinueve minutos. Wolfe todavía pedía pasar cuarenta minutos con sus orquídeas, pero por lo visto prefería hacer la siesta. Me senté y me puse a contemplar cómo su enorme pecho subía

y bajaba, esperando, admito que lo esperaba, ver cómo sus labios comenzaban a hacer el acostumbrado ejercicio, pero no fue así. Cuando los ruidos procedentes del vestíbulo terminaron con el portazo final, y reapareció Saúl, acomodándose en la butaca más cercana a mí, Nero Wolfe seguía sentado y respirando pesadamente.

—Es cierto —le dije a Saúl—, me alegro de que la hayas visto. En lo futuro hablaré mucho de ella, y así lo apreciarás mejor. Estoy seguro que estarás de acuerdo conmigo en que el modo mejor de tratar el asunto es camelarla y conquistarla a distancia,

pero la cuestión es a qué distancia. Una milla es una distancia, pero también lo son una yarda y una pulgada. Quisiera saber más de poesía. Si pudiera escribir un buen poema que...

—¡Cállate! —bramó Wolfe.

—Sí, señor —dije, volviéndome hacia él—. Me limitaba a ponderar las excelencias de la única persona del grupo digna de atención. ¿Es que hay otra?

—No —se había enderezado.

—Entonces, no hay discusión. Podría continuar ponderando a Beth Tiger. Hace dos días afirmé que no había una sola cosa sensible que pudiese yo hacer; ahora es peor porque no hay ni

siquiera una cosa insensible.

—¡Maldito seas! ¡No te quedes ahí sentado, buscando frases grotescas!

—¿Debo irme? —inquirió Saúl.

—No. Cuando Archie agote su charlatanería, tal vez tenga alguna sugerencia que hacer. Yo no. Lo que Vaughn vio u oyó ayer en la ROCC está enterrado con él. Una de estas seis personas, o le mató o sabe quién lo hizo, pero la clave para identificarla no es posible hallarla. Hay otra en alguna parte, pero ni cien hombres podrían dar con ella en cien días. ¿Saúl?

—Lo siento.

—¿Archie?

—Lo siento y me entristezco.

—Dos individuos bien adiestrados —se quejó— y bastante inteligentes, y no hacen nada. Id a cualquier sitio. Haced algo. ¿Debo volver a pasar otra velada aquí sentado, en medio de la mayor frustración? ¿Reflexionando, desesperado, como ya hice anteayer, sobre un diptongo?

Saúl y yo nos miramos. Nuestro genio comenzaba a dar muestras de decadencia. Para animarle, pregunté:

—¿Un diptongo?

—Sí. Muy tenue, casi ínfimo, indigno de consideración. Pero estoy acabado, esto es un hecho. Consígueme al señor Vaughn.

Durante medio segundo pensé que

estaba peor que acabado; luego comprendí que se refería al señor Vaughn que todavía vivía, y que los diptongos debían ser su entretenimiento. Cogí el teléfono. Con su hijo aún sin enterrar, Samuel Vaughn no estaría en Heron Manhattan, Inc., pero lo probé por si acaso; me informaron que no se había presentado en todo el día, conque colgué y marqué el número de su casa. No estuvo accesible hasta que puse bien en claro que Nero Wolfe deseaba formularle una pregunta —no dije nada de un diptongo—, y a los dos minutos se puso al aparato. Le pasé la conexión a Wolfe.

—Supongo que le estoy ocasionando

una molestia, señor Vaughn, pero se trata de algo relacionado con la muerte de su hijo en relación con mi investigación respecto al asesinato de Susan Brooke, y necesito cierta información que usted creo puede suministrarme. Según los artículos de la Prensa, su hijo se diplomó en Harvard en 1959. ¿Es correcto?

—Sí, ¿por qué?

—Vamos a la siguiente cuestión. Quizá resulte inútil, pero es posible que sirva para desenmascarar a un asesino. ¿Sabe si su hijo trabó amistad con un discípulo llamado Richard Ault? A-U-L-T. ¿Quizás incluso de la misma clase?

—Temo que no voy a... Aguarde un momento... Sí. Éste era el nombre del muchacho que se suicidó aquel verano, después de haberse examinado. Mi hijo me lo contó. Sí, creo que le conocía bastante; seguían el mismo curso. Pero no entiendo... No veo qué posible relación...

—Quizá ninguna. Si descubro alguna, entonces lo entenderá. ¿Sabe si su hijo visitó alguna vez a Richard Ault en su casa... quizá por las vacaciones?

—¿Dónde estaba su casa?

—En Evansville, Indiana.

—Entonces, no. Seguro que no. ¿Tiene algún motivo para pensar que fue allá?

—No. Muchas gracias, señor Vaughn, por concederme su atención.

Cuando coloqué el receptor en la horquilla enarqué las cejas. Estaba pensando en diptongos. ¿Ch? ¿Gh? ¿Au? ¿Wh? ¿Br? Tendría que repasarlos. Hacía demasiado tiempo que había aprobado el cuarto curso, o tal vez el quinto. Me interrumpió Wolfe.

—Llama al señor Drucker.

De nuevo tardé medio segundo en comprenderle; habían transcurrido diez días desde que comí asado y pastel de manzana con Otto Drucker, el distinguido ciudadano, en el hotel de Racine. Busqué un número en el archivo y efectué la llamada, y cuando me

contestó le dirigí unas cuantas frases banales antes de pasarle la conexión a Wolfe. A éste le dijo que era un gran placer hablar con un hombre cuya carrera había seguido con interés y admiración.

—Tal vez perderé todo derecho a la admiración con el asunto actual —gruñó Wolfe—. Quizás usted pueda suministrarme cierta información. Supongo que recordará su conversación con el señor Goodwin.

—Ciertamente, referente a Susan Brooke. ¿Todavía está con esto?

—Sí, y me hallo trastornado. ¿Qué puede decirme del joven estudiante que se suicidó delante del porche de la casa

de los Brooke?

—No mucho. Le dije a Goodwin cuanto sabía. Ni recuerdo su nombre.

—Se llamaba Richard Ault. ¿Sabe si algún miembro de su familia estuvo en Racine? ¿O alguien que representase a sus familiares?

—No lo sé, ni lo creo probable. Según me parece recordar, el cadáver sólo estuvo en Racine uno o dos días y luego lo enviaron a su familia. No recuerdo que viniera nadie. Puedo averiguarlo.

—No vale la pena. Creo que el señor Goodwin le dijo a usted que se pusiera en contacto con nosotros siempre que desease alguna

información.

—Sí, y se lo agradezco mucho, quedando a la recíproca. Si desea algo más, comuníquemelo, por favor.

Wolfe dijo que así lo haría y colgó, apartó de sí el aparato como si le enojase, lo cual es cierto, empujó su sillón hacia atrás, se puso de pie, anduvo hasta el globo terráqueo y buscó un sitio cerca del centro de Estados Unidos de América.

Al cabo de un momento preguntó, sin girarse:

—¿Dónde diablos se halla Evansville?

—Si busca Indiana, hágalo hacia el norte sobre el río Ohio.

Otros diez segundos y se giró.

—¿Cómo podrías ir allí?

—Probablemente lo más rápido sería un avión a Louisville.

—Yo tendría que estar aquí el lunes por la mañana para realizar un pequeño trabajo —dijo Saúl.

—No, iré Archie. A ti te necesito aquí. Archie, busca...

Calló porque yo me había vuelto hacia el teléfono y estaba ya marcando en el numerador.

Capítulo XIV

A las dos y diez del viernes por la mañana me hallaba sentado en una silla de madera al extremo de una mesa con la superficie de cristal en una estancia con dos ventanas, en compañía de un polizonte. No estaba exactamente muy a gusto, después del día en Nueva York, el viaje en avión a Louisville, y las tres horas de carrera en un coche alquilado a Evansville, pero como ya sabía cual era el diptongo, y dormiría mejor después de conocer las respuestas a unas cuantas

preguntas, y el cuartelillo de la policía se halla abierto toda la noche, me detuve en el hotel sólo el tiempo suficiente para firmar. Admito que tuve que obligarme a mantener la espalda erguida. El nombre del polizone era Sievers, teniente Sievers, un antiguo profesional, con muy poco pelo, pero una enorme mandíbula. Le echó una ojeada a mi licencia de detective neoyorquino, me la devolvió y enarcó las cejas.

—Archie Goodwin —dijo—. ¿No he oído este nombre en alguna parte?

—Espero que no en una lista negra. Lo habrá visto en relación con el tipo para quien trabajo, Nero Wolfe.

—¡Oh! —asintió—. Exacto. Sí,

¿cómo está él?

—Me he hecho esta pregunta mil veces, y maldito si sé la respuesta.

—Pues no espere que yo se la dé. ¿Qué le trae por aquí?

—Necesitamos cierta información respecto a un joven llamado Richard Ault, o mejor dicho, a su familia. Él ha muerto. Se suicidó en Racine, Wisconsin, el catorce de agosto de 1959.

—Sí, lo sé.

—Ésta era su población natal, ¿verdad?

—Sí, nació aquí.

—¿Le conocía usted?

—Sólo de vista. No recuerdo si

llegué a hablar con él alguna vez. No era de la clase de personas con quienes la policía suele tener tratos. ¿Por qué le interesa?

—No nos interesa él. En un caso que estamos siguiendo se ha presentado un extremo del que su familia pudiera estar enterada. Les veré mañana, quiero decir hoy, pero pensé que no estaría de-más averiguar qué clase de gente son. ¿Qué tal están catalogados localmente?

—No están catalogados. Y no les verá mañana. No hay nadie a quien ver.

—¿Nadie en absoluto?

—No. Si quiere detalles, el padre de Richard Ault, Benjamín Ault, *junior*, poseía una fábrica de muebles, muy

grande. La heredó de su padre, Benjamín, *senior*. Benjamín *junior* falleció hace unos diez años. Veamos... —cerró los ojos y agachó la cabeza. Volvió a levantarla—. Esto es, en el 1953. ¿No cree en la utilidad de tomar notas, eh? Aquí siempre las tomamos.

—También yo. ¿Qué hay de sus hermanos o hermanas?

Movió la cabeza.

—Richard era hijo único.

—Todavía queda la señora Ault. ¿Dónde está?

—No lo sé, y no conozco a nadie que lo sepa. Hay un abogado llamado Littauer, H. Ernest Littauer. Se cuidó de la venta de la fábrica.

Saqué mi agenda y garabateé una nota. Cuando vayas a Evansville, haz lo mismo que en Roma.

—Necesito toda la información que pueda conseguir —exclamé—. ¿Le estoy molestando?

—No, diablo. No, al menos, hasta que el teléfono suene para informarme de algún atraco.

—Esperemos que no sea así. ¿Cuando vendió la fábrica la señora Ault?

—Hace unos tres años. Cuando murió Benjamín *junior*, su marido, cambió el nombre de la empresa en M. y R. Ault, Inc. M por Marjorie y R por Richard. Luego, un par de años después

de la muerte de Richard la vendió y abandonó la ciudad. Por lo que sé, no ha vuelto nunca, e ignoro dónde reside. Sabe taquigrafía, ¿eh?

—Supongo que lo llama así por cortesía. Creo que Richard fue a Harvard.

—Creo que sí. Veamos —y un momento después me confirmó—: Sí, fue a Harvard.

—*¿Sabe si su madre le visitó alguna vez?*

Bizqueó los ojos y luego me miró.

—Oiga, tal vez no sea tan agudo como usted, pero sé contar hasta diez. ¡Cáspita, un caso uno de cuyos extremos pudiera ser la familia...! ¿Y si me cuenta

algo más?

Asentí.

—Lo intento, pero no soy agudo. Si usted me hubiese dicho que la madre seguía en Evansville, ni siquiera me habría molestado en ir a visitarla. Contésteme, ¿le visitó alguna vez en Harvard?

—No lo sé, pero no me extrañaría, porque Richard era la niña de sus ojos. Respiré profundamente.

—Bien, no me gusta pedírselo, temo hacerlo, pero ahí va. Descríbame la.

—Iba a hacerlo.

—Bien, adelante.

—Bueno, hace tres años, pongamos ciento cuarenta libras de peso. A final

de sus cuarenta o primeros cincuenta. Cinco pies seis pulgadas. Cabello castaño con estrías grises. Ojos pardos, bastante próximos. Una boca no muy grande. Nariz larga y afilada, muy afilada. No una doble papada, pero sí cierta insinuación. ¿Es bastante?

—No me gusta prodigar cumplidos —le contesté—, pero opino que es usted el mejor observador que existe al sur del Polo Norte. De habérselo preguntado antes me hubiese ahorrado muchos nervios, y sangre, sudor y lágrimas. Otra pregunta: ¿le importaría hacer un viaje a Nueva York esta tarde, con todos los gastos pagados y trato real?

—¡Claro que me gustaría! Pero soy un funcionario de la ciudad de Evansville. ¿Qué ocurre con la señora Ault?

—Usted es un oficial de la ley, dedicado al servicio de la justicia, y le necesito para que identifique a un asesino... un doble asesino. Me juego el cuello. Si llama a la policía de Nueva York, verá que mi nombre es cieno para ellos. Si viene conmigo, la justicia estará mucho mejor servida. Puede quedarse allí uno o dos días, y si le gusta la propaganda podrá ver su foto reproducida en la *Gazette*, un periódico de un millón de ejemplares de circulación. Por supuesto, si Evansville

puede pasarse unas horas sin usted...

—No tiene por qué dar tantos rodeos, Goodwin. Al grano. ¿Es la asesina Marjorie Ault?

—Repito que me juego el cuello.

—¿Cuándo se marcha usted?

—Hay un avión desde Louisville a las cinco de la tarde. Aquí tengo un coche alquilado en aquella ciudad. Me gustaría formularle al abogado Littauer un par de preguntas —me puse en pie—. ¿Cuánto tiempo lleva usted en la fuerza?

—Veintiséis años.

—Entonces ¡qué demonios!, no pueden negarle unas vacaciones. Digamos que salimos de aquí a la una y media, ¿hace?

No estaba seguro. Dijo que me llamaría a medianoche, pero por la mirada que me dirigió y su apretón de manos estuve seguro de tener un compañero en el viaje de regreso.

Eran exactamente las tres cuando, después de avisar que me llamasen a las siete, cuarenta y cinco, me metí entre las sábanas de mi habitación del hotel. Necesitaba descansar, pero algo me atormentaba el cerebro. No era si estábamos sobre la buena pista. Esto lo di por descontado, pero sí de qué forma se había ésta descubierto. ¿Fue la suerte o el genio? Llevo varios años intentando averiguar como trabaja la mente de Wolfe, y ya he desistido de ello, pero

esta vez era algo especial. No se me había ocurrido pensar que el diptongo «au» se encontraba en cuatro nombres del caso: Paul, Ault, Maud, y Vaughn, pero podía haberseme ocurrido; a cualquiera podía habersele ocurrido. No era nada especial. Sin embargo, lo interesante era: si se me hubiese ocurrido, ¿entonces, qué? Lo habría considerado mera coincidencia, y probablemente Wolfe también habría pensado lo mismo. Sin embargo, Wolfe no dejó de darle vueltas a la cosa, junto con todos los detalles y factores del caso. ¿Y luego qué? ¿Agrupó los nombres deliberadamente?

Paul y Ault

Paul y Maud

Paul y Vaughn

Ault y Maud

Aulf y Vaughn

Maud y Vaughn.

¿Consideró luego cada pareja y finalmente decidió que era posible que Ault y Maud no fuesen una coincidencia, porque una mujer llamada Ault se cambiaba el nombre y elegía otro con el diptongo «au» en él? No. podía haberlo pensado yo mismo. No pensé en ello, pero pude haberlo hecho. Lo sucedido dentro de su mente y que me obligó a telefonar a Samuel Vaughn y a Otto Drucker, y me había enviado a Evansville, era algo que jamás lograría

averiguar. Dijo «muy tenue, casi ínfimo, indigno de consideración». Pero yo estaba en Evansville, y sabía quien había matado a Susan Brooke y a Peter Vaughn, y probablemente jamás sabría si Wolfe ya llevaba muchos días reflexionando sobre el diptongo. Pensando que estaba perdiendo un tiempo precioso, di media vuelta en la cama, pero no conseguí dormirme. La mujer no sólo había usado el «au» de Ault en Maud, sino que también utilizó el «jor» de Marjorie en Jordan. Si Wolfe hubiese sabido que el nombre de la señora Ault era Marjorie habría resuelto el caso una semana antes. Entonces me dormí.

Quise que me llamasen a las siete y cuarenta y cinco porque en la calle Treinta y cinco serían las ocho y cuarenta y cinco y deseaba pillar a Wolfe antes de que subiese al invernáculo. Me contestó Fritz y pasó la conexión al dormitorio de Wolfe. La voz de éste me llegó soñolienta.

—¿Sí?

—Soy yo. He dormido cuatro horas y necesito más, conque seré breve. Si hablase una hora usted gozaría con cada una de mis palabras. Acertado. Bien, no un simple camaranchón. Reserve una habitación en el Churchill a nombre de George Sievers —le deletreé el nombre—. Llegará a las ocho y media de esta

noche, conmigo. Dígale a Fritz que no me conserve la cena caliente. Cenaré con Sievers en el avión.

—¿Existen parientes en Evansville?

—No. La mujer está sola en el mundo, como ya le dijo a usted.

—Muy satisfactorio —gruñó. Y colgó...

A veces creo que se pasa de la raya. Concedo que todo lo que tenía que decirse se había dicho, pero al menos podía haberme preguntado qué tal tiempo hacía o si la cama era buena. Di media vuelta y volví a dormirme.

No era absolutamente esencial visitar a H. Ernest Littauer, y no sé si habría llegado a saltar alguna vez de la

cama si el timbre del teléfono no hubiese sonado. Al atender la llamada miré mi reloj: las diez, cuarenta y dos. Era el teniente Sievers. Dijo que lo había arreglado y que existía una hora de diferencia entre Evansville y Louisiana, por lo que debíamos arrancar a la una si queríamos coger el avión de las cinco. Me levanté dando un gruñido y me encaminé al cuarto de baño.

Quizás lo malo de mis experiencias con los abogados es que no soy un cliente en perspectiva, dispuesto a firmar un cheque. Todo lo que hago es interrogarles, usualmente con preguntas que ellos no desean contestar, y esto fue lo que me ocurrió con H. Ernest Littauer,

en una suntuosa estancia soleada, y con una agradable vista sobre el río Ohio. Únicamente quería saber si estuvo en contacto con la señora Marjorie Ault durante el año pasado, y él sólo me respondió que se negaba a decírmelo: Y no me lo dijo, pero creí comprender que no tenía la menor idea de donde se hallaba la mujer, y que tampoco le importaba.

Cuando llegué adonde tenía aparcado el coche, a la una menos cuarto, Sievers ya estaba allí, con una maleta bastante grande como para una semana, y comencé a sospechar que yo me había mostrado demasiado hospitalario. Su estancia en Nueva York

no iba a ser abonada por ningún cliente. Pero nos ayudaría a ponerlo todo en claro, conque sería muy bien venido. No era mal compañero, aunque no de la clase de Otto Drucker. Cuando llegamos a la pista de Idlewild —quiero decir el Aeropuerto Internacional Kennedy—, resultó obvio que sólo se trataba de un buen polizone, razón por la cual sólo era teniente después de veintiséis años de servicio. Dijo que prefería pasar la noche por su cuenta, si no le necesitábamos, así que le conduje en taxi al «Churchill», y luego me dirigí a la calle Treinta y cinco.

Sólo eran las ocho y cuarenta, pero Wolfe estaba ya en el despacho con el

café, y esto le valió una mueca. Durante las comidas nunca se hablaba de negocios, por lo que había cenado muy temprano, o se apresuró a hacerlo con el fin de estar listo a mi llegada. Hubo cierta cordialidad en su voz y su mirada al saludarme, como hace siempre cuando regreso sano y salvo después de viajar en una «máquina» a larga distancia. Me planté en el centro de la alfombra y paseando la mirada a mi alrededor exclamé:

—¡Dios mío, qué frío hace aquí! Mucho más que en el río Ohio. El calor de esta estancia es maravilloso, aunque yo no tenga nada que ver personalmente con su producción. Admito que el rápido

progreso del automatismo puede conducir a...

—¡Siéntate e infórmame!

Así lo hice, de palabra. No se recostó hacia atrás ni cerró los ojos, pues no había necesidad de ello, toda vez que se trataba de un final feliz. Cuando terminé, diciéndole que tal vez tendríamos al teniente Sievers una semana en Nueva York, no pestañeó.

Cogió la taza de café y la vació, volviendo a dejarla sobre la mesa.

—Archie, te presento mis excusas. Me di cuenta de ese maldito diptongo el lunes por la noche, y podía haberte hecho ir a Evansville entonces. Tres días perdidos.

—Sí. Bien, por fin todo está terminado. Acepto las excusas. Viernes por la noche no es demasiado malo, estamos al final de semana, y algunos de ellos es posible que mañana no se hallen al alcance de la mano, quizás ninguno. Sugiero, que merecen todos hallarse presentes, quiero decir todo el grupo de la ROCC, incluso Oster. También los Brooke. ¿Y por qué no la madre de Susan? En cierto modo, más que nadie. Estaba en la casa con Susan cuando Richard Ault se pegó el tiro en la sien, en su porche. Según Drucker, ayudó a Susan a darle la patada. Ella debe...

Me callé bruscamente.

—¿Qué? —me animó Wolfe.

—Nada; es lo que usted pensaba de los diptongos. ¿Y si se le ocurre cargarse también a la madre esta noche? Para ella, esto sería algo grande.

Giré en mi silla. No tenía el número de la señora Matthew Brooke, por lo que tuve que consultar la guía. Lo hallé y marqué, pero sólo oí el zumbido intermitente, por lo que no volví a probar sino que compuse otro número, que tenía archivado, y esta vez me contestaron. Fue una voz que reconocí cuando dijo:

—La residencia de los señores Brooke.

—Soy Archie Goodwin —expliqué —, en el despacho de Nero Wolfe. El

señor Wolfe desea hacerle una pregunta a la señora Matthew Brooke, pero la he llamado a su casa y no contesta. ¿Está ahí?

—No. ¿Qué quiere preguntarle?

—Nada de importancia, mera rutina, pero ayudaría si obtuviésemos ahora la respuesta. ¿No se sabe donde puedo encontrarla?

—No. Pero es extraño...

Silencio. A los cinco segundos, insistí:

—¿Qué es extraño?

—Pensé que quizás... ¿Dónde está usted?

—En el despacho de Nero Wolfe.

—¿No está ella ahí?

—No.

—Pensé que tal vez fuese a él a quien quería ver. Telefoneó hace una hora y me pidió permiso para usar mi coche, cosa que hace a menudo, y me explicó que iba a ver a alguien que podía decirle no sé qué de Susan; le pregunté si se trataba de Nero Wolfe y no me contestó. Me aseguró que había prometido no hablar. ¿Está seguro de que...?

—¿Y se llevó el coche?

—Supongo que sí, claro.

—¿El sedán azul?

—Sí.

—Lo siento, acaban de llamarme — colgué y me volví a Wolfe—. Como

dije, algo grande. Hace una hora la señora Matthew Brooke le pidió a Kenneth Brooke el coche para ir a ver a alguien que la había telefonado afirmándole que podría decirle algo de Susan. Bien, tal vez aún esté con vida. ¿Hablo con Cramer o lo hará usted?

—¿Para qué?

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Para que detengan ese condenado coche!

—No es necesario. Saúl.

—¿Qué quiere decir Saúl? Él no puede...

—Está vigilando a la Jordan. Como sabes, le encargué ayer que investigase acerca de ella. Telefoneó esta mañana poco después de haberme llamado tú

desde Evansville, y le dije que junto con Fred y Orrie mantuviese a la Jordan bajo constante vigilancia.

Devolví a mi bolsillo el llavero que había sacado. En el mismo se incluía una llave del cajón cerrado en el que guardaba cuidadosamente el número de matrícula del sedán azul.

—¡Maldición, podía habérmelo dicho!

—Estás quisquilloso, Archie.

—Si quiere decir fastidiado, sí lo estoy. ¿Cómo se sentiría usted, o yo, o el inspector Cramer, si ella hubiese añadido otro nombre a su lista de crímenes? ¿Y no piensa en que pueden perderla de vista? Incluso Saúl Panzer.

A usted le gustaría entregarla a la policía envuelta en papel de seda, y a mí también. Pero sería mucho más seguro llamar ahora a Cramer y decirle que la mujer que asesinó a Susan Brooke y a Peter Vaughn se halla ahora en su territorio en un sedán azul marca «Heron», con la señora Matthew Brooke, y que piensa matarla. El número del auto está en este cajón.

Me miró, y sin concederle importancia, preguntome:

—¿Quieres hacer todo esto?

—¡Claro que sí!

—¿A pesar de Saúl?

—Si la ha perdido, sí. Si todavía la sigue, no.

—Entonces, es sencillo.

Determinemos nuestra acción o inacción por la extensión de nuestra confianza en la destreza y sagacidad de Saúl. La mía, aunque no infinita, es considerable, y sabe que ella ha matado a dos personas. ¿Y la tuya?

—No tengo que decírselo. ¿Cuándo llamó por última vez?

—A las seis y veinte minutos, desde una cabina de Lexington Avenue. La Jordan estaba en la casa donde vive. Fred y Orrie la siguieron hasta allí desde el lugar de su trabajo, y Saúl relevó a Fred a las seis. Luego...

Sonó el timbre.

Fui al vestíbulo a mirar, tragué algo

que había deseado tragar desde hacía diez minutos, volví la cabeza y grité:

—Son Panzer y la Jordan. ¿Estaban citados?

Capítulo XV

Al acercarme, vi a través de la mirilla que sólo permite ver en una dirección, que Saúl la sujetaba por el brazo derecho, así que mientras abrí la puerta me dispuse a agarrarla por el otro brazo si era necesario, pero ella cruzó el umbral sin ayuda.

—Orrie está en el coche con la señora Brooke —me dijo Saúl—. ¿Tiene que entrar?

Contesté que no, que era mejor que Orrie la llevase a su casa, y fue a

comunicárselo. Ya he dicho que no me importa ayudarle a un asesino a despojarse o a ponerse un abrigo, pero Maud Jordan sacudió la cabeza cuando me adelanté. Deseaba conservarlo puesto. Pensando que Saúl debía haber tenido el honor de escoltarla al despacho, esperé hasta que volvió y entonces les seguí. Saúl movió una de las butacas amarillas y buscó otra para sí, pero Wolfe le indicó que se sentase en el sillón rojo. Antes de sentarse, empero, sacó del bolsillo un objeto que depositó sobre la mesa de Wolfe... éste hizo una mueca y me dijo que lo cogiese. Era un «Haskell» del 32, y comprobé si estaba cargado. Lo estaba, y lo metí en

un cajón.

—Lo tenía en un bolsillo del abrigo —explicó Saúl.

La mujer no había abierto la boca. Pero lo hizo ahora.

—No tengo permiso de armas —dijo—. Llevar un revólver sin licencia va contra la ley, pero esto no justifica este trato indigno —su mirada se clavó en Saúl y volvió a Wolfe—. Iba a entrar en el coche a invitación de la mujer que lo conducía, y ese individuo me asaltó.

Wolfe la ignoró y le preguntó a Saúl:

—¿Tienes que informar?

Él aludido movió la cabeza.

—No lo juzgo necesario, a menos que desee los detalles, dónde y cuándo.

Nos acercamos cuando abrió la puerta del coche, e iba a entrar; entonces la puse en el asiento posterior a mi lado, y Orrie se acomodó delante con la señora Brooke. Esto fue todo. No hubo alboroto. La señora Brooke gritó algo, pero la aplacamos. Orrie sabe hacerlo. Fue en Central Park. ¿Quiere más datos?

—Ahora no. Probablemente nunca —se giró—. Esto no necesita prolongarse, señora Ault. Puesto que puede fácilmente...

—Mi nombre es Maud Jordan.

—Así es. No hay nada inmutable en su nombre. El nombre de un ser humano es tal como él lo elige. Si no le gusta ser llamada por su antiguo nombre,

Marjorie Ault, la llamaré...

—Mi nombre siempre ha sido Maud Jordan.

—Esto no. Hay un hombre en el hotel «Churchill», mi invitado, que llegó hace una hora. El teniente Sievers, George Sievers, de Evansville. No está ahora aquí, pero vendrá. ¿Quiere que aplacemos esta charla hasta que el señor Goodwin le traiga?

Había visto a muchas caras hacer muchas cosas, pero lo que la de ella hizo en veinte segundos fue asombroso. Cuando oyó el nombre de Sievers, cerró los ojos, atirantó los músculos, y juro que pude ver cómo el color se retiraba de su piel, aunque antes no habría dicho

que hubiese ningún color. No me maravillo a menudo, pero fue como si no sólo el color, sino que se le hubiese alejado la vida. No palideció, fue algo muy distinto. Y no me gustó. Miré a Saúl y vi que también la estaba observando, sin que tampoco le gustase.

Abrió los ojos al cabo de medio minuto, hacia Wolfe, pero yo la tenía de perfil, y no pude ver si también sus pupilas se habían descolorido.

—George Sievers estaba en mi clase en la escuela —dijo.

Por lo visto pensaba que era necesario un comentario. Wolfe gruñó algo.

—Bien —añadió la Jordan—, puedo

hablar. No saben cuan difícil ha sido. Los negros. A veces pensé que me asfixiaría, con el señor Henchy y Ewing y uno y otro... Pero lo hice, la maté. Tenía derecho a morir, y la maté.

—Le aconsejo, señorita Jordan, que no...

—¡Me llamo Marjorie Ault!

—Como guste. Le aconsejo que no hable hasta que se haya serenado.

—Hace años que estoy serena. Desde el día en que Richard murió. Me alegro que lo haya descubierto porque ahora puedo hablar. Sabía que me gustaría. ¿Sabe cuándo pensé que usted lo descubriría?

—No.

—El día en que estuve aquí con los negros, la primera vez, cuando usted se interesó tanto por la llamada telefónica, y si era la voz de Susan. Pensé que usted ya sabía que ella no hizo la llamada, que nadie la había hecho, que no hubo llamada. ¿No fue así?

—No. De haberlo pensado... — Wolfe no continuó. No servía de nada intentar explicárselo, cuando ella sólo quería hablar y no escuchar.

—Sabía —continuó la mujer— que algún día tendría que contarle, pero no pensé que fuese a usted. Bien, ahora quiero que lo sepa, que lo sepan todos, que no decidí matarla sólo por lo de Richard. Lo único que decidí fue que

deseaba verla, saber más de ella. Por esto vendí el negocio y... ¿Sabe que tenía un negocio?

—Sí.

—Por esto lo vendí, cogí todo el dinero y vine a Nueva York. Me cambié el nombre. Luego, comprendí que no era fácil porque no quería tener «amigos» comunes con ella. Luego, cuando Susan comenzó a trabajar para la ROCC, vi mi oportunidad. Yo tenía mucho dinero, conque hice un buen donativo y me ofrecí a trabajar para ellos. Fue difícil, quiero que lo entienda bien, y quiero que entienda asimismo que hasta entonces no intentaba matarla. No tenía la menor idea de querer matarla. Ni siquiera

deseaba molestarla, sino sólo conocerla.
¿Lo entiende?

—Sí.

—¿Comprende cuan difícil fue, estando allí con ellos?

—Sí.

—Quiero que lo entienda bien. Yo tuve algunos negros trabajando en mi fábrica, barriendo los suelos y cosas similares. Veamos si lo entiende. ¿Por qué decidí matarla?

—Está bien claro. Porque iba a casarse con un negro.

Asintió.

—Sí lo entiende. Mi Richard no fue bastante para ella; entre ella y su madre le echaron de su casa, dejando que se

suicidase en el porche, y ahora ella iba a casarse con un negro. Era muy divertido. Susan siempre estaba hablando de los derechos civiles, y ahora iba a casarse con un negro. Entonces, ella poseía también un derecho, el derecho a morir, conque decidí matarla. ¿No lo entenderán todos esto?

—Ciertamente. Particularmente los negros. Puede ser difícil, en cambio, comprender por qué mató a Peter Vaughn. ¿La reconoció cuando estuvo en la ROCC el miércoles por la mañana?

—Pensó que sí, pero no estaba seguro. Me había visto dos veces, años atrás, cuando fue a ver a Richard a la universidad. Eran condiscípulos. Me

hizo unas preguntas, y mis respuestas no le satisficieron. Entonces me procuré una cita con él para aquella noche.

—Para matarle.

Arrugó el ceño.

—No lo planeé.

—Pero se llevó el revólver.

Se humedeció los labios con la lengua.

—¡No quiero hablar de esto!

—Y esta noche había decidido hacer lo mismo con la señora Brooke. ¿El mismo revólver?

—Por supuesto. Era de mi marido. Siempre lo llevaba consigo cuando traía dinero del Banco para las nóminas. Bien, no quiero hablar de esto, sólo

quiero hablar de Susan. Me llamaba Maud y yo a ella Susan. Naturalmente, mi Richard también la llamaba Susan, cuando me hablaba de ella, pero yo no la conocía. Tengo dos fotografías de ella, una con mi hijo. No sé si entienden lo que experimentaba hacia ella. No diré que la amaba porque mi Richard la había amado, no era esto exactamente, pero sí algo muy parecido. Deseaba verla a diario. ¿Lo entienden?

—Creo que sí. Es algo psicopático —Wolfe movió los ojos—. La extensión de la cocina, Archie.

Oprimí un botón, me levanté y salí. Cuando pasé junto a Saúl me guiñó un ojo. Un día de estos tengo que decirle

algo. En la cocina, me senté a la mesita del desayuno, cogí el teléfono y marqué. A Cramer no le gusta que lo llamen a su casa, pero de haberlo llamado a la brigada, probablemente se habría puesto Rowcliff, y no quería perder el tiempo hablando con aquel tartamudo. Después de unos cuantos zumbidos, me dijo hola una voz de mujer.

—Aquí Archie Goodwin —contesté —, señora Cramer. ¿Podría hablar con el inspector?

Dijo que vería, y al instante siguiente oí un gruñido en mi oído.

—¿Qué quiere, Goodwin?

—Estoy en la cocina. El señor Wolfe necesita ayuda. La mujer que asesinó a

Susan Brooke y a Peter Vaughn está en su despacho, hablando sin cesar. Ha explicado por qué mató a Susan, y ahora está diciendo...

—¡Maldito sea! ¿Está bromeando?

—No. Estoy cansado y enfermo de verme acusado siempre de bromista por los polizontes. Esta mañana, uno de Evansville lo hizo, y le traje aquí y...

—¿Quién es la mujer que está con Wolfe?

—Prefiero no mencionar nombres por teléfono. Otra cosa: el revólver con que fue muerto Peter Vaughn está en un cajón de mi escritorio y no tengo licencia para eso. Me gustaría que...

—¿Es cierto todo esto, Goodwin?

—Sabe usted condenadamente bien que sí lo es. Como diría Dolly Brooke, ¿estoy loco? Bien, yo...

Se acabó la conexión. Me acerqué a una alacena en busca de un vaso y luego al refrigerador en busca de leche. Probablemente transcurrirían de seis a siete minutos antes de que llegasen. Y estaba harto de ver la cara de la Jordan, aunque sólo fuese de perfil.

Capítulo XVI

Ayer por la tarde vino Paul Whipple, sin estar citado, poco después de las seis. Estaba bastante elegante en su traje castaño de nacron, zacron o algo por el estilo; lo cierto es que el color se complementaba con su piel, aunque me pareció que sus mejillas estaban levemente enrojecidas. Era ya a finales de mayo, pero todavía hacía fresco, y al dar mi paseo matutino tuve que abrocharme la chaqueta. Le llevé al despacho, al sillón rojo, y Wolfe, que

acababa de coger su libro, lo dejó al momento, cortesmente. Conversamos un rato sobre asuntos de interés, como el juicio celebrado contra Marjorie Ault, que había terminado con la inculpación y cadena perpetua, y luego Paul Whipple se refirió a lo que motivaba su visita.

—He estado pensando acerca de un cheque que le envié a usted hace seis semanas. No ha sido cobrado en mi Banco y me he preguntado si no lo ha hecho efectivo.

—Lo rompí —le explicó Wolfe.

—¡No debió hacerlo! Permítame que insista. No era mucho, a cambio de lo que hizo, pero ya le dije que le pagaría lo que pudiese. Mi hijo y mi mujer...

bien, todos insistimos.

—No me gusta esto, señor Whipple.

—¿No le gusta?

—Ciertamente. Lo hice para cancelar una obligación; ya estaba hecho, y ahora usted vuelve a comenzarla. ¡Hum...! No me habría enredado en este caso, contra esa desdichada mujer, por dinero. Su desarrollo no fue cosa suya ni afectó a la naturaleza de mi compromiso. Lo que usted desea es que siga estándole obligado.

—Esto es puro sofisma.

—Bueno. Probablemente ningún hombre ha acorralado la verdad, pero Protágoras estuvo más cerca de ello que

Platón. Si me envía otro cheque lo quemaré. Que su hijo me mande una carta de agradecimiento y será muy bien recibida. ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias. Fue una dura experiencia para él, pero ya está bien. Está desarrollando... eeh... otro interés personal. Probablemente la recordará, con la memoria que tiene. Beth Tiger. Una chica muy atractiva.

Wolfe me miró, y yo abatí la mandíbula. Whipple prosiguió:

—A mí esposa le agrada y es feliz con la idea de la boda. Le diré lo que mi mujer dijo el otro día. Estábamos hablando del proceso y exclamó: «Me gustaría que fuese negro» —sonrió—.

Se refería a usted. Era un cumplido.

Wolfe lanzó un gruñido.

—Si yo fuese negro, también el señor Goodwin tendría que serlo.

No intenté descifrar la frase. Como ya dije, hace tiempo que dejé de tratar de saber cómo trabaja su mente.

FIN

1 Guernsey: ganado vacuno de buen engorde y aspecto pesado.

2 Otelo o el moro de Venecia, tragedia de Shakespeare, que narra el

desdichado amor de Otelo por Desdémona, es un personaje negro, como Whipple y el abogado que cenan con Wolfe. (N. del T.)

3 Juego de palabras intraducible, Goodman, en inglés, significa Buena Persona. (N. del T.)

4 NYU: «New York University» (Universidad de Nueva York), situada en el Bronx, en la plaza Washington, en la confluencia con la calle Ciento Ochenta y Uno. (N. del T.)